

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN JUAN DE LA CRUZ
EL JILGUERO DE DIOS**

LIMA – PERÚ

**SAN JUAN DE LA CRUZ,
EL JILGUERO DE DIOS**

**Nihil Obstat
P. Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: SU VIDA Y MILAGROS

Ambiente social. Los padres del santo.
En peligro de muerte. Juventud de Francisco.
Colegio de la Doctrina. Caída en el pozo.
Recadero del hospital.
Fray Juan de Santo Matía.
Universidad de Salamanca. Primera misa.
Encuentro con la Madre Teresa de Jesús.
La Reforma. Conventos de frailes.
El primer descalzo. Mancera de abajo. Pastrana.
Alcalá. Capellán de la Encarnación de Ávila.
El demonio. Descalzos y calzados.
La cárcel de Toledo. Capítulo de Almodóvar.
En Beas. El Calvario. Baeza.
Breve de independencia. Convento de Granada.
Los Mártires de Granada. La providencia de Dios.
Fiesta de Navidad. Capítulos de Almodóvar y Lisboa.
Vicario provincial. Segovia. La Peñuela.
Última enfermedad. Su muerte. Exhumaciones.
Devolución de sus restos.
Milagros después de su muerte. El brazo del santo.
Apariciones en una reliquia. Apariciones del santo.

SEGUNDA PARTE: CARISMAS Y VIRTUDES

a) Éxtasis y levitaciones.
b) Resplandores sobrenaturales.
c) Profecía d) Conocimiento sobrenatural.
e) Milagros en vida.
Algunas virtudes. Amor a la Santísima Trinidad.
Amor a Jesús Eucaristía. Amor a la Virgen María.
Amor a los santos. Las imágenes.
Cómo era nuestro santo. Sus escritos.
Algunos consejos. Poesías. Hacia las misiones.

NOTAS BIOGRÁFICAS

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de san Juan de la Cruz es una vida hermosa, pues manifiesta cómo el amor de Dios es capaz de transformar una vida y llevarla a la cumbre de la santidad. Su característica especial fue la cruz. No sólo tuvo que sufrir mucho por sus enfermedades, sino que él buscaba la cruz como medio para manifestar su amor a Dios. Y Dios, que es un Padre bueno y no se deja ganar en generosidad, le daba carismas extraordinarios para el servicio de su comunidad religiosa y de todos los que le rodeaban.

Sobre todo, san Juan de la Cruz es conocido en el mundo entero por ser un maestro de la vida espiritual, un gran místico, que con sus escritos nos enseña el camino de Dios. Por algo ha sido nombrado doctor de la Iglesia. Sus poesías místicas entrañan mucha enseñanza espiritual. Algunos lo consideran el más grande poeta místico de todos los tiempos. Y no faltan quienes lo han llamado por sus poemas el jilguero de Dios

Nos alegramos de presentar esta biografía llena de luz divina y de orientación espiritual. Siguiendo los consejos de este gran maestro, podremos avanzar más fácilmente por el camino difícil de la subida a la santidad. Uno de sus escritos se llama precisamente *Subida al Monte Carmelo*.

Que la lectura de su vida, te ayude en tu caminar espiritual y aspire a la santidad con esforzada determinación. Dios te ama y te espera con cariño al final del camino.

ACLARACIONES

Al citar *PO* nos referimos al Proceso ordinario de beatificación y canonización. *PO II* y *PO III* hace referencia a los dos tomos editados y anotados por A. Fortes y F.J. Cuevas, publicados por la Editorial Monte Carmelo de Burgos en 1991 y 1992 respectivamente.

PO V hace alusión al tomo V del Proceso de beatificación y canonización, editado y anotado por el padre Silverio de Santa Teresa y publicado por la Ed. Monte Carmelo en Burgos en 1931.

PA IV se refiere al tomo IV, que contiene los Procesos apostólicos de 1627 y 1628, editados y anotados por A. Fortes y F.J. Cuevas, y publicados en Burgos por la Ed. Monte Carmelo en 1992.

BMC son las siglas de la Biblioteca Mística Carmelitana y *BNM* de la Biblioteca Nacional de Madrid.

En algunas ocasiones hemos cambiado alguna palabra del texto original, sin cambiar el sentido, para hacer más comprensivo el texto.

PRIMERA PARTE SU VIDA Y MILAGROS

AMBIENTE SOCIAL

San Juan de la Cruz vivió en el siglo XVI. España estaba unida por la misma fe después de haber conquistado el último bastión moro de Granada. En este mismo siglo, llamado el siglo de oro de España, se abren horizontes ilimitados en América después de su descubrimiento y se va formando el gran imperio español de ultramar. Florecen, no sólo las letras y las artes, sino también grandes santos, especialmente por medio de la Reforma de las distintas Órdenes religiosas. Mencionemos algunos que vivieron en tiempo de nuestro santo: Santa Teresa de Jesús, san Juan de Dios, san Juan de Ribera, san Francisco de Borja, san Luis Beltrán, santo Tomás de Villanueva, san Francisco Javier, san Ignacio de Loyola, san Pedro de Alcántara, san Pascual Bailón... Y en América, santo Toribio de Mogrovejo, san Francisco Solano, san Martín de Porres, santa Rosa de Lima, san Juan Macías, santa Mariana de Jesús...

En este siglo XVI España tuvo que luchar denodadamente contra las nuevas ideas protestantes, surgidas en Alemania con Martín Lutero, y que se extendieron por toda Europa. Hubo luchas religiosas fratricidas en la vieja Europa. Santa Teresa de Jesús quiso reformar la Orden del Carmen para remediar en alguna medida tanto mal que hacían los protestantes. Ella misma asegura: *Vinieron a mí noticia de los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga y, como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían*¹.

Por otra parte, el afán de riquezas, encaminaba a muchos españoles en busca de fortuna hacia América. Eran tiempos difíciles en que España luchaba en muchos frentes contra los herejes, contra los moros y abriendo caminos en América. Tuvo el desastre de la Armada invencible y la gran victoria de Lepanto. En esta sociedad española de unos nueve millones de habitantes, vivían trescientos mil judíos conversos y quinientos mil moriscos, muchos de los cuales vivían por lo bajo su antigua religión.

En el país había hambre y pobreza y, a la vez, tesoros traídos de América. Había santos y pecadores. Era un mundo multiforme en que Dios guiaba la nave

¹ Camino 1, 2.

de la Iglesia por medio del Papa y de las autoridades eclesiásticas, pero también por medio de santos carismáticos como santa Teresa y san Juan de la Cruz, entre otros.

LOS PADRES DEL SANTO

Su padre, Gonzalo de Yepes, era oriundo de Yepes, villa a 30 kilómetros de Toledo. Era hijo de nobles padres y tenía unos tíos hacendados, mercaderes en sedas en Toledo. Él llevaba la administración y contaduría y hacía frecuentes viajes a las ferias de Medina del Campo (Valladolid). Para ir a Medina solía pasar por Fontiveros, una villa de unos cinco mil habitantes. Allí conocía a una viuda que también trabajaba en el negocio de la seda. En su casa veía a una joven hermosa toledana, huérfana y pobre, que trabajaba en el telar de la viuda. Se llamaba Catalina Álvarez. Gonzalo se enamoró y, desoyendo las reconvenciones de la viuda y de sus parientes, se casó con ella, probablemente en 1529.

Los tíos ricos de Gonzalo lo tomaron mal, orgullosos de su apellido y de su hacienda, y lo repudiaron, quedando desamparado, sin trabajo y sin dinero. Al ver que no podía dedicarse a su trabajo de redactar contratos y escribir haberes de cuentas, como hacía con sus tíos, decidió aprender el oficio de Catalina y dedicarse humildemente a tejer con ella en el telar.

Dios bendijo su matrimonio con tres hijos: Francisco, nacido en 1530; Luis, que murió de niño; y nuestro Juan (Juan de Yepes Álvarez), que nació en 1542 en fecha desconocida. Al poco tiempo de nacer Juan, el papá Gonzalo sufrió una dolorosa enfermedad, que los dejó sin recursos, debiendo pasar muchas estrecheces. A los dos años de enfermedad murió y fue enterrado en Fontiveros.

Francisco, el mayor, tenía unos 13 años y Juan apenas unos meses. Eran tiempos de sequía en Castilla y pasaban hambre. Por ello Catalina decidió ir a visitar a unos tíos ricos de Gonzalo a ver si la ayudaban. Con esta esperanza llegó a Torrijos (Toledo), donde vivía un tío, arcediano de la colegiata; pero no fue bien recibida. Se encaminó entonces a Gálvez, donde estaba un tío médico, llamado Juan de Yepes, quien los recibió cariñosamente. Pasaron una temporada apoyados económicamente y el médico decidió quedarse con el mayor de los niños para darle estudios, ya que no tenía hijos.

La madre regresó a Fontiveros con Luis y Juan para seguir con su oficio de tejedora. Pasado un año, fue a visitar a Francisco y se dio cuenta que la mujer del médico, sin que el tío supiera nada, no lo enviaba a la escuela, lo maltrataba y lo empleaba en los más humildes menesteres de la casa, incluso haciéndole pasar

hambre. Catalina se lo llevó de regreso a Fontiveros. Lo envió a la escuela, pero no aprovechaba y le enseñó a tejer para que se ganara la vida, pues ya tenía quince años.

La madre, a falta de darles buena comida, les daba mucha educación cristiana con la palabra y el ejemplo. Sor María de San Francisco declaró que *los crió en grandísima cristiandad y los hacía que fuesen devotos de la Madre de Dios*². Catalina fue muy querida de la Madre Teresa de Jesús. Murió en el catarro universal de 1580 y fue enterrada en el convento de las carmelitas descalzas de Medina.

EN PELIGRO DE MUERTE

Tendría cinco años, cuando ocurrió el suceso de la laguna, considerado por todos los autores como estrictamente histórico. Lo narra el padre Martín de la Asunción, que lo oyó de boca del mismo santo. Dice que *estando con otros niños, junto a un pilón, zambullendo una caña, cayó dentro y se hundió dentro y salió y se volvió a hundir segunda vez, y vio una señora muy hermosa que le pedía la mano, alargándole la suya, y el venerable padre fray Juan de la Cruz no se la quería dar por no ensuciarla; y estando en esta ocasión, llegó un labrador y, con una ijada que llevaba, le alzó y le sacó fuera, lo cual el dicho venerable padre contó muchas veces, y por esta razón decía que era muy devoto y aficionado a Nuestra Señora*³.

El padre Luis de San Ángel da más detalles. También él le oyó contar al siervo de Dios que *siendo niño, jugando con otros niños junto a una laguna muy cenagosa (de Fontiveros)... cayó en ella. Y entrándose hasta el pescuezo en el cieno y légamo de la laguna y no pudiendo salir y estando muy a peligro de ahogarse, dijo que le apareció una señora muy hermosa y resplandeciente en el aire, que entendió ser la Reina de los ángeles, María Nuestra Señora, y le pidió y dijo con mucho amor: “Niño, dame la mano y te sacaré”. Y decía que, viendo a una Señora tan hermosa y resplandeciente y unas manos tan bellas y tan lindas y teniendo las suyas enlodadas y llenas de cieno, no se atrevía a darle su mano por no ensuciar aquella mano de aquella Señora; la cual le decía sonriéndose con palabras amorosas: “Niño, da acá la mano y te sacaré”, y que más escondía sus manos debajo de sus brazos por no ensuciarla. Y que en esta ocasión acertó a pasar por allí un labrador que venía del campo con una aguijada en la mano. Y los otros niños, con quienes estaba jugando, le dijeron: “Tío, saque a aquel niño que se está ahogando en aquel cenagal”. Y el labrador acudió a él y le tendió la*

² PO II, p. 100.

³ PO V, p. 83.

aguijada que llevaba en la mano y le dijo: “Niño, ásete (agárrate) de ahí”. Y que alargó la mano y se asió de la aguijada y lo sacó. Y que no vio más en esa ocasión a la Señora que se le había aparecido... Y esto le había sucedido, siendo de edad de cuatro o cinco años, poco más o menos ⁴.

JUVENTUD DE FRANCISCO

Viviendo todavía en Fontiveros murió el pequeño Luis y fue enterrado junto a su padre. Entonces Catalina decidió irse a vivir a Arévalo, donde podía tener mejores esperanzas de vida. Era el año 1550. Francisco tenía ya 20 años y Juanito unos ocho. Francisco se dejaba llevar de sus amigos y tomaba parte con ellos en fiestas hasta altas horas de la noche. Algunas veces hasta hacían gamberradas y destrozaban huertas y robaban frutas. Un día fue con sus amigos a divertirse a una huerta que tenía almendros, y comieron y destrozaron algunos árboles. Pero ese día sintió mucho remordimiento de la vida que llevaba. Buscó un sacerdote y se confesó con el padre Carrillo, quien le aconsejó dejar las malas compañías. Así lo hizo y desde ese día, en vez de ir con los amigos después de trabajar en el telar, se iba a ver al padre Carrillo para que le enseñase la doctrina cristiana. Otras veces iba al campo a hacer oración, a solas con Dios en medio de la naturaleza, o se iba a la iglesia.

Por ese tiempo, ya enmendado, se enamoró de una joven buena y humilde, llamada Ana Izquierdo. Se casó y desde entonces ella formará parte de la familia y acompañará a Catalina a lo largo de toda su vida, ayudando en el telar. Y, cuando en algunas noches frías de invierno, Francisco traiga a casa a algún pobre recogido de la calle, Ana lo atenderá como una madre. El matrimonio de Francisco y Ana fue bendecido por Dios con ocho hijos. Siete de ellos murieron y sólo sobrevivió una hija, llamada Ana, que llegó a la edad adulta y fue religiosa bernarda en el convento de Olmedo.

El año 1551 Catalina decidió buscar un mejor porvenir y se fue con toda la familia a Medina del Campo, una ciudad grande, de treinta mil habitantes, con mucha actividad mercantil.

⁴ PA IV, p. 375.

COLEGIO DE LA DOCTRINA

En Medina se dedicaban a su trabajo de tejedores. A Juan lo puso su madre en el Colegio de la Doctrina, una especie de orfanato, con escuela gratuita. Allí se los vestía, alimentaba y se les enseñaba, especialmente la doctrina cristiana, y se les facilitaba el aprendizaje de algún oficio de acuerdo a sus aptitudes, enviando a los niños a talleres de artesanos de la ciudad. El Colegio estaba bajo la dirección de un sacerdote y entre las obligaciones de los niños estaba asistir a la sacristía e iglesia de la Magdalena de las Madres agustinas, ayudar a la limpieza de la iglesia, hacer recados al capellán o sacristán mayor y pedir limosna para su propio sustento.

Entre los oficios que ensayó Juan están los de carpintero, sastre, entallador y pintor, pero no destacó en ninguno de ellos a pesar de su empeño. Su hermano Francisco dirá: *A ninguno de ellos asentó, aunque era muy amigo de trabajar*⁵.

CAÍDA EN EL POZO

Un día, jugando con otros niños de la Doctrina en el patio del hospital General, llamado también de las Bubas o de la Concepción, parece que uno de los compañeros lo empujó y cayó a un pozo profundo de noria, casi sin brocal.

Sobre esto dice el padre Juan Evangelista que *le oyó decir al mismo padre fray Juan de la Cruz por su propia boca cómo había caído en el pozo de la villa de Medina del Campo, siendo niño, y se había hundido hasta el suelo y esto por tres veces y por tres de ellas se había quedado sobre una tabla que andaba sobre el agua. Y no le dijo a este testigo que le hubiese ayudado la Madre de Dios ni tuviese otro favor del cielo, porque estas mercedes las guardaba él para sí sin dar cuenta de ellas, pero en el modo con que lo decía y en el caso que sucedió, se echaba de ver que traía consigo algo de favor y merced de Dios por ser cosa que parecía más que natural*⁶.

El padre Inocencio de San Andrés declaró haberle oído al santo decir que *siendo niño, andando con otros niños jugando alrededor de un brocal de un pozo, arrimándose al brocal que era bajo, otro muchacho, que era mayor que él, llegando a quererle hacer mal, le hizo caer en el pozo, el cual tenía harta agua, y así como cayó se hundió hasta el suelo; y se le apareció Nuestra Señora y le asió de la mano y lo subió a la superficie o alto del agua, y estuvo en ella como si estuviera sobre alguna tabla y pasó alguna distancia de tiempo. Y dando voces*

⁵ Manuscrito 12.738, fol 613 de la BNM.

⁶ PO III, p. 38.

*los niños y muchachos que le habían visto caer, acudió gente a remediarle y asomándose al brocal, diciendo ya estaba ahogado, respondió él: “No estoy ahogado, que la Virgen me ha guardado, échenme una soga”. Se ató con ella por debajo de los brazos y lo sacaron sin lesión ni daño alguno, muy contento. Todo esto me lo contó el mismo padre*⁷.

Por su parte, el vecino Juan Gómez, que iba a su casa a comer, se enteró de lo que había pasado. Refiere que decía la gente que *yéndole a sacar, porque se pensaba que se había ahogado... lo hallaron vivo dentro del pozo y que decía que una Señora le había tenido para que no se ahogase. Y así... se publicó que la Virgen Nuestra Señora era la que le había sustentado y tenido para que no se ahogase*⁸.

RECADERO DEL HOSPITAL

El caso anterior se hizo público en todo Medina y, sea por ello o por las cualidades personales de Juan, el caso es que el administrador del hospital donde estaba el pozo, don Alonso Álvarez de Toledo, se interesó por el niño y le ofreció trabajo de recadero. De este manera, se trasladó a vivir al hospital General, que era uno de los catorce que había en la ciudad y que era de carácter benéfico y gratuito, destinado a curar a los pobres de bubas y males contagiosos. Juan hacía también de enfermero y colector de limosnas, pues había que pagar los gastos de medicinas, médicos, comida, capellanes y ropa de cama de los enfermos.

Pedro Fernández, que lo conoció, asegura que *se ejercitaba en oficios de caridad y humildad con los pobres; y el tiempo que le sobraba, lo aplicaba y gastaba en estudiar y aprender Gramática*⁹.

El administrador, viendo su deseo de estudiar y su capacidad para el estudio, le permitió estudiar en el Colegio de la Compañía de Jesús, que estaba a doscientos metros del hospital. Y por las noches, a la luz de un candil, procuraba aprender gramática, retórica y artes (filosofía), incluido latín y griego. *Y en pocos años salió buen latino y retórico*¹⁰.

Sus estudios abarcaron desde 1559 a 1563. Por su parte, Francisco había encontrado un buen trabajo como escudero, al servicio de dos señoras principales, madre e hija. Ahora Francisco se vestía lo mejor que podía, se ceñía

⁷ Manuscrito 8.568, fol 543 de la BNM.

⁸ PO II, p. 109.

⁹ PA IV, p. 94.

¹⁰ José de Velasco, *Vida, virtudes y muerte del venerable varón Francisco de Yepes*, editado en 1616 en Valladolid; reeditado por la Junta de Castilla y León, Salamanca, 1992, p. 158.

una espada y comenzó su trabajo con ilusión, pero le duró poco. Un día, entretenido en sus visitas a las iglesias, llegó tarde a casa de las señoras y se dio por despedido. Siguió con su trabajo de tejedor y, como obra de caridad, recogía los niños expósitos que dejaban a las puertas de las iglesias. Los llevaba a la parroquia y los hacía bautizar, siendo él mismo el padrino; buscaba amas que los quisieran criar y pedía limosnas para atender a sus gastos. Un día, su madre Catalina recogió personalmente de la puerta de una iglesia un niño expósito, lo llevó a casa y lo crió hasta que se le murió, como si fuera un hijo ¹¹.

FRAY JUAN DE SANTO MATÍA

Cuando en 1563 dio por terminados sus estudios de humanidades en el Colegio de la Compañía, decidió entrar en la Orden del Carmen, que contaba con un convento en Medina de reciente fundación. El administrador del hospital, don Alonso Álvarez de Toledo le propuso ordenarse de sacerdote y aceptar el puesto de capellán en su hospital; pero, enamorado de la Virgen, escogió la Orden de la Virgen del Carmen y para no ofender los sentimientos de don Alonso *se fue muy secretamente al convento de Santa Ana del Carmen, donde pidió el hábito* ¹².

Cuando se enteró don Alonso, ya Juan tenía la cabeza rapada por la tonsura monástica y vestía el hábito marrón de los carmelitas con larga capa blanca, con el nombre de fray Juan de Santo Matía (san Matías), habiendo comenzado ya su año de noviciado.

Según anotan los que lo conocieron: *Desde que fue novicio se dio mucho a la oración, que para esto y para todos los buenos ejercicios de virtud halló enseñanza y buena ocasión en aquel convento. Todo el tiempo que las ocupaciones de novicio le dejaban desocupado y las disposiciones del maestro no lo estorbaban, estaba delante del Santísimo Sacramento en el coro o en otra parte acomodada, para hallarse allí más recogido y más devoto en oración. Y así le era de particularísimo consuelo ayudar a misa, aunque gastase toda la mañana en esto, sintiendo con este ejercicio, no cansancio, sino nuevo aliento. Y cuando todo esto faltaba, no le era menos agradable el rincón de la celda que le servía de oratorio* ¹³.

Al terminar el año de noviciado, fue admitido a la profesión, que hizo en Medina el año 1564 entre los meses de mayo y diciembre, pues no se sabe la

¹¹ Declaración de sor María de San Francisco, PO II, p. 100.

¹² Francisco de Yepes, manuscrito 12.738, fol 613 de la BNM.

¹³ José de Jesús María (Quiroga), *Historia de la vida y virtudes del venerable padre fray Juan de la Cruz*, editado en Bruselas en 1628 y reeditado por la Junta de Castilla y León en Salamanca, 1992, p. 65.

fecha exacta. En esta ocasión estuvo presente su antiguo bienhechor don Alonso Álvarez de Toledo, quien firmó también como testigo.

El padre Jerónimo de Olmos declaró en el Proceso: *He visto y tengo en mi poder su profesión firmada de su nombre y letra, que dice: “Fray Juan de Santo Matía”. Y al margen dice “Cuando se descalzó este padre, se llamó fray Juan de la Cruz y el tiempo que vivió en nuestra Orden fue muy devoto del Santísimo Sacramento y de las santas imágenes y tuvo siempre deseo de padecer por Nuestro Señor”*¹⁴.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Realizada su profesión, los Superiores lo enviaron al Colegio de San Andrés de Salamanca para estudiar en la universidad. Allí estuvo cuatro años. Tres estudiando Arte o Filosofía, y uno Teología, de 1564 a 1568. Durante sus años de estudio, había prohibición absoluta de salir del Colegio, si no era para asistir a las clases de la universidad o con permiso del Prior. Debían ir de dos en dos y vistiendo la capa blanca carmelitana.

La universidad de Salamanca era en ese tiempo la principal universidad de España y tenía unos siete mil alumnos, un buen número de ellos eran miembros de Órdenes religiosas. Casi todas las Órdenes tenían alumnos y los seculares venían de todas las regiones de la península. Allí se veían hábitos de todos los colores, desde los negros de los agustinos y los blancos de los dominicos hasta el marrón de los carmelitas o de los franciscanos. Incluso en los Colegios para estudiantes seculares, se llevaba un régimen estricto de oración y silencio para dedicarse al estudio. El Colegio de San Bartolomé, que fue quizás el más famoso, sólo admitía alumnos de más de 18 años cumplidos. Comían en refectorio común, en silencio. Nadie podía salir del Colegio sin uniforme ni después del anochecer. Todo estaba bien reglamentado, hasta los días de asueto y descanso. Era un internado riguroso con aires de vida claustral. Las clases eran en latín y en los Colegios había disertaciones para discutir algún tema importante de filosofía o teología durante la semana.

Fray Juan llevaba una vida ejemplar en todo sentido. Según el padre Alonso de la Madre de Dios: *La celda en que vivía era tan estrecha, tan desechada de otros, cuanto de él apetecida por ser muy a propósito, así por la representación de pobreza y penitencia que tan bien asentaba a su espíritu, como por una ventanilla que tenía hacia el Santísimo Sacramento, desde donde gozaba el espíritu con anchura de las cosas del cielo. Su cama era una artesa vieja de*

¹⁴ PA IV, p. 144.

*amasar pan, en cuya cabecera estaba clavado en hueco un madero que hacía oficio de almohada. Aquí sobre unas pajas dormía*¹⁵.

El padre Jerónimo de San José declaró: *Sabe este testigo que, estando el venerable padre en un convento de los padres calzados (de Salamanca) y, viendo desde la ventana de su celda que un religioso de él trataba de hacer una cosa muy contra la Religión, se fue a él y le reprendió severamente, amenazándole que lo diría al prelado si no se enmendaba. Mostrando con él todo este brío; aunque el venerable padre era mozo y nuevo en la Religión y el reprendido antiguo y de autoridad y confianza en la casa. Y así le temían todos y se guardaban no les topase en alguna falta contra la observancia*¹⁶.

*Con ser aún mancebo y no estar ordenado de misa, componía con su vida ejemplar y recogimiento, no sólo a los religiosos mancebos, sino también a los sacerdotes. Y, si querían desmandarse en alguna cosa de las que suelen los estudiantes mozos, huían de él como si fuera su prelado y los hubiera de reprender. Tanto como esto era el respeto que le tenían*¹⁷.

*Con sólo mirarle los religiosos, sus compañeros, corregían y temblaban sus demasías. Y así acontecía que, si algunos hablaban en hora y lugar de silencio, acertando a pasar por allí el siervo del Señor que aún no era sacerdote, con sólo su silencio y modestia, les argüía Nuestro Señor el presente exceso, retirándose a sus celdas. Y otras veces, descuidados, acordándose de él, decían: “Vámonos de aquí, no venga aquel diablo”*¹⁸.

PRIMERA MISA

Fray Juan de Santo Matía fue ordenado sacerdote en Salamanca por el obispo don Pedro González de Mendoza, probablemente en setiembre de 1567. Y a continuación fue de vacaciones unos días a Medina para cantar su primera misa.

¹⁵ Alonso de la Madre de Dios, *Vida, virtudes y milagros del santo padre fray Juan de la Cruz*, 1628-1635. Reeditada por Ed. de espiritualidad, Madrid, 1989, p. 57.

¹⁶ PA IV, p. 332.

¹⁷ Declaración del padre Luis de San Ángel, PA IV, p. 376.

¹⁸ Declaración del padre Alonso de la Madre de Dios, PO V, p. 366.

Al hablar los biógrafos del santo de su primera misa, afirman haber recibido un favor tan señalado como el de reducirle a la inocencia bautismal y confirmarle en gracia. Fúndanse para esto en la autoridad de la piadosa monja de la Encarnación de Ávila, hija espiritual de fray Juan de la Cruz, sor Ana María, que en el Proceso de canonización de Ávila de 1616, declaró: *Sabe que la pureza de alma y cuerpo del santo padre fray Juan de la Cruz fue más celestial que humana, y que esto lo sabe por una merced que Nuestro Señor hizo y reveló a esta testigo hará cuarenta y cuatro años; porque, aunque ella es ruin y llena de miserias y flaquezas, para bien suyo la ha Nuestro Señor comunicado algunas cosas, y ésta de que ahora depone no la dijera en manera alguna si no entendiera era para mayor gloria de Dios y servicio de este santo el decirla que ocultarla, y decírselo así quien se lo puede mandar. Y esta merced sucedió así, que estando un día esta testigo esperando al santo padre fray Juan que acabase con una persona, que por entonces le tenía ocupado, para entrar ella y comunicarle cosas de su alma y confesarse, recogiendo ella entretanto en oración, le manifestó Nuestro Señor la gran santidad del santo padre fray Juan, y reveló que cuando dijo la primera misa le había restituido la inocencia y puesto en el estado de un niño inocente de dos años, sin doblez ni malicia, confirmándole en gracia como a los apóstoles para que no pecase ni le ofendiese jamás gravemente.*

Esto le pasó a esta testigo con Nuestro Señor y se lo dijo su Majestad, de que ella quedó admirada de tan gran merced que había hecho a aquella bendita alma. Y así, entrada a comunicar al santo padre fray Juan de la Cruz, le pidió que le dijese una cosa que le quería preguntar y que no se la había de ocultar; y después de le haber obligado a que la diría, le preguntó esta testigo qué era lo que le había suplicado a Nuestro Señor en la primera misa, y el santo le dijo suplicar a su Majestad le concediese que no cometiese pecado mortal alguno con que le ofendiese, y que le diese padeciese en esta vida la penitencia de todos los pecados que como hombre flaco pudiera cometer, si su Majestad no le tuviera de su mano; y esta testigo le preguntó si creía habérselo Dios concedido como se lo había suplicado y él le respondió: “Lo creía, como creía que era cristiano, y tenía por cierto se lo había Dios de cumplir”. Y esta testigo, callando lo que Nuestro Señor le había manifestado sin decir de ello cosa alguna, le dijo: “¿No tiene Vuestra Reverencia más que saber?”. Y esta testigo, con lo que el santo padre fray Juan le dijo, por venir bien con lo que ella había sabido en la oración, lo tuvo por verdadero y cierto y se confirmó en lo que así le fue revelado¹⁹.

ENCUENTRO CON LA MADRE TERESA DE JESÚS

¹⁹ PO V, p. 299.

La Madre Teresa había ido a Medina del Campo para fundar el segundo convento de carmelitas descalzas. Allí habló con el padre Antonio de Heredia, carmelita, prior del convento de Medina, sobre sus deseos de fundar conventos de carmelitas descalzos y comenzar entre ellos la Reforma. Ella dice: *Díjale lo que pasaba y que, si tendría corazón para estar allí* (en Duruelo, donde le habían ofrecido una casa para convento) *algún tiempo, que tuviese cierto que Dios lo remediaría presto, que todo era comenzar... Él dijo que, no sólo allí, mas que estaría en una pocilga*²⁰.

Por otra parte, se encontró también con el padre fray Juan de santo Matía, que, terminados los tres años de filosofía en la universidad de Salamanca, había ido ese año 1567 a cantar su primera misa a Medina, donde estaba su madre. Se encontró con la Madre Teresa en setiembre u octubre, pues ella sabía de sus deseos de una vida de mayor perfección y de querer entrar en la Cartuja y le propuso unirse a la Reforma de frailes. Fray Juan sólo le puso la condición de *que no se tardara mucho en fundar el convento*, pues necesitaba el permiso del provincial pasado y presente. Quedaron en que, mientras ella conseguía los permisos para comenzar la casa de Duruelo, él continuaría los estudios de teología por un año más en la universidad.

Según refiere sor María Evangelista, cuando la santa Madre tuvo seguridad de que tenía ya los dos primeros frailes para comenzar la Reforma con ellos, vino muy contenta donde estaban sus religiosas en el convento de Medina y, en la recreación, les dijo: *Sepan, hijas, que tengo ya fraile y medio para dar principio a esta nueva Reformación, y estoy muy contenta. Y la santa Madre tuvo por fraile entero a fray Juan de la Cruz, porque se pagó de él más y por tenerle más a propósito para su intento*²¹.

Sin embargo, el padre Jerónimo Gracián dice que *la santa aludía a la estatura física y daba este calificativo de medio fraile al santo en contraste con fray Antonio, que era de gran presencia*²².

²⁰ Fundaciones 13, 4.

²¹ PO II, p. 156.

²² Scholias y adiciones a la *Vida* del padre Ribera, Roma, 1982, p. 389.

LA REFORMA

La Madre Teresa quería vivir una vida más estricta y no tan relajada como se llevaba en su convento de la Encarnación de Ávila. Por ello, decidió seguir la Regla de San Alberto primitiva, no la mitigada, que se vivía entonces.

Hagamos un poco de historia. Según una tradición antigua, existían ermitaños que vivían desde tiempos del profeta Elías en el Monte Carmelo de Palestina. Por eso, al profeta Elías, aunque no sea propiamente el fundador, se le considera como un gran santo de la Orden. Cuando los cruzados conquistaron Jerusalén en 1099, tuvieron conocimiento de los ermitaños que habitaban en el Monte Carmelo. Algunos de estos cruzados europeos abrazaron su vida y organizaron monasterios al estilo de las Órdenes que vivían en Europa, como los benedictinos y otros. Ya en el siglo XII, bajo el mando del primer General latino, llamado Bertoldo de Malafaida, se organizaron algunos monasterios con vida común.

Bertoldo le pidió a su pariente Aymerico de Malafaida, patriarca de Antioquía, que le ayudase a reunir a los ermitaños dispersos del Monte Carmelo en cenobios donde tuvieran algunos actos de vida común. Accedió el Patriarca y, entre los años 1153 y 1159, que estuvo en Jerusalén, les dio una Regla común. Y ordenó que todos los ermitaños se pusieran bajo la obediencia de un Superior, con autoridad para disponer lo que considerase oportuno para ordenar mejor la vida religiosa. San Brocardo, santo General de la Orden del siglo XIII, pidió a san Alberto, patriarca de Jerusalén, que le diera una Regla en la que se dieran normas concretas para la vida común en algunos tiempos y lugares determinados, aunque muchos vivieran solos la mayor parte del tiempo, en silencio, oración y penitencia.

Esta Regla de San Alberto se la entregó a los carmelitas entre 1205 y 1214. Entre otras cosas se dice que todo será común entre ellos. Debía haber, en el punto céntrico del eremitorio, un oratorio o capilla donde diariamente asistirían a misa. Los domingos y otros días establecidos se reunirían en capítulo de hermanos para corregirse faltas o excesos. La abstinencia de carnes sería perpetua a no ser por remedio de enfermedad. Se recomendaba el trabajo manual para evitar la ociosidad y también el silencio, sobre todo en ciertas horas.

Al ser perseguidos los cristianos por los musulmanes en el siglo XIII, muchos monjes carmelitas huyeron y se establecieron en los países de Europa. A partir de 1235 fundaron monasterios de acuerdo a su carisma. Pero, al establecerlos en lugares habitados, no podían cumplir algunas normas.

En el Capítulo general, celebrado en Aylesford (Inglaterra), probablemente en 1247, en el cual fue elegido General san Simón Stock, se determinó enviar dos religiosos a Roma para modificar algunos puntos de la Regla que no podían practicarse en Europa, según la vida mendicante que habían abrazado. El Papa accedió y cambió algunos puntos. En lugar de que cada uno comiera en su propia celda, con las dificultades de tomar la comida fría y en malas condiciones, se estableció que comiesen todos en un refectorio o comedor. Se cambiaron algunas disposiciones sobre el rezo del Oficio divino. Se aceptó que pudieran tener jumentos o mulos para llevar leña o alimentos al convento y, ya que no podían comer carne, pudieran tener aves y otros animales para leche y huevos. También se aceptó que en los viajes pudieran comer carne o alimentos cocinados con carne, aunque en el convento continuaran con la prohibición de comer carne.

En cuanto al silencio absoluto desde Vísperas hasta tercia del día siguiente, tampoco lo podían cumplir los encargados del ministerio de almas y los que asistían a las aulas universitarias. Y quedó que, en principio, el silencio se guardara en los conventos desde Completas hasta Prima del día siguiente. Esta Regla, modificada de la original de San Alberto, fue confirmada solemnemente por Bula del Papa Inocencio IV el 1 de octubre de 1247.

Esta Regla, con las modificaciones correspondientes es la que santa Teresa quiso establecer en sus comunidades, rechazando las mitigaciones que hizo más tarde a esta Regla el Papa Eugenio IV.

Las mitigaciones, introducidas por este Papa, tuvieron origen en varias circunstancias negativas. Una de ellas fue la gran peste que asoló a Europa en 1348, que dejó vacíos muchos monasterios y relajó la disciplina regular. También hubo muchas exenciones a los maestros y profesores de universidades, además de otros privilegios que se concedieron a algunos religiosos, debido a presiones de príncipes o personas importantes de la sociedad, como dar facilidades para salir de los conventos y viajar.

El concilio de Trento trató de corregir estos abusos. El Capítulo general de la Orden carmelitana, visto que muchos abusos eran difíciles de corregir, pidió al Papa algunas mitigaciones a la Regla: disminuir los días de ayuno, salir de las celdas y estar por los claustros en horas que no estuvieran ocupados por actos de comunidad, recibir visitas y hacer viajes al exterior. Y, en cuanto a comer carne, que sólo se prohibiera hacerlo tres veces por semana.

El Papa Eugenio IV aprobó las propuestas del Capítulo general de Nantes por la Bula *Romani Pontifices* del 15 de febrero de 1432. Esta Regla mitigada por el Papa Eugenio IV es la que se vivía y la que no quería seguir la Madre Teresa.

CONVENTOS DE FRAILES

El 10 de agosto de 1567 el padre General había dado licencia a la Madre Teresa para fundar dos conventos de frailes *carmelitas contemplativos*, siguiendo su mismo estilo de vida.

Los dos primeros frailes que se animan a vivir de acuerdo a la Reforma teresiana fueron el padre Antonio de Heredia, Prior de la casa de Medina del Campo, y el padre Juan de la Cruz (san Juan de la Cruz), que tenía entonces 25 años y que se convertirá en cofundador de los frailes carmelitas descalzos.

La primera fundación de frailes fue en Duruelo el 28 de noviembre de 1568. La Madre Teresa relata cómo sucedió: *Un caballero de Ávila, llamado don Rafael, con quien yo jamás había tratado, no sé cómo vino a entender que se quería hacer un monasterio de descalzos; y vínome a ofrecer que me daría una casa que tenía en un lugarcillo (Duruelo) de hartos pocos vecinos, que me parece no serían veinte, que la tenía allí para un rentero que recogía el pan de renta que tenía allí. Yo, aunque vi cuál debía ser, alabé a Nuestro Señor y agradecíselo mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí para ir a la fundación de Valladolid, que es camino derecho y que la vería. Yo dije que lo haría, y aun así lo hice, que partí de Ávila por junio con una compañera y con el padre Julián de Ávila, capellán de San José de Ávila.*

Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle, y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él. Así anduvimos aquel día con harto trabajo, porque hacía muy recio sol. Cuando pensábamos que estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino; así llegamos poco antes de la noche.

Cuando entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche por causa de la demasiada poca limpieza que tenía y mucha gente del agosto (parásitos). Tenía un portal razonable y una cámara doblada con su desván, y una cocinilla. Yo consideré que en el portal se podía hacer iglesia y en el desván coro, que venía bien, y dormir en la cámara²³.

Ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los dos padres (provinciales), porque con esa condición había dado la licencia nuestro padre General. Yo esperaba en Nuestro Señor de alcanzarla, y así dejé al padre fray Antonio que

²³ Fundaciones 13, 2-3.

tuviese cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar (conseguir) algo para la casa; yo me fui con fray Juan de la Cruz a la fundación de Valladolid. Y como estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas, que todo es con tanta moderación, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla. Él era tan bueno, que al menos yo podía mucho más deprender (aprender) de él que él de mí²⁴.

Cuando yo tuve las dos voluntades (de los dos provinciales), ya me parecía no me faltaba nada. Ordenamos que el padre fray Juan de la Cruz fuese a la casa, y la acomodase de manera que comoquiera pudiesen entrar en ella; que toda mi prisa era hasta que comenzasen, porque tenía gran temor no nos viniese algún estorbo; y así se hizo. El padre fray Antonio ya tenía algo allegado (conseguido) de lo que era menester; ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí a Valladolid a hablarme con gran contento y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco; sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las horas concertadas, que no quería ir desapercibido; creo aún no tenía en qué dormir.

Tardóse poco en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el padre fray Antonio renunció a su priorazgo con harta voluntad y prometió la primera Regla; que aunque le decían lo probase primero, no quiso. Íbase a su casita con el mayor contento del mundo. Ya fray Juan estaba allá²⁵.

El primero o segundo domingo de adviento de este año de 1568, se dijo la primera misa en aquel portalito de Belén, que no me parece era mejor. La cuaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine por allí. Llegué una mañana. Estaba el padre fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que tiene él siempre. Yo le dije: “¿Qué es esto, mi padre?, ¿qué se ha hecho la honra?”. Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: “Yo maldigo el tiempo que la tuve”.

Cuando entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras! Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una

²⁴ Fundaciones 13, 5.

²⁵ Fundaciones 14, 1-2.

imagen de papel con un Cristo que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada.

El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa. Tenían a los dos rincones, hacia la iglesia, dos ermitillas, adonde no podían estar sino echados o sentados, llenas de heno (porque el lugar era muy frío y el tejado casi les daba sobre las cabezas) con dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan maitines hasta prima no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos cuando iban a prima y no lo haber sentido. Decían sus horas (rezos) con otro padre de los del paño (carmelita calzado), que se fue con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí²⁶.

Cuando yo vi aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella... no me hartaba de dar gracias a Nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme que veía comenzado un principio para gran aprovechamiento de nuestra Orden y servicio de nuestro Señor²⁷.

Santa Teresa les insistió mucho que hicieran trabajos manuales. Al padre Jerónimo Gracián le escribirá años más tarde: *Ponga mucho en los ejercicios de manos que importa infinitísimo²⁸*. Al padre Mariano le dirá años más tarde que trabajen, *aunque fuese en hacer cestas o cualquier cosa y sea la hora de recreación, cuando no hubiere otro tiempo, porque adonde no hay estudio es cosa importantísima²⁹*.

Otra cosa en que insistió mucho fue en que los frailes no se dejaran llevar de extremos en su afán por hacer penitencia. Resulta que una famosa ermitaña, Catalina de Cardona, tuvo muchos imitadores en hacer penitencias exageradas. La Madre Teresa escribió al padre Mariano: *Yo soy amiga de apretar mucho en las virtudes, mas no en el rigor³⁰*.

²⁶ Fundaciones 14, 6-7.

²⁷ Fundaciones 14, 11.

²⁸ Carta del 20 de setiembre de 1576, N° 10.

²⁹ Carta del 12 de diciembre de 1576, N° 9.

³⁰ Carta del 12 de diciembre de 1576, N° 10.

EL PRIMER DESCALZO

La Madre Teresa mandó hacer los hábitos de sayal y jerga en el convento de Valladolid. *Y, acabados de hacer, en esta misma reja del locutorio (de Medina) la santa Madre de parte de dentro del locutorio y el venerable padre de la parte de afuera, se vistió el hábito de sayal y jerga, y descalzos los pies; fue el primero que dio principio a la Reformación de los carmelitas*³¹.

La Madre tenía algunas ideas distintas del padre Juan de la Cruz y, según dice: *Me he enojado con él a ratos, pero jamás le hemos visto una imperfección*³².

El padre Juan fue el primero que llegó a Duruelo con un albañil, aspirante al hábito. Llegó hacia finales de setiembre o primeros de octubre de 1568. Nada más llegar, se pusieron a trabajar para acomodar el convento. El lego albañil comenzó el trabajo de acuerdo a las indicaciones de la Madre Teresa. Fray Juan, que había venido por el camino con el hábito de calzado, nada más llegar se vistió, para no dejarlo nunca más, el hábito de descalzo; y con los pies descalzos, ayudó como peón de albañil. Como no tenían qué comer, lo enviaba al lego a los contornos para pedir comida. Los vecinos les daban abundante pan. Y el primer día comieron solo pan, con que lo pasaron con más contento que con faisanes³³.

Algunos días el padre Juan salía a predicar a los pueblos de alrededor. En ocasiones venía a visitarlo su hermano Francisco y con él salía a las aldeas vecinas.

Sor Elvira de San Ángelo dice que, *estando el santo en el convento de Duruelo, salía a predicar y confesar a las aldeas circunvecinas con mucha edificación de los fieles. Y huía tanto el agradecimiento que, por evitarlo, en bajándose del púlpito, llamaba a su hermano Francisco de Yepes, que le acompañaba, y se salía de la iglesia el siervo de Dios y del lugar, sin querer tomar una pobre comida. Y llegados ambos a una fuente, comían un poco de pan que el venerable santo padre había traído del convento; y habiéndole enviado el cura del lugar donde había predicado un labrador que de su parte le rogase se viniese a comer con él, el siervo de Dios lo rehusó. Y después dijo a su hermano Francisco que no había aceptado la caridad del cura, porque en las cosas que hacía por Dios, no quería paga ni agradecimiento de hombres sino de su Majestad... Todo lo cual sabe esta testigo, porque Francisco de Yepes se lo afirmó*³⁴.

³¹ Declaración de sor Catalina de Jesús, PA IV, p. 115.

³² Carta a Francisco de Salcedo de setiembre de 1568.

³³ Declaración de Jerónimo de la Cruz en manuscrito 12.738, fol 1413 de la BNM.

³⁴ PO II, p. 74.

Cuando ya la casa-convento estaba acondicionada, avisó el padre Antonio de Heredia. El padre Antonio llegó el 27 de noviembre de ese año 1568.

Con el padre Antonio llegó también el provincial fray Alonso González y el padre Lucas de Celis, que iba a vivir con ellos, pero manteniendo de momento su hábito de calzado por ver si le iba esa vida; y también el hermano fray José, diácono. Al padre Antonio, *cuando llegó a vista del lugarcillo, le dio un gozo interior muy grande y le pareció que había ya acabado con el mundo en dejarlo todo y meterse en aquella soledad, adonde al uno y al otro no se les hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites*³⁵.

El 28 de noviembre de 1568, primer domingo de Adviento tuvo lugar la sencilla ceremonia de la erección canónica del convento. En ella, ante el provincial, hicieron renuncia a la Regla de San Alberto mitigada, aceptada por el Papa Eugenio IV. Después se redactó un acta de fundación: *Nos, fray Antonio de Jesús, fray Juan de la Cruz y fray José de Cristo, comenzamos hoy, 28 de noviembre de 1568 a vivir la Regla primitiva*. Y la firman los tres primeros descalzos, cambiando sus apellidos religiosos. El padre Antonio se llamará Antonio de Jesús y fray Juan, Juan de la Cruz.

La nueva comunidad quedó constituida por cinco miembros: los tres que habían renunciado a la Regla mitigada, el padre Lucas de Celis, que continuó como calzado, y el lego albañil, que acompañó a fray Juan para hacer las obras.

MANCERA DE ABAJO

En la Cuaresma de 1570 el padre Antonio fue invitado a Mancera de Abajo a predicar. Era un pueblo ubicado a una legua de Duruelo. El padre Antonio se ganó la simpatía de todos. Era excelente predicador, tenía buena figura, era simpático y siempre sonriente. Don Luis de Toledo, el dueño y señor *de las cinco villas*, le invitó a poner allí un monasterio en una iglesia que había hecho construir y donde había colocado un retablo traído de Flandes. Después de consultado el provincial, el padre Antonio aceptó trasladar allí la fundación de Duruelo, dado que en Duruelo no tenían espacio para recibir novicios y la casa era húmeda y poco apropiada para la salud. El 11 de junio de 1570 se trasladó allí el monasterio con una solemne procesión a la que asistió el provincial con varios sacerdotes.

³⁵ Santa Teresa en Fundaciones 14, 3.

A los cuatro meses, profesaron los dos primeros novicios que llegaron de Duruelo, fray Juan Bautista y fray Pedro de los Ángeles.

PASTRANA

Antes que se trasladara el convento de Duruelo a Mancera, ya se había fundado otro convento de descalzos en Pastrana. El príncipe Ruy Gómez había dado un ermita a Ambrosio Mariano Azaro, un hombre muy culto, que había sido soldado en la batalla de San Quintín, quien vivía allí con un compañero. El príncipe quería entregar la ermita para convento de carmelitas descalzos y habló con la Madre Teresa, a quien también había dado una casa para convento de sus monjas en ese lugar. La Madre Teresa anota: *Me dijo Ruy Gómez... que había dado una buena ermita y sitio para hacer allí asiento de ermitaños y que él quería hacerla de esta Orden y tomar el hábito. Yo se lo agradecí, porque de las dos licencias (para fundar dos conventos de frailes descalzos) no estaba hecho más que uno*³⁶.

La Madre obtuvo muy pronto el permiso requerido de los dos provinciales. Habló con los dos ermitaños y mandó aviso al padre Antonio de Jesús para que viniese a fundar el monasterio. La Madre dice: *Yo les aderecé hábitos y capas y hacía todo lo que podía para que ellos tomasen luego el hábito*³⁷.

El padre Baltasar de Jesús, que vino con la Madre Teresa, dio el *hábito al padre Mariano y a su compañero para legos entrambos, que tampoco el padre Mariano quiso ser de misa. Después, por mandato de nuestro Reverendísimo padre General se ordenó de misa. Pues fundados entrambos monasterios y venido el padre fray Antonio de Jesús, comenzaron a entrar novicios*³⁸.

Los dos ermitaños recibieron el hábito de carmelitas descalzos el 9 de julio de 1569. Eran Ambrosio Mariano Azaro, que se llamó Mariano de San Benito, y Juan Narduch, llamado Juan de la Miseria. El 13 de julio, con la llegada del padre Antonio, quedó establecida la vida conventual reformada en la ermita de San Pedro. Pronto comenzaron a llegar novicios de los universitarios que estudiaban en la cercana universidad de Alcalá. Así se convirtió Pastrana en el noviciado de la Reforma. El padre Juan de la Cruz fue enviado para formar a los novicios, que eran diez. Él organizó el noviciado y dio normas prácticas de

³⁶ Fundaciones 17, 11.

³⁷ Fundaciones 17, 14.

³⁸ Fundaciones 17, 15.

devoción y mortificación. Estuvo allí solamente un mes y regresó a mediados de de 1570 a Mancera.

ALCALÁ

El Colegio de San Cirilo para estudiantes universitarios de Alcalá de Henares (Madrid) fue fundado el 1 de noviembre de 1570. Fue la primera casa de estudios de la Reforma. Ya había allí algunos profesos de Pastrana, cuando en el mes de abril de 1571 le llegó al padre Juan de la Cruz la patente para trasladarse al Colegio de Alcalá con el fin de hacerse cargo del Colegio como Prior.

Los estudiantes carmelitas descalzos llamaban la atención por las calles. Iban con los ojos bajos, los pies desnudos, hábito pobre y capa blanca. El padre Juan, con su ejemplo, era un modelo para todos y así ganaba muchos estudiantes para la Reforma.

Después de estar un año en el Colegio de Alcalá, hacia fines de abril de 1572, fue enviado con urgencia al noviciado de Pastrana, porque el maestro de novicios, padre Ángel de San Gabriel, estaba llevando a los novicios a penitencias extremas, imposibles de soportar.

Sobre esto escribe el padre José de Jesús María (Quiroga): *No sólo les daba largas licencias para los ejercicios penitenciales, sino que... no lea ningún (ejercicio) de los monasterios de nuestros monjes antiguos que no le pareciese hallarse obligado a introducirlo en Pastrana. Y no sólo esto, sino también todo lo que otros santos hicieron movidos de Dios, de cosas raras no imitables, lo introducía entre sus novicios. Y así hubo en este tiempo en aquel convento ejercicios de mortificación y penitencia tan rigurosos y extraordinarios que dejaban atrás todo lo que san Juan Clímaco vio en los monasterios de nuestros monjes de Tebaida... Llegado (el padre Juan de la Cruz) a Pastrana, halló unos ejercicios que excedían las fuerzas humanas y que era necesario esperar milagros para poderlos tolerar sin quiebra de la salud en breve tiempo... Y así quitó las mortificaciones públicas que se hacían fuera del convento..., moderó la frecuencia muy continuada de ellas. Quitó también las que se ejercitaban, no emanadas de nuestros mayores, sino por imitación a otros santos, como hacer cosas que pareciesen desvaríos para que los tuviesen por locos y los desestimasen, y esforzó otros ejercicios de humildad y penitencia que se hacían dentro del convento*³⁹.

³⁹ José de Jesús María (Quiroga), o.c., pp. 123-124.

Y después de unos meses de aquietar el noviciado, regresó a su oficio de Prior en el Colegio de Alcalá.

CAPELLÁN DE LA ENCARNACIÓN DE ÁVILA

Al poco tiempo de llegar al Colegio de Alcalá desde Pastrana, el padre Juan recibió del comisario apostólico, el dominico padre Pedro Fernández, una orden, a solicitud de la Madre Teresa, Priora del convento de monjas calzadas de la Encarnación de Ávila, para ser capellán de este convento, que tenía unas 150 religiosas. El padre Juan tenía 30 años, pero mucha santidad.

En este convento, al principio, cuando el 6 de octubre de 1571 había tomado posesión de Priora la Madre Teresa, no había sido bien recibida por una gran parte de la comunidad, que pensaba que iba exigirles una vida estricta como a las descalzas. Ella nombró desde el primer día como Priora a la Virgen María y como subprior a san José. Y, poco a poco, se fue ganando su confianza, sobre todo porque se preocupó de suplir sus necesidades materiales, consiguiendo limosnas para que todas pudieran tener comida suficiente y no tuvieran que salir a la calle a pedir de comer a familiares y amigas. Todas debían comer juntas en el comedor común. Las muchas seglares, que siempre había habido para servicio de las religiosas pudientes, fueron expulsadas. Suprimió la libertad de hablar en el locutorio sin permiso. Y para su crecimiento espiritual consiguió que nombraran al padre Juan, ya que los padres calzados estaban en contra de la Madre Teresa y lo que ella hacía por una parte, ellos lo deshacían por otra con sus conversaciones privadas o confesiones con algunas religiosas.

Sor Ana María certifica que vio y conoció en el santo padre fray Juan un grande amor y deseo del aprovechamiento de las almas y de su mayor perfección, sólo por ser almas criadas para el cielo, y por sólo este fin y no por otro algún interés acudía a tratarlas, confesarlas, desengañarlas y ponerlas en oración, poniendo en esto mucho trabajo y mucha espera de su parte. Era muy discreto y prudente. Aquí en este monasterio vio esta testigo cómo el santo con esta discreción y gracia que Dios le comunicaba, acababa (conseguía) de las religiosas de este convento que dejasen niñerías y cosas del mundo y abrazasen la perfección y oración; y ellas, dejándolo todo, se rendían y lo hacían; porque sus palabras dichas y propuestas tan a tiempo y tan del cielo y con tanta blandura, suavidad y amor, quitaban las visitas y los demás impedimentos y persuadían a hacer vida perfecta y penitente, recogéndolas a trato de oración, dándole Dios a este santo padre gracia en esto. Y ponderando esto esta testigo, le preguntó un día al santo padre fray Juan qué hacía a estas monjas que luego las hacía hacer lo que quería y las inclinaba al camino de la perfección y virtud,

encendiéndolas tanto en amar a Dios. El santo la respondió: “Hácelo Dios todo, y para eso ordena me quieran bien”.

Y dice más esta testigo: que por haber la Madre santa Teresa conocido la grande santidad y prudencia, eficacia y fuerza en sus palabras del cielo para persuadir las almas que tenía el santo padre fray Juan, trabajó con los prelados se le diesen para confesor de las religiosas de este convento, adonde sabe esta testigo que fue mucho lo que el santo hizo con su doctrina y vida ejemplar, y que el fruto y provecho que aquí hizo con sus confesiones y pláticas espirituales y trato de oración se ha echado bien de ver por el gran recogimiento y virtud que aún hasta ahora persevera con provecho de muchas almas santas que aquí ha habido y hay de singulares virtudes y santidad; y así dice esta testigo que se acuerda que cuando la santa Madre Teresa trajo al santo padre fray Juan aquí por confesor, les dijo: “Tráigoles un padre que es santo por confesor”...

También acudía a confesar y tratar de oración y cosas de perfección con diversas personas de otros monasterios y con otras personas, y a todos atraía a la perfección de vida. Entre otras personas dice esta testigo conoció a una doncella en esta ciudad, de grande hermosura, muy galana ella. Huía del santo porque decía no quería confesarse con hombre tan santo, porque temblaba de llegar a él; y como él lo supiese, le dijo que los confesores cuanto más santos eran más suaves y menos se escandalizaban; y últimamente se determinó esta señora y se confesó con el santo padre fray Juan; y tocándole de cerca vio su santidad y cuán del cielo eran sus palabras, quedando admirada, y dijo a esta testigo que no le había dado otra penitencia más que el pavor y trabajo que había padecido en llegar a sus pies; y que este trabajo había padecido la primera vez, que después ya era otra cosa, porque ella mudó de condición y hacía otra vida⁴⁰.

El padre Juan vivía al principio en el convento de los padres calzados de Ávila, donde también había otros descalzos por distintos motivos. En total eran ocho descalzos. Pero, cuando comenzaron los problemas entre calzados y descalzos, el padre Juan y su compañero se trasladaron a una casita pobre y sin amueblar, propiedad del convento de la Encarnación, que se llamaba *la casa de la Torrecilla*. En ella vivían pobremente.

Sor Ana María, carmelita calzada del monasterio de la Encarnación de Ávila, afirma que, cuando el santo era confesor de este convento, *era muy templado en el comer. Comía muy poco, no cuidaba del comer, contentábase con cualquiera cosa que le daban sin jamás haberse quejado ni pedido otra cosa, antes no se le daba nada que se lo diesen ni se lo dejasen de dar, bueno o malo;*

⁴⁰ PO V, pp. 301-302.

*de lo que le daban, cuando le parecía tal, enviaba a las monjas enfermas. Estaba muy flaco y gastado por la gran penitencia que hacía... Jamás le oyó una palabra que se pudiera llamar ociosa, porque todas iban ordenadas a buscar la gloria de Dios... No era pesado sino muy suave, apacible y agradable; porque en su decir y conversar de Dios le dio su Majestad tal gracia que no era cansado, sino muy suave*⁴¹.

*Acudía a las monjas enfermas de este convento, cuando habían menester algo para su regalo, buscándoselo. Una vez, encontrando una monja que andaba barriendo, reparó en que la vio descalza. Y sabido después que andaba así por pobreza y no tener qué calzarse ni de qué comprarlo, el santo buscó dinero de limosna y se lo dio para que comprase calzado*⁴².

*Siendo capellán, apartó a una mujer de un hombre rico, que la había seducido. Pudieron tanto con esta mujer las exhortaciones del venerable padre, que, haciendo una larga confesión con mucho dolor de sus yerros, se retiró de la ocasión tan constantemente que no quiso ver ni hablar más al cómplice de su pecado. El cual, instigado del demonio y arrebatado de un sentimiento furioso, fue a tomar venganza de quien le había estorbado la ejecución de su mal deseo; y saliendo solo el venerable padre del confesonario de la Encarnación a la hora de las Avemarías para recogerse a su casita, le dio de palos con tan buena gana que le derribó en el suelo muy maltratado. Bien conoció el venerable padre al malhechor y la causa de su enojo, pero jamás quiso descubrirlo. Y decía que en toda su vida no había recibido mayor consuelo que entonces, por saber que padecía aquello por amor de Dios y por sacar un alma del pecado, y que este consuelo le había hecho dulces los palos como a san Esteban las pedradas*⁴³.

*Otro día, una doncella hermosa de muy buenas partes y muy bien nacida, llevada de la afición del santo padre, le solicitó muchas veces para inclinarle a su voluntad en diversas ocasiones, hasta llegar a hacer muchas acciones indecentes de una doncella. E, instigada del demonio, viendo que nada le aprovechaba, se determinó una noche de irse a su casita y celda del santo. Y como lo pensó lo hizo, porque, estando el santo un noche solo sin compañero, cenando o haciendo colación, ella se entró en su aposento. El santo se admiró cuando la vio; y ella, llevada de su pasión, le hizo instancia con su persona, mas el santo con su gran virtud, santidad y acostumbrada prudencia, le dijo tales cosas que, echándola de sí, se libró con el favor divino de una tan pesada ocasión*⁴⁴.

⁴¹ PO V, p. 303.

⁴² PO V, p. 302.

⁴³ José de Jesús María (Quiroga), o.c., p. 141; Declaración de sor Ana de San Alberto, manuscrito 12.738, fol 567 de la BNM.

⁴⁴ Declaración del padre Juan Evangelista, PO III, p. 46.

El padre Juan, con su compañero, vivieron en Ávila de 1572 a 1577, atendiendo especialmente a las religiosas calzadas y descalzas de Ávila.

EL DEMONIO

Viviendo el santo en la ciudad (de Ávila), como vicario y capellán en el monasterio de la Encarnación, le rogaron de un monasterio conjurase a una monja endemoniada que allí tenían. El, con su caridad, acudió al monasterio. Compadecíase mucho de las necesidades de las religiosas.

Comenzóla a conjurar a cosa de la una. El demonio feroz retardó su salida y así, siendo hora de vísperas, avisáronle las monjas al santo, diciéndole que se fuesen a vísperas; que después de ellas la volvería a conjurar. Y así el santo varón y su socio se entraron en el coro con las monjas. Era víspera de la Santísima Trinidad. Comenzáronse las vísperas con grande solemnidad de canto y, después de dicho “Deus in adiutorium”, al decir “Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto”, tomó el demonio a la monja endemoniada de su asiento y levantándola en el aire en alto, la cabeza abajo y los pies arriba, teniendo cosidos los hábitos con los pies, de suerte que no se le veían; y deteniéndola así en el aire, el coro admirado paró. Entonces el santo varón fray Juan en altas voces dijo al demonio: “En virtud de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuya fiesta estamos celebrando, te mando vuelvas esa monja a su lugar”. Obedeció al punto el demonio, restituyéndola a su silla como antes estaba. Acabadas las vísperas, volvió el varón del Señor a conjurarla y el demonio salió, dejándola libre y sana en adelante.

Este caso este testigo lo sabe de una información que vio original hecha de cosas del santo padre fray Juan jurídicamente ante el arzobispo de Lisboa, en que entre otras cosas del santo, depuso este caso el padre fray Pedro de la Purificación, carmelita descalzo vizcaíno, hombre grave, Prior que fue de Génova, que cuando este caso sucedió estaba presente en el dicho coro y monasterio...

Y asimismo este testigo sabe cómo en la misma ciudad le sucedió al santo padre fray Juan otro caso raro con una monja ilusa de la Orden de San Agustín, tenuta en grande opinión de espiritual, de quien su prelada, recelándose, rogó a la Madre santa Teresa y a su prelado alcanzasen del santo padre fray Juan comunicase aquella monja. Hablóla y saliendo de hablarla, preguntándole el prelado y la prelada qué le parecía de aquel raro espíritu, respondió no ser bueno, que ella estaba endemoniada, que la encomendasen a Dios. Suplicáronle la conjurase. Él se excusaba con que religiosos de su Orden los habían. Mas

como el prelado se lo rogase y le diese sus veces para entrar en el convento y lo que fuese menester, fue algunas veces el santo varón a conjurarla. En una entendió de un demonio, que con osadía respondía, cómo estaban en aquel cuerpo Lucifer con tres legiones de demonios. Con los exorcismos hizo asistiese allí aquel que llamaban Lucifer, el cual se presentó según se vio en el aspecto o palabras de la endemoniada, tan feroz y con tal furia que las monjas de miedo huyeron; lo mismo hacía su compañero si el santo no le fuera a la mano diciéndole no temiese, pues era sacerdote. Si la virtud e imperio del santo varón no le fuera a la mano, parecía despedazar a los circunstantes. Decía a veces: “A mí, a mí, frailecillo, ¿no tengo yo siervos?”.

Mandóle el santo callase. Calló. Puso sobre ella una cruz prosiguiendo con los exorcismos. Arrojóla de sí. Mandóle el santo la levantase. Hízolo, aunque bramando. En un punto se veía que toda aquella chusma le obedecía. Mas cuanto a salir no había remedio.

Otro día apretólos en que habían de salir y salieron los que se hallaron presentes; mas como no tenían posada allí muchos, sucedían otros. Este día a uno que hablaba mucho y obedecía a cuanto le mandaba “in virtute Spiritus Sancti”, le mandó volviere en romance las palabras “Verbum caro factum est et habitavit in nobis”. Él con velocidad dijo: “El Hijo de Dios se hizo hombre y vivió con vosotros”. Replicó el santo: “Mientes, las palabras no dicen con vosotros sino con nosotros”. Dijo él entonces con la misma velocidad: “Es como digo, que no se hizo hombre para vivir con nosotros, sino para vivir con vosotros”. Otras veces luego, en llegando el santo, huían. Estos demonios no sólo atormentaban el cuerpo de esta monja, sino que apareciéndole y comunicándola desde niña, la tenían llena de tinieblas y engaños. Un día, apretándoles mucho en que habían de salir y no volver más, respondióle el demonio que no se cansase, que no habían de salir, porque la tal monja era suya y ella se les había entregado con un escrito firmado de su mano, que ellos tenían y no le volverían. Mas diciendo el santo varón misa y rogando a Dios por esto, el demonio le devolvió al santo la cédula. Y él la quemó. Y desde entonces la monja comenzó a despertar de un decaimiento de corazón que traía.

Uno de estos días, prosiguiendo el santo con sus exorcismos, viéndose el demonio apretar y que no le quedaba qué hacer, llegó en esto una criada del convento de la Encarnación, donde el varón de Dios era vicario, llamándole muy aprisa, diciendo que a una señora monja, que nombraba, le había dado un accidente, que fuese luego allá. Dejó el siervo del Señor lo que hacía y fue allá. Y llegando al convento halló que ni la monja estaba mala, ni le habían enviado a llamar, ni la criada ido allá, sino que el demonio, tomando su figura, había hecho este embuste, porque no le apretase más.

Otras veces, viéndose apretados, hacían burlas a los circunstantes para distraerle de apretarlos. Hacíanle los demonios a esta monja muchos engaños, con proposiciones falsas que le enseñaban. Acudía el siervo de Dios y sacábala de infinitos engaños. Un día los demonios tomaron las figuras del santo padre fray Juan y su compañero. Y pidiendo la llave a la portera, entrados en el locutorio, pasaron grande rato con la monja, llenándole el ánimo de tinieblas y errores. Vino el santo en la mañana, y dicha misa, hablando a la monja, hallóla inquieta. Él le certificó no haber estado allí él ni su compañero. Ella dijo jurara era él en el aspecto y hábito. Y así se conoció haber sido el demonio, que la había engañado a ella y a la portera al tomar la figura del santo y su compañero.

Otra vez, faltando algunos días el santo de Ávila, fingió el demonio una carta que el varón de Dios escribía a esta monja y en ella venían diversos engaños. Y vuelto el siervo de Dios, como oyese a la monja los tales engaños y le enseñase la carta, él le dijo que la letra dijera era suya, si no fuera por las cosas allí escritas, que sabía no eran suyas.

Dábase el santo mucho a la penitencia y oración, suplicando al Señor tuviese misericordia de esta alma y la sanase. Una tarde viéronse los demonios muy apretados del santo; y así, estando la monja furiosa, dijo el demonio que hablaba soberbiamente: “No hemos de salir”. El siervo de Dios, humillándose, dijo: “Mirad que, aunque soy hombre pecador, por la virtud de mi Señor Jesucristo habéis de salir”. Respondió el demonio que por nadie. Y el siervo de Cristo repetía que habían de salir por la virtud de Jesucristo. El demonio invocando en su ayuda otros que nombró, extendió la mano y tomando una pluma y tinta que se halló allí, escribió en un papel su palabra y nombre de que en caso alguno había de salir. El santo varón, vista la audacia de aquella bestia, levantando los ojos al cielo, dijo al demonio que él llamaba en su ayuda a la Madre de Dios, san José, san Agustín y santa Mónica; y que así le certificaba que con esta ayuda, por la virtud de Cristo, habían de salir para no volver más en la mañana. Era ya casi de noche y así el santo se recogió a su casa.

Y aquella noche los demonios no le dejaron sosegar, como habían hecho otras noches, y le sacudieron muchos golpes. Y les decía que hiciesen en él cuanto quisiesen y Dios, a quien tenía de su parte, les permitiese, que no le daba pena. A la monja maltrataron también mucho, abrasándola en muchas partes. En la mañana, cuando abrieron el dormitorio para salir de él las monjas, los demonios asieron a la monja y la llevaron a despeñar de un corredor. Asieron de ella las monjas y a la prelada y a todas llevaban tras de sí. Entonces dijo la prelada en voz alta: en virtud de mi Señor Jesucristo y por el poder que tiene sobre vosotros su siervo fray Juan, os digo ceséis de tirar por esta criatura de Dios.

Entró a este tiempo el santo padre fray Juan con su compañero. Compadeciósese de ver chamuscada a la monja y quemada en partes. Prosiguió sus exorcismos con un calor del cielo. Concluyó, echando de ella todos los demonios que tenía mal de su grado, saliendo bramando, diciendo que desde san Basilio hasta aquel tiempo ninguno les había hecho mayor fuerza. Pasado un poco de tiempo, la monja, que parecía quedar muerta de tormento, volvió en sí y levantóse en pie buena y sana. Y ella y los presentes comenzaron a dar gracias a Nuestro Señor por esta merced ⁴⁵.

Veamos otros casos. El hermano fray Juan de Santa Eufemia declaró que oyó a religiosos que estuvieron presentes que, viniendo el padre Juan de la Cruz desde el convento del Calvario, donde era Superior, a la ciudad de Iznatorafe a conjurar a un hombre endemoniado y maltratado de él, cuando llegó a vista del hombre, comenzó el demonio a decir: “Ya tenemos otro Basilio”⁴⁶ que nos persigue, como quejándose; y el santo fray Juan le conjuró y echó del dicho cuerpo al demonio, dejando sano y bueno al hombre ⁴⁷.

Sor Isabel de la Encarnación vio que en Granada echó un demonio de una mujer que interior y exteriormente la atormentaba. Y cuando lo iba a conjurar el santo padre fray Juan, hablaba el demonio en esta mujer, y entre otras cosas que le decía al santo, maldiciéndole, una era esta: “Ya viene aquel Séneca ya viene aquel Séneca a hacerme mal” ⁴⁸. Y cosas de esta manera, rabiando contra el santo, al cual no se le daba nada, antes se reía. Y con la gracia que Dios le había dado, la sanó. Y esta testigo la vio sana y buena ⁴⁹.

Doña Justa de Paz certificó que la Madre Peñuela era perseguida por el demonio y dijo a esta testigo que el santo padre lo sabía y muchas veces lo conocía en espíritu, enseñádoselo Nuestro Señor. Unas veces la maltrataba en la calle, echándola en el suelo o haciendo que no se pudiese menear... Y entre otras, llegando a la puerta de la iglesia pequeña que tenían los carmelitas, la ataba de tal suerte que no se podía menear ni entrar. Y que sucedió algunas veces que la conocía en espíritu y el santo padre ponía recaudo en su misa para comulgarla y, acabada la misa, salía con el Santísimo Sacramento a la puerta de la iglesia y se lo daba allí y luego quedaba libre ⁵⁰.

⁴⁵ Declaración del padre Alonso de la Madre de Dios, PA IV, pp. 286-289.

⁴⁶ San Basilio fue un santo a quien los demonios le tenían pavor por su santidad y poder contra ellos.

⁴⁷ PO V, p. 26.

⁴⁸ La Madre Teresa de Jesús le llamaba a san Juan de la Cruz, Séneca.

⁴⁹ PO III, p. 130.

⁵⁰ PO V, p. 52.

El padre Francisco de San Hilarión *se acuerda que estando en el convento de la Manchuela, le trajeron (al padre Juan) una mujer casada endemoniada, y el padre dijo que no la conjurasen, que dentro de breve tiempo, sanaría; y sucedió así, que dentro de pocos días sanó de la enfermedad. Y le trajeron otra mujer soltera endemoniada, y el padre dijo que la conjurasen, que por medio de conjuros había de sanar; pero que duraría mucho tiempo, y así duró más de dos años; y pidiéndole al padre que la conjurase, dijo que no era voluntad de Dios que él la conjurase; y la mujer tardó en sanar más de dos años; lo cual sabe porque lo vio y se halló presente, y que no se acuerda de sus nombres; y que oyó decir este testigo que el dicho santo padre había conjurado a una monja y a otras personas y que los demonios le temían mucho*⁵¹.

El padre Pedro de San Francisco manifestó que un día encontró a un hombre desalmado, el cual llegó muy afligido y agotado de esperanza de su salvación a causa de que, habiendo pretendido cierta cosa y no la pudiendo alcanzar, invocó al demonio y le ofreció el alma si se la hacía alcanzar. Apareciósele el demonio e hizo al demonio una cédula. El demonio cumplió lo que había concertado o quedado. Y al fin, alcanzada la cosa, el hombre despertó de su mal y vino al santo padre. Él lo redujo a penitencia de su pecado y aseguró que no le vendría mal de parte del demonio por aquel caso. Y como pasados algunos días, aún le apretaba el ver que el demonio tenía su cédula, volvió al santo padre y le dio cuenta de la angustia. Y el santo, viéndole así, le volvió a asegurar. Y puesto en oración hizo que el demonio le devolviese la cédula, aunque mal de su agrado, diciendo que después de san Basilio ninguno le había forzado a tanto como este santo⁵².

DESCALZOS Y CALZADOS

Los descalzos se estaban extendiendo mucho. El General había autorizado en principio la fundación de dos conventos de vida más estricta: Duruelo, trasladado a Mancera, y Pastrana. Más tarde, a instancias del príncipe de Éboli, Ruy Gómez, autorizó una tercera fundación: la del Colegio de Alcalá. Al año siguiente, en 1571, a una nueva petición del príncipe Ruy Gómez, aceptó la fundación del convento de Altomira (Cuenca). En 1572 dio licencia para fundar el de La Roda y finalmente, en 1574, con su beneplácito se fundó el convento de Almodóvar del Campo.

Pero el rey Felipe II había obtenido un *Breve* del Papa para que se nombraran comisarios o visitadores apostólicos, independientes del General y

⁵¹ PO V, p. 108.

⁵² PO II, p. 208.

con facultades casi omnímodas. El General, al enterarse, pidió la derogación de este *Breve*, pero no fue escuchado y se nombraron dos visitadores dominicos: el padre Pedro Fernández para Castilla y el padre Francisco Vargas para Andalucía.

El padre Pedro Fernández actuó con prudencia y, de acuerdo con los calzados, nombró a algunos descalzos como Piores de conventos de calzados, como al padre Antonio de Jesús del convento de Toledo y al padre Baltasar de Jesús del convento de Ávila. Pero el padre Francisco Vargas, ante la actitud rebelde de algunos calzados de Andalucía, que no querían reformarse de acuerdo al concilio de Trento y a los deseos del rey Felipe II, actuó con poco tacto y entregó, por ejemplo, el convento de calzados de San Juan del Puerto a los descalzos.

Autorizó por su cuenta las fundaciones de Sevilla, Granada y La Peñuela, nombrando al padre Baltasar primero y después al padre Jerónimo Gracián como visitadores de los calzados andaluces, en oposición a los deseos y determinaciones del General de la Orden.

Los calzados se sintieron relegados y acudieron al Papa, obteniendo en 1574 un *Breve* para derogar a los comisarios apostólicos, pero el Nuncio del Papa, con su autoridad, apoyó a los descalzos y confirmó el nombramiento del padre Gracián para visitador de los calzados de Andalucía. Los ánimos se exaltaron y hubo informes apasionados ante el rey y ante el General. El asunto estaba en ascuas al celebrarse el Capítulo general en Plasencia (Italia) en mayo de 1575. En él se decidió que fueran suprimidos los conventos de descalzos de Andalucía, fundados sin autorización del General. Se prohibió fundar nuevos conventos de frailes y monjas descalzos y la reclusión de la Madre Teresa en un convento que ella eligiera.

Parecía una guerra entre hermanos. El padre Gracián, a quien el Nuncio había impuesto el cargo de visitador de Andalucía, convocó a una junta de descalzos en Almodóvar para el 9 de setiembre de 1576. Nombraron para su defensa a dos religiosos: Juan de Jesús Roca y Pedro de los Ángeles para que fueran a Roma y negociaran la independencia de los calzados como una alternativa para vivir en paz y poder sobrevivir como reformados. También decidieron que el padre Juan de la Cruz renunciase a su cargo de capellán de la Encarnación de Ávila por ser un puesto codiciado por los calzados de la ciudad. Ya a principios de ese mismo año 1576 habían hecho un escándalo público al llevar preso al padre Juan y a su compañero a Medina del Campo. Pero, al protestar las autoridades de la ciudad y con el apoyo del Nuncio, fueron soltados y regresaron a Ávila. No estuvieron ni un mes presos. Pero los ánimos de todos quedaron afectados. El padre Juan, en contra de su voluntad, debió continuar de capellán por imposición del Nuncio.

Pero un acontecimiento trágico para la Reforma sucedió el 18 de junio de 1577 al morir su bienhechor, el Nuncio Ormaneto. Con su muerte, los calzados sintieron que cualquier autoridad impuesta por el Nuncio dejaba de ser válida. Además el nuevo Nuncio Segá era abiertamente favorable a los calzados. Las cosas estaban al revés. Los conventos de descalzos parecía que estaban destinados a desaparecer y ser absorbidos por los calzados. Los Superiores decidieron sacar al padre Juan de la Cruz de Ávila y nombrarlo Prior de Mancera, pero la medida llegó demasiado tarde.

LA CÁRCEL DE TOLEDO

La noche del 3 al 4 de diciembre de 1577, fray Juan y su compañero, padre Germán de San Matías, estaban retirados en su casita junto a la Encarnación, cuando llegó un grupo de padres calzados con seglares y gente armada. Descerrajaron la puerta y los llevaron al convento de calzados de la ciudad. A la mañana siguiente, el padre Juan se acordó de haberse dejado el breviario y algunos papeles importantes en su casita de la Encarnación y, en un descuido de sus captores, se fue a la casita, destruyó los papeles y tomó su breviario, pero ya habían llegado a prenderlo de nuevo.

A fray Germán lo llevaron al convento de La Moraleja, entre Ávila y Medina, y a fray Juan, con todo secreto, lo llevó a Toledo el padre Maldonado, Prior de ese convento. El tiempo era muy frío y por el camino le decían palabras ofensivas. El mozo que llevaban se admiró de la serenidad y paciencia del preso. *Llegado a un mesón trató (el mozo) con el mesonero, que era su conocido, sobre cómo aquellos frailes llevaban preso a aquel pobre y santo religioso y que mostraban no le querer bien; que sin duda el fraile era un santo por lo que él había visto; que le hiciese placer de ayudarlo a libertarlo. Vino luego en ello el mesonero y así ambos se fueron al varón del Señor y le dijeron que, si gustaba, ellos le librarían. Él se les mostró agrado y les ofreció encomendarles a Dios por la buena obra que le ofrecían, pero que no quería se tratase cosa tal*⁵³.

El padre Alonso de la Madre de Dios, recuerda: *Al llegar a Toledo, le pusieron en una cárcel muy estrecha, la cual puedo describir por haberla yo visto, no sin harta veneración mía, por lo que sabía había sucedido en ella con muchas visitas de Dios y su soberana Madre. Era esta cárcel una celdilla puesta al fin de una sala situada en la cabecera que camina al río Tajo. Tenía de ancho seis pies y hasta diez de largo, los cuales tomaba de la sala, sin otra luz ni respiradero sino una saetera en lo alto de hasta tres dedos de ancho, que daba*

⁵³ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., p. 233.

tan poca luz que, para rezar su breviario o leer un libro, se subía sobre un banquillo para poder alcanzar a ver y aun esto había de ser, cuando el sol daba en el corredor que estaba delante de la sala, hacia donde este agujero caía...

A la puerta de este aposentillo pusieron un candado para que nadie pudiese verle ni visitarle, si no fuese el carcelero. La cama que le pusieron fue una tabla con dos mantecas viejas; y la comida era bien moderada, porque lo ordinario era pan y alguna sardina... Los viernes lo bajaban al refectorio y allí, en el suelo, ante la comunidad, le daban a comer pan y agua...

A este tiempo el padre Germán de Santo Matía, compañero del varón de Dios, se fue de la cárcel donde le tenían preso en San Pablo de La Moraleja. Le costó trabajo y el quedar herido en una pierna, pero se puso a salvo. Llegó la nueva a Toledo y, temiendo no les sucediese lo mismo con nuestro beato padre fray Juan, pusieron una nueva fortaleza a su cárcel, añadiendo al candado de la celdilla otra llave en la puerta de la sala para tenerle más seguro ⁵⁴.

Debemos anotar que quien más se preocupó de la prisión del padre Juan fue la Madre Teresa. El mismo día de su detención le escribió una carta al rey Felipe II en la que le decía: *Tienen los presos en su monasterio y descerrajaron las celdas y tomáronles en lo que tenían los papeles. Está todo el lugar bien escandalizado... Cómo se atreven a tanto... A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos... Y este fraile (fray Juan) tan siervo de Dios, está tan flaco de lo mucho que ha padecido que temo por su vida.*

Por amor de Nuestro Señor suplico a vuestra Majestad mande que con brevedad los rescaten y que se dé orden de que no padezcan tanto con los “del paño” (calzados)... Si vuestra Majestad no manda poner remedio, no sé en qué se ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra ⁵⁵.

En otra carta a don Teutonio de Braganza le escribe: *Hace más de un mes que prendieron a los dos descalzos... con ser grandes religiosos y tener edificado a todo el lugar, cinco años que ha que están allí... Al menos el uno que llaman fray Juan de la Cruz, todos lo tienen por santo... Mi pena es que los llevaron y no sabemos adónde. Más témesese que los tienen apretados y temo algún desmán. Allá anda en Consejo también esta queja. Dios lo remedie ⁵⁶.*

El 14 de agosto le escribe al padre Jerónimo Gracián: *No se olvide, si se puede hacer algo de fray Juan de la Cruz y de avisarme, si es bien que enviemos*

⁵⁴ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., pp. 246-247.

⁵⁵ Carta del 4 de diciembre de 1577.

⁵⁶ Carta del 16 de enero de 1578.

(aviso) *al Nuncio* ⁵⁷. Sin embargo, nadie sabía dónde estaba y en realidad no se hizo nada por liberarlo.

Fray Juan de Santa María, carmelita calzado, que fue quien a los seis meses de encarcelamiento sustituyó al primer carcelero, cuenta cómo veía las cosas y cómo le ayudó. Sentía compasión por el padre Juan, al igual que algunos novicios y religiosos jóvenes, y lo primero que hizo fue darle ropa nueva para cambiarse, pues en los seis meses anteriores no se había cambiado y había soportado con paciencia el frío del invierno y el calor del verano. También le permitió salir a pasear y tomar un poco de aire en el salón contiguo.

Él nos lo dice así: *Este testigo, vista su gran paciencia, compadecido algunas veces, en acabando de comer le abría la puerta de la cárcel para que se saliese a tomar aire a una sala en lo alto, que estaba delante de la puerta de una carcelilla, y le dejaba allí cerrando la sala por de fuera. Esto era algunas veces en cuanto los religiosos se recogían a mediodía, y en comenzándose ellos a bullir, volvía este testigo y abría la sala, y decíale se recogiese; y el bienaventurado padre lo hacía luego, poniendo las manos y agradeciéndole la caridad que le hacía. Y aunque este testigo no le había conocido de tiempos antes, de sólo ver su virtuoso modo de proceder que aquí tenía, y la paciencia con que llevaba su ejercicio tan riguroso, le tuvo por un alma virtuosa y santa, y por esto se holgaba darle este poco de alivio, porque en este tiempo le edificó a este testigo mucho su santidad y paciencia y su agradecimiento en lo poco que con él hacía. Y así, uno de los postreros días que estuvo en la cárcel, llamando el santo padre fray Juan a este testigo le dijo le perdonase, y que en agradecimiento de los trabajos que él a este testigo había dado, recibiese aquella cruz y Cristo que le ofrecía, que se la había dado una persona tal, que demás de se deber estimar por lo que era, merecía estima por haber sido de la tal persona. Era la cruz de una madera exquisita y relevados en ella los instrumentos de la Pasión de Cristo Nuestro Salvador y clavado en ella un Cristo crucificado de bronce, la cual este santo solía traer colgada, debajo del escapulario, al lado del corazón, y este testigo recibió este don de este santo, y aún lo tiene y conserva.*

Y en este tiempo sucedió que una noche, habiendo este testigo cerrado la puerta de la cárcel con su candado y llave y recogido ya el convento, el siervo de Dios fray Juan de la Cruz se salió de la cárcel por la puerta, a lo que pareció después, y salió a la sala, y de un mirador se descolgó por una parte muy alta y peligrosa; y este testigo tiene por cosa miraculosa la manera de descolgarse del mirador, porque el mirador no tenía reja ni hierro en que se pudiese hacer fuerza para descolgarse, porque no era más que una paredilla de media asta de

⁵⁷ Carta del 14 de agosto de 1578.

ladrillo, que tenía de ancho medio ladrillo, y por remate un madero del mismo ancho para que se pudiesen recostar y arrimar sobre él y no se ensuciar los hábitos, y este madero no tenía cosa que le pudiese tener fuerte de los lados. Pues tomando el siervo de Dios un mango de un candil, metióle entre este madero y el ladrillo, y, haciendo pedazos unas manticas viejas que tenía, ató un pedazo al mango del candil, y los otros unos a otros, y al cabo una tuniqueilla vieja o pedazo de ella; y aun todo no llegaba al suelo y todo esto venía a dar en una parte, por la parte adonde caía, tan peligrosa que, a no caer derecho o resbalar, caía a un despeñadero, que con la obra nueva todo estaba alterado.

Pues por aquí se descolgó el siervo de Dios, según juzgaron este testigo y los demás religiosos del convento, cuando al día siguiente vieron faltaba de la cárcel y los retazos colgados, y quedaron maravillados de dos cosas: la primera, de cómo el mango del candil no se dobló con el peso del siervo de Dios, bastando a hacer esto solo el peso de las mantas; la segunda, cómo habiendo metido el cabo del candil entre el madero o pasamano y entre el ladrillo de la paredilla, no estando el madero o pasamano fijado en parte alguna con fortaleza suficiente, cómo no se había levantado el madero y caído abajo, o dado lugar y aflojado el mango del candil y caído abajo, bastando para esto sólo el peso de las mantas, cuánto más el peso del santo padre fray Juan; habiendo quedado todo así como se ha dicho, sin se desbaratar el madero, ni sin doblar el mango del candil, metido allí simplemente, no habiendo otra señal ni rastro más de lo dicho para saber salió por aquí, y saber cierto no podía haber salido por otra parte. Y así, como dicho tiene, este testigo tuvo esto por cosa milagrosa, ordenada por Dios Nuestro Señor para que su siervo no padeciese más y ayudase a su Reforma y Descalcez.

Y, aunque a este testigo le privaron de voz y lugar por algunos días, él y otros frailes particulares se holgaron (alegraron) se hubiese ido, porque tenían compasión de le ver padecer, llevándolo todo con santa virtud⁵⁸.

Ahora bien, durante los ocho meses y doce días que estuvo en la prisión, Dios no lo abandonó. Ciertamente algunos días se sentía débil y enfermo y parecía que Dios lo había abandonado a su suerte, pero otras veces Dios se le manifestaba palpablemente y lo llenaba de alegría y amor. Eran días en los que la musa poética fluía en sus venas e inventaba los más hermosos versos místicos de la literatura española.

⁵⁸ PO V, pp. 290-292.

Allí describe por ejemplo el estado de su alma:

*¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando y eras ido.
Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero...*

El padre Martín de la Asunción nos habla de alguna experiencia sobrenatural que recibió en la cárcel y que le refirió el mismo santo. Dice: *A este testigo le contó el santo cómo había estado preso en la ciudad de Toledo en el convento de carmelitas calzados, y cómo era la cárcel muy estrecha y oscura y de mal olor, porque era junto a los servicios del convento, y que estando preso, una noche le trajeron lumbre del cielo, la cual le duró toda la noche y que la noche le pareció muy corta, con que estuvo muy consolado; y la noche siguiente, estando triste y afligido, le tornaron a traer la propia luz, sin saber de dónde venía, y viniendo un fraile a deshora, aquella noche vio cómo el santo tenía luz y fue al prelado y le dijo cómo el santo tenía luz en la cárcel; y vino el prelado con otros religiosos, y abriendo la puerta de la cárcel, vio cómo estaba clara como de día, y preguntándole que quién le había dado luz, habiendo él mandado que no se la diesen, se apagó la lumbre que traía el prelado y la claridad que había en la cárcel se acabó y salió diciendo el prelado: o este hombre es santo, o es encantador. Y asimismo, el santo le contó a este testigo, pretendiendo aficionarlo mucho a la devoción de Nuestra Señora, que entrando otro día en la prisión el prelado del convento con otro religioso u otros dos, el santo estaba hincado de rodillas en oración, algo afligido de la prisión, y llegó el dicho prelado y le dio un puntapié, diciéndole: “¿Por qué no os levantáis viniendo yo a veros?”.*

Y el padre le respondió que no podía levantarse tan de prisa por estar agravado con las prisiones. Y el prelado le dijo: “¿Pues en qué piensa ahora?”. Y el santo le respondió cómo estaba pensando que al otro día era día de Nuestra Señora y que gustaría mucho de decir misa y consolarse; y el prelado le respondió que no sería en sus días, y con esto se salió, dejando al santo muy afligido por no dejarle salir a decir misa; y que luego aquella noche siguiente se le apareció Nuestra Señora con mucho resplandor y claridad y le dijo: “Hijo, ten paciencia, que presto se acabarán estos trabajos y saldrás de la prisión y

dirás misa y te consolarás”; y esto todo el santo se lo contó a este testigo para aficionarlo, como tiene dicho, a la devoción de la Virgen Santa María ⁵⁹.

Pero ¿qué pasó la noche que salió de la cárcel? Su primer biógrafo José de Jesús María (Quiroga) refiere: *Cuando estuvo abajo y vio el lugar donde había caído sin hacerse daño, se admiró mucho, porque era una punta del muro de la ciudad sin almenas y lleno de piedras, que allí estaban labradas para el edificio de la iglesia del convento, que cae hacia aquella parte, y todo tan acomodado para despeñarse, que si se hubiera desviado dos pies más de la pared del convento, al caer diera del muro abajo, que por aquella parte está muy alto.*

Con todo eso se halló allí harto atajado sin saber por dónde había de salir de la cerca del convento, que todavía estaba dentro de ella y sabía poco de aquellos sitios dificultosos para cualquiera, a aquella hora, aunque los tuviera muy reconocidos. Y como no hacía luna y veía la altura del muro y oía de tan cerca el ruido del río Tajo, que por allí junto se va despeñando entre riscos de entrambos lados, le daba todo grima. En esta suspensión temerosa vio cerca de sí un perro que estaba disfrutando los huesos, que estaban allí, del refectorio, y pareciéndole que aquél le serviría de guía, le amenazó para que huyese, y le fue siguiendo hasta que saltó a otro corral pegado al del convento. Por allí le pareció que podía haber salida, pero era la pared de más de un estado en alto hacia la parte de abajo, y él estaba tan molido de la mucha flaqueza y de la fuerza que hizo para asirse a las mantas que, aun para menearse, no tenía aliento cuánto más para saltar paredes. Pero al fin, el peligro en que estaba puesto y el favor y dirección que llevaba de la Virgen por resguardo, le hicieron sacar fuerzas de flaqueza y animóse a bajar.

Cuando se vio fuera ya de los límites del convento reconociendo el lugar donde estaba, vio que era un corral del monasterio de la Concepción de monjas franciscanas, que el carcelero le había dicho que tenían por vecinas, y caía este corral detrás de su iglesia, aunque no dentro de la clausura. Miró por todas partes si tenía salida y todo lo halló cerrado, porque por los dos lados por donde este corral mira al río Tajo le cerca el muro de la ciudad, edificado sobre unos grandes riscos; por el otro lado tenía el monasterio de los frailes de donde él había salido. Y por la parte de arriba que mira a la ciudad, (que es por donde le pareció que había salido el perro), le cercaba una buena pared sobre un vallado tan alto, que con estar la pared caída cuando yo le fui a reconocer para escribir esto, se podía entrar a él con dificultad. Aquí fue grandísima la aflicción del venerable padre viéndose como encarcelado en otra prisión más peligrosa que la que antes tenía, y que no podía salir de ella sin volver al convento; aunque no perdía la esperanza, que quien le había sacado del primer peligro le sacaría del

⁵⁹ PO V, pp. 95-96.

segundo. Probó a gatear por la pared, pero sin provecho; porque ni tenía fuerzas para ello, ni la salida estaba acomodada cuando las tuviera.

Puesto en esta aflicción, volvió a recorrer los otros lados, pero no halló más esperanza que antes; y así la puso sólo en Dios, suplicándole que perfeccionase lo que había comenzado, pues, fiando en él y obedeciéndole, había salido del convento. Cuando ya sus diligencias habían cesado, vio cerca de sí una luz muy hermosa, rodeada de una nubecita, que daba de sí gran resplandor, y le dijo: “Sígueme”. Con lo cual, confortado, la siguió hasta la pared que estaba sobre el vallado en la parte alta y allí, sin ver quién, le tomaron y subieron sobre la pared que va a la plaza de Zocodóver y allí desapareció la luz, dejándole deslumbrado ⁶⁰.

Escribe el padre Alonso de la Madre de Dios: Se descolgó a una calle. Había una tienda que estaba abierta a aquella hora (dos y media de la mañana) y comenzaron a dar “vaya” (decir palabras ofensivas). Y pasando adelante halló a un caballero a la puerta de su casa y le pidió con humildad que le dejase estar en el zaguán hasta que fuese de día, por no ser hora de ir a su convento. Y el caballero le trató con aspereza, diciéndole también palabras afrentosas; mas, al fin, vista su humildad, paciencia y mansedumbre, le dejó allí hasta la mañana, desde donde fue al monasterio de monjas descalzas carmelitas, que están en la ciudad ⁶¹.

Sor Leonor de Jesús, que estaba de tornera, nos informa: Un día de verano llamó al torno una mañana (el padre Juan de la Cruz) y, habiéndole respondido, dijo: “Hija, fray Juan de la Cruz soy”, que me he salido esta noche de la cárcel. Dígaselo a la Madre Priora. Y esta testigo dio la noticia a la Priora, la cual vino al torno. Y acaeció estar entonces una religiosa tan enferma que había pedido confesión. Por lo cual, la Priora mandó abrir y se abrió la puerta reglar y entró dentro del convento fray Juan de la Cruz a confesar y confesó a la monja. Venía tan flaco y descaecido que, apenas parecía poderse poner en pie, sin capa blanca y el demás hábito tan maltratado que apenas parecía religioso ⁶².

Mientras el padre Juan estaba confesando a la religiosa enferma, llegaron dos padres calzados en su busca, que ya le habían echado de menos y sentían mucho que se les hubiese ido. Y pareciéndoles que había de acudir luego a las monjas descalzas, le fueron a buscar allí primero que a otra parte. Reconocieron la portería, locutorio, iglesia y sacristía y, como no hallaron nuevas de él, le fueron a buscar a otras partes ⁶³.

⁶⁰ José de Jesús María (Quiroga), o.c., pp. 317-318.

⁶¹ PA IV, p. 554.

⁶² Po V, p. 158.

⁶³ José de Jesús María (Quiroga), o.c., p. 321.

El varón del Señor se estuvo dentro del convento hasta las diez que se acabaron de decir las misas y se cerró la iglesia. Entonces se salió a ella por la puerta que las monjas solían entrar a componer la iglesia. Aquí comió y después de haber comido la comunidad, juntas todas las monjas en el coro y el santo padre solo en la iglesia a la reja del coro, pasaron la hora de recreación, tratando cosas de Dios. Cuando salió del convento a la iglesia, diéronle las monjas un hábito de un clérigo que se pusiese sobre su hábito roto y así las monjas, para entretenerse le decían que no le estaba mal el hábito de abad; y el santo con sal, espiritualizando sus dichos, las encendía en deseos de ser muy virtuosas. Después de haberse las monjas recogido y a su tiempo dicho sus Vísperas, se volvieron allí con su labor y pasaron con él toda la tarde, que se les pareció corta por lo que este serafín les dijo de Dios y por el consuelo que sentían sus almas...

Este día en la tarde, la Priora escribió un billete a don Pedro González de Mendoza, canónigo y tesorero de la santa Iglesia de Toledo, protector de la Reforma, diciéndole cómo se había ofrecido un caso grave. Que le suplicaba que cerca de la noche, se llegase a su convento con dos criados de confianza y su coche. Vino el caballero y, como llegado, le dijese lo que era, dijo a la Priora: “Me ha tenido lleno de cuidados”. Como vio al santo en hábito de clérigo, se holgó y alegró con él. Y puesto sus hábitos nuevos, entrándole en su coche, le llevó a su casa que entonces era el hospital de Santa Cruz, donde era administrador y donde había Santísimo Sacramento con la comodidad para estar el santo padre recogido y regalado⁶⁴.

El padre Juan de la Cruz estuvo cuidado y atendido para recuperar la salud en la casa y hospital del canónigo Pedro González durante unos dos meses.

CAPÍTULO DE ALMODÓVAR

El ocho de setiembre de ese año 1578 muere el General de la Orden, Juan Bautista Rubeo y es elegido para gobernar, hasta el Capítulo general que debía hacerse en 1580, el padre Juan Bautista Caffardo. De esta manera, el padre Tostado, que había sido el vicario general de España perdía su autoridad y los descalzos podían respirar un poco. Por este motivo decidieron reunirse en Almodóvar para el 9 de octubre y estudiar las acciones a seguir.

El padre Juan es llevado allí por dos criados de don Pedro de Mendoza. Según los testimonios de los que lo vieron, llegaba débil y enfermizo, pero con

⁶⁴ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., pp. 266-268.

buen ánimo. Le nombraron como enfermero para atenderlo a fray Pedro de Jesús, que lo cuidó como a un padre. El padre Juan asistió a las reuniones, en las que decidieron ratificar como provincial al padre Antonio de Jesús, nombrar al padre Nicolás Doria como procurador para ir a Roma, acompañado del padre Pedro de los Ángeles, a pedir la independencia de los calzados, y nombrar al padre Juan como Prior de convento del Calvario.

La Madre Teresa estaba preocupada por la licitud de este Capítulo al ser reunido sin permiso del General ni del Nuncio. Para los trámites en Roma no pudo ir el padre Nicolás Doria y fue designado el padre Pedro de los Ángeles. El padre Juan de la Cruz, le aseguró al padre Pedro en tono profético: *Iréis a Italia descalzo y volveréis calzado*⁶⁵. Y así fue en realidad, pues el padre Pedro fue como descalzo y regresó calzado, (carmelita calzado), habiendo fracasado en los trámites de Roma por sus indiscreciones.

Terminado el Capítulo, el padre Juan de la Cruz se fue a su destino como Prior del convento del Calvario. Allí lo llevaron los criados de don Pedro González, quienes regresaron a Toledo convencidos de haber acompañado a un santo. Por su parte, el padre Antonio de Jesús como provincial y casi todos los demás capitulares fueron a Madrid a exponer al Nuncio Segua lo realizado y pedir su aprobación. Pero el Nuncio se encolerizó, *dándoles apellidos indignísimos de sus personas*⁶⁶.

El Nuncio consideró el Capítulo como un atentado a su autoridad y mandó a prisión a los principales descalzos: al padre Antonio y al padre Gabriel de la Asunción los envió al convento de San Bernardino de Madrid; al padre Mariano al de los dominicos de Atocha; al padre Jerónimo Gracián al de los calzados de Madrid; y al padre Gregorio Nacienceno lo obligó a irse de inmediato a Sevilla. Además excomulgó a todos los que habían tomado parte en el Capítulo, incluido, por supuesto, a nuestro santo, aunque estaba muy lejos.

⁶⁵ Manuscrito 13.460, fol 85 de la BNM.

⁶⁶ Francisco de Santa María (Pulgar), *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva Observancia, hecha por Santa Teresa de Jesús*, Madrid, 1655, cap. 32, p. 665.

EN BEAS

El padre Juan, al pasar por el convento de las descalzas de Beas antes de llegar a su destino, se detuvo a descansar. La impresión de todas fue que daba pena. Venía desfallecido, pálido, flaco y casi no tenía fuerzas para hablar.

Sor Francisca de la Madre de Dios nos informa que, *estando con la comunidad en el locutorio, la Madre Priora Ana de Jesús (Lobera) mandó a esta testigo y a la hermana Lucía de San José que cantasen en la presencia del santo fray Juan de la Cruz unas coplas espirituales para divertirle, pues venía como un muerto, no más del pellejo sobre los huesos y tan enajenado de sí y tan acabado que casi no podía hablar; y cantaron esta letra que dice así:*

*Quien no sabe de penas
en este valle de dolores,
no sabe de cosas buenas,
ni ha gustado de amores,
pues penas es el traje de amadores.*

Cuando el santo fray Juan de la Cruz oyó cantar la dicha letra, se enterneció y traspasó de dolor... y fue tanto el dolor que le dio que le comenzaron los ojos a destilar muchas lágrimas y a correr por el rostro hilo a hilo y con la una mano se asió de la reja y con la otra hizo señal a esta testigo y a las demás religiosas que callasen y cesase el canto; y luego se asió fuertemente con ambas manos de la reja y se quedó elevado y asido por una hora. Al cabo de esto, volviendo en sí, dijo que le había dado Nuestro Señor a entender el mucho bien que hay en padecer por Dios y que se afligía de ver qué pocas penas le daba a él para que supiera de buenas, lo cual causó en esta testigo y en las demás religiosas de este convento mucho amor y gusto en el padecer y se admiraron de ver un hombre tan acabado, de las penas que había padecido, y que sentía tanto el no haber padecido aún más penas por el que tanto padeció por nosotros⁶⁷.

Después aprovecharon las monjas para confesarse con él. Sor Magdalena del Espíritu Santo comentó: *Me llenó el interior de una grande luz, que causaba quietud y paz y particular amor de padecer por Dios y deseos de adquirir las virtudes que más le agradan⁶⁸.*

Era la primera vez que se encontraba con esta comunidad de Beas, que será la preferida de su corazón, y a quienes ayudó durante varios años desde su convento del Calvario, que estaba a dos leguas de distancia.

⁶⁷ PO V, p. 169.

⁶⁸ Manuscrito 12.944 de la BNM.

EL CALVARIO

Desde Beas se dirigió a su convento del Calvario. *El padre Jerónimo de la Cruz, que lo acompañó, refiere que, yendo a pie desde Beas al convento del Calvario, bajó de un cerro un perro grande corriendo hacia nosotros, encendido para hacerles mal. Y el santo le dijo: “No tenga miedo”. Sin cesar nosotros de nuestro paso ni el perro del suyo, llegó a encontrarse con nosotros. Al tiempo que se llegó desahogado, alargó el santo padre la mano y con suavidad se la puso sobre la cabeza y luego con la misma le dio un golpecillo con la mano en el hocico, diciendo: “Anda y vuélvete”; y como si reconociera sujeción, cesó de ladrar y se volvió aprisa pareciéndole a este testigo que le había obedecido como a siervo de Nuestro Señor*⁶⁹.

El convento del Calvario estaba ubicado a una legua (unos 5 kilómetros) de Villanueva del arzobispo (Jaén). Había en él, al llegar, cerca de treinta religiosos. Era una comunidad fervorosa y penitente. Durante un mes sólo comieron hierbas y el hermano cocinero, para recogerlas y saber cuáles eran buenas y cuales venenosas, llevaba por delante un jumento y las que comía el jumento, él las recogía. El padre Brocardo de San Pedro refiere: *Más de un mes comieron siempre hierbas tan amargas que, por serlo tanto, se llamaban comúnmente jamargos, y para quitarles el amargor, a medio cocer las echaban en una tabla y las exprimían y, después de exprimidas, las volvían a echar a la olla... En la olla se echaban por regalo dos cucharadas de garbanzos y otras dos de aceite, de manera que tres celemines de garbanzos se tenían por cuenta que habían de durar un año a una comunidad que allí había entonces de veinticinco a treinta frailes. Y así venían a ser tan pocos los garbanzos que se echaban que, el que hallaba dos garbanzos en su escudilla, le parecía mucho*⁷⁰.

Durante los años 1578 y 1579, en que estuvo de Prior en este convento, hubo días en que no había nada para comer y Dios los proveía de modo extraordinario y hasta milagroso.

El padre Fernando de la Madre de Dios declaró que oyó decir, antes que fuera religioso, *que estando el venerable padre fray Juan de la Cruz en el convento del Calvario, donde era Prior, los religiosos de él tenían grandes necesidades, y particularmente un día que no tenían cosa con qué poder sustentarse. Estando en esta grande necesidad, un caballero de la ciudad de Úbeda, padre de este testigo, que se llamaba Andrés Ortega Cabrio,*

⁶⁹ PO III, p. 58.

⁷⁰ Declaración de Brocardo de San Pedro, manuscrito 1.568, fol 310 de la BNM.

*casualmente y sin tener noticia de la necesidad, les envió de limosna desde esta ciudad (Úbeda) comida y otras cosas que habían menester para el sustento de su personas*⁷¹.

*Cristóbal de la Higuera asegura que estando un día los religiosos en la casa sin tener qué comer, había ido el cocinero del convento al padre fray Juan de la Cruz y le había dicho que los padres del convento no tenían aquel día qué comer. Y que el padre fray Juan de la Cruz había dicho que los padres se fueran al coro y alabaran a Dios y pidieran a su Majestad los socorriera y los socorrería. Y que así lo habían hecho los padres. Y acabadas las horas y siendo más tarde de la hora de comer, había vuelto el padre cocinero a la celda del padre fray Juan de la Cruz y le había hallado puesto en oración y le había dicho: “Padre nuestro, no tienen los padres qué comer y pasa ya la hora de comer”. Y que el padre fray Juan le había respondido que se fuese, que quien tenía cargo de ello lo proveería, que era Dios. Y que así se había ido. Y que dentro de poco espacio había llamado a la puerta del convento una persona con una acémila cargada de pan y vino y huevos y pescado y otras muchas cosas. Y habían comido de ello aquel día y les había quedado para otros días. Y que entonces comió este testigo pan y huevos y pescado al cabo de diez días, una noche que llegó al convento y le dieron que comiese aquello, que era de la comida del milagro. Y, comiendo, le contaron lo que dicho tiene y que no habiendo sabido quién les había enviado la acémila, lo habían tenido por milagro*⁷².

*Otro día, entrando la comunidad al refectorio, no había puesto pan en las mesas por no haberlo en el convento. Y se buscó un pedazo de pan para echar la bendición en la mesa. Y comenzó el siervo de Dios a platicar de su Majestad, tan alta y dulcemente que con el pasto espiritual, olvidados todos de comer su pan se fueron a las celdas; a tiempo que llegó un hombre a la portería con una carta, y viéndola el siervo de Dios, se enterneció y lloró. Y, diciéndole el portero ¿qué es esto, padre, no dice Vuestra Reverencia que por sólo los pecados son las lágrimas bien empleadas? A lo cual respondió: “Lloró, hermano, porque nos tiene Dios por tan ruines, que no podemos llevar la abstinencia de este día, pues ya nos envía qué comer”. Y la carta era de aviso y enviaba con ella dos cabalgaduras, una con harina y otra con pan cocido, una persona devota de la dicha Religión. Y no sólo esta vez sino otras muchas veces, ha oído este testigo que Nuestro Señor hacía el mismo milagro en los conventos donde el siervo de Dios fray Juan de la Cruz era prelado*⁷³.

⁷¹ PO III, p. 392.

⁷² PO III, p. 193.

⁷³ Declaración del padre Luis de San Jerónimo, PA IV, p. 403.

Con los religiosos era como un padre y se preocupaba de cada uno como si fueran hijos de sus entrañas. A veces los sacaba al campo para que hicieran oración entre las peñas y los árboles. Otras veces los llevaba a trabajar en la viña o en la huerta. En ocasiones los reunía a todos en el monte y les hablaba de las maravillas de la creación para que dieran gracias a Dios por ellas. Les hablaba de las aguas cristalinas, de los pájaros, de los árboles, de la luz del sol... Y siempre tenía motivo para llevarlos a la meditación del amor de Dios. No faltaban días en que, como padre, los llevaba de paseo por el monte para hablar, distraerse y comer juntos y hasta permitía que fueran con ellos algunos amigos y bienhechores del convento.

Por otra parte, no se descuidaba de sus hijas predilectas, las monjas de Beas, que estaban a unos diez kilómetros del convento. Todos los sábados por norma general bajaba a verlas, haciendo el trayecto a pie. Las confesaba y les daba alguna plática. El domingo por la tarde regresaba feliz a su convento del Calvario, donde ya le estaban esperando sus hijos, que lo amaban y lo extrañaban.

Una de las cosas más importantes que inculcaba siempre a los religiosos y religiosas era el no estar nunca ociosos. Sor Magdalena del Espíritu Santo manifestó: *Tenía grande cuidado de huir de la ociosidad y, en teniendo algún rato desocupado en Beas, escribía o pedía la llave de la huerta*⁷⁴. Otras veces arreglaba los altares de la iglesia, trabajaba de albañil, arrancaba hierbas de la huerta o enladrillaba el suelo de las celdas. A veces, ayudado por su compañero fray Jerónimo de la Cruz, y, a veces, por las mismas religiosas.

Un día, mientras estaba con las religiosas en Beas, llegaron a visitarlo los Priors descalzos de Granada y La Peñuela. Estaban preocupados, porque los trámites en Roma sobre la separación de los calzados parecía ser un fracaso y, a los que firmaron, como ellos, para que fueran a hacer los trámites, les podía venir algún castigo. El padre Juan los animó y les dijo: *Padres míos, Dios se lo hizo firmar como a san Pedro que echase la red al mar. Y así ha de ser ahora, que han de traer muy buenos recaudos y se ha de hacer gran fruto con ellos*⁷⁵.

El intento de separación se encomendó al padre Juan de Jesús Roca y al padre Diego de la Trinidad, al fracasar el padre Pedro de los Ángeles, y ambos consiguieron la feliz nueva de la independencia.

Él seguía muy tranquilo y feliz, cuando un día el Señor le habló y le comunicó que lo quería en Baeza. Sor Francisca de la Madre de Dios nos

⁷⁴ Manuscrito 12.944, fol 132 de la BNM.

⁷⁵ Declaración de sor Francisca de la Madre de Dios, PO V, p. 168.

transmite este mensaje: *Estando el santo padre en el convento del Calvario de Prior, dijo a esta testigo y a las demás religiosas (del convento de Beas) que le mandaba Nuestro Señor que fuese a fundar un Colegio a la villa de Baeza, con el cual su Majestad había de ser muy servido. Y pidiéndole esta testigo y las demás que no fuese, porque sentirían mucho su soledad y que no tendría comodidad, respondió: “No puedo dejar de ir, pues Dios me lo manda, Él me dará el cómo y lo que hubiere menester” ... Y quedó fundado el dicho Colegio*⁷⁶.

BAEZA

Baeza era una ciudad de la provincia de Jaén con unos cincuenta mil habitantes, gran centro cultural de Andalucía. Poseía industrias de seda, lanas, armas blancas y tintes. Los Superiores de la Orden decidieron abrir un Colegio universitario para que los jóvenes descalzos pudieran estudiar en la universidad de Baeza. Tenían licencia del visitador de los calzados fray Ángel de Salazar, y la autorización del obispo de Jaén. El Colegio se llamaría de San Basilio.

El padre Juan fue a Baeza en la primavera de 1579 y consiguió una casa que le costó mil ochocientos ducados, de los que cuatrocientos le prestó Diego del Moral. Estaba cerca de la universidad y quedó satisfecho de la compra. Regresó al Calvario y reunió algunas cosas indispensables para la fundación. Las monjas de Beas le ayudaron *con ornamentos y otras cosas necesarias*⁷⁷.

Escogió tres religiosos de su convento y el 13 de junio de 1579 se dirigió a Baeza con ellos. Según el padre Inocencio de San Andrés, que era uno de los acompañantes, *todo el recaudo que trajo del Calvario para aderezar la iglesia del Colegio con mesa y los demás aderezos del altar para la fundación, todo venía en una jumenta, viniendo los religiosos a pie con sus báculos. Y aunque era vigilia de la Santísima Trinidad y anduvieron más de seis leguas a pie (unos 30 kilómetros) guardaron su ayuno por el rigor que siempre guardaba el santo padre. En una sala, que tenían en una casa secular, compusieron su iglesia, y colgaron una campana de una ventana sin que persona alguna de la casa ni vecindad echasen de ver cosa alguna hasta que por la mañana tocaron a misa. Y el día de la Santísima Trinidad en la noche, Núñez Marcelo, habiendo visto la poca comodidad que tenían de ropa los religiosos, envió unos colchones para que se acomodasen en ellos... y el santo padre mandó a este testigo que agradeciese la caridad, pero que no recibiese nada. Y así hizo este testigo, y*

⁷⁶ PO V, p. 172.

⁷⁷ Relación de sor Magdalena del Espíritu Santo en manuscrito 12.944, fol 132 de la BNM.

*ellos se pasaron y acomodaron con la pobreza que tenían*⁷⁸. Allí estarán de 1579 a 1582.

El padre Juan de Santa Ana refiere que *una noche a los primeros días de la fundación, hubo gran ruido en la casa de sartenes y calderas, que duró gran rato. Y este testigo se fue con el padre a su celda. Y le dijo a este testigo que no temiese que él también había oído aquel ruido y que era ruido del demonio. Y después se dijo que era público que había un duende en aquella casa. Y desde allí en adelante no hubo más ruido. Por donde se entendió que el padre lo conjuró*⁷⁹.

El padre Juan organizó los estudios en el Colegio de San Basilio con los jóvenes estudiantes carmelitas descalzos. Cuando iban a la universidad causaban admiración entre la gente por su vida penitente y ejemplar, Algunos los consideraban *santos*. Y pronto algunos universitarios pidieron entrar en la Orden por el buen ejemplo de vida que daban. El padre fray Juan estableció ejercicios académicos con discusiones públicas sobre temas teológicos, tal como él había visto en la universidad de Salamanca y Alcalá.

Al año siguiente de haber llegado, en 1580, vino el catarro universal, que tantos estragos hizo por las tierras de España. Un día, estando con las religiosas en Beas, se enteró de que la peste había llegado a su Colegio de descalzos de Baeza. Inmediatamente se puso en camino y encontró a todos sus frailes enfermos: dieciocho en total en cama. Su primera disposición fue traer un cuarto de carne, lo hizo cocinar y él mismo lo sirvió a los enfermos. Le trajeron otros nueve enfermos del convento del Calvario. No había ropa de cama ni colchones para todos. El procurador le pidió permiso para ir a pedir, pero él le dijo: *Dios proveerá*.

El padre Martín de la Asunción recuerda que *al día siguiente trajeron al convento, sin pedirlo ni hacer otra diligencia más, veinticuatro o veinticinco colchones y cantidad de almohadas y sábanas y algunas camisas. Y este testigo lo recibió todo, porque era el enfermero entonces*⁸⁰.

*Una mujer vecina de Ibros, habiendo visto los enfermos en la ciudad de Baeza, fue al lugar de Ibros... sin haberle pedido nadie nada, trajo treinta pollos y los dio al portero para los enfermos. Y el venerable padre, como vio todo lo que pasaba y tantos colchones y sábanas y almohadas y pollos y otros muchos regalos, decía: “¿Veis cómo es bueno confiar siempre en Nuestro Señor?”*⁸¹.

⁷⁸ PO V, pp. 60-61.

⁷⁹ PO II, p. 294.

⁸⁰ PO III, p. 356.

⁸¹ *Ibidem*.

La peste dejaba muchos muertos; en la misma Baeza vivían los familiares del padre Martín de la Asunción y en su casa había once muy graves. El padre Juan fue a visitarlos con fray Martín; los consoló, los bendijo y le aseguró a fray Martín que ninguno de sus familiares moriría de esa enfermedad. Fray Martín le preguntó: *¿Quién se lo ha dicho?* Y le respondió: *Quien lo puede hacer.* Y así se cumplió ⁸².

Algunos días fray Juan salía visitar a los enfermos del hospital o de algunas casas particulares. Pero una noticia lo entristeció: Había muerto de la peste su propia madre en Medina del Campo, donde vivía con su hermano mayor Francisco de Yepes. La enterraron en el convento de las monjas de Medina. Unos años más tarde la verá resplandeciente de gloria en el cielo.

La peste pasó y regresó todo a la normalidad. Un eclesiástico regaló una granja al Colegio de Baeza en Castellar de San Esteban, en la ribera del río Guadalimar, y allí iba nuestro santo de vez en cuando a visitar a los dos padres y dos hermanos que la atendían. El padre Alonso de la Madre de Dios manifestó que *algunas veces venía el varón del Señor a ver a sus hijos y se detenía con ellos toda la semana y ensanchaba su corazón con el convite que para ello le hacían las cosas de aquella soledad. A veces, tomando en su compañía al padre fray Juan de Santa Ana, salíase por aquellos campos y riberas, ocupando el tiempo en alabar a Dios con salmos e himnos. Y en la quietud de la noche gastaba mucha parte de ella en oración a solas. Levantándose de la oración, buscaba al compañero y, sentándose en el verde prado, a vista de la corriente de las aguas, hablaba con él de la hermosura del cielo, luna y estrellas. Otras veces trataba de la dulce hermosura que hacen los cielos con sus movimientos; y así subía hasta el cielo de los bienaventurados, de cuya hermosura y gloria decía altas cosas* ⁸³.

Uno de los dos hermanos legos que cuidaban la granja se llamaba fray Juan de Santa Eufemia. Un día estaba muy afligido y el padre Juan le escribió desde Baeza una carta de consuelo. Lo cuenta el mismo hermano: *Este testigo se vio notablemente afligido una vez que se halló en una granja llamada Santa Ana, que es tierra desierta (despoblada); y teniendo de ello noticia el santo padre, escribió una carta con palabras y razones acerca del padecer por Dios Nuestro Señor y el llevar los trabajos que, en leyéndola, sintió este testigo tanto calor en su alma del fuego de espíritu que tenían las palabras del santo padre con que*

⁸² Manuscrito 13.460, fol 103 de la BNM.

⁸³ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., p. 327.

*quedó muy consolado y animado a padecer aquel trabajo y otros muchos que se ofreciesen por Dios Nuestro Señor*⁸⁴.

El mismo hermano refiere que la actividad del padre no se reducía a los frailes y monjas, sino también a muchos seglares, a quienes confesaba y dirigía espiritualmente. *Vio que en esta ciudad (Baeza) le comunicaban muchos hombres doctos y espirituales, como fueron el doctor Ojeda, Maestro Sepúlveda, doctor Becerra, el doctor Carlebal, el padre Marcelo Núñez y otros varones insignes de santa y ejemplar vida, los cuales todos fueron discípulos del santo padre Maestro Ávila y tenían por maestro al santo padre fray Juan... Tuvo tanta gracia en esto que... con una sola palabra que oía, entendía lo que le querían decir y les respondía muy a propósito, explicando sus dificultades y tentaciones, y con la luz que daba, deshacía como humo, las tentaciones y dificultades, y encendía en deseos de servir a Nuestro Señor*⁸⁵.

En el Proceso de canonización manifestó el padre Martín de la Asunción que *estando él en el convento de Baeza con el padre Juan de la Cruz, un caballero que era muy travieso y desgarrado, pidió a este testigo que le diese un confesor que fuese pacífico; y este testigo habló al santo padre, quien le dijo que aguardase que él lo confesaría. Y bajó y le confesó, de la cual confesión resultó que el caballero se recogió y quedó tan aficionado a la doctrina del santo que, de noche y de día, acudía al convento a comunicar cosas de su conciencia y a los ejercicios que en el convento se hacían y el caballero pidió le diese licencia para mudar de hábito, yendo con un vestido pardo y sin espada; y fray Juan le dijo que no convenía, que las armas trajese y tratase de oración..., y el caballero vivió ejemplarmente y con recogimiento*⁸⁶.

BREVE DE INDEPENDENCIA

Con fecha 22 de junio de 1580 el Papa Gregorio XIII dio la Bula en forma de “Breve” *Pia consideratione*, erigiendo a los descalzos en provincia independiente. De modo que, a partir de esa fecha, los descalzos eran independientes de los calzados, dependiendo sólo del General.

En el momento de la separación había 22 conventos con 300 frailes y 200 monjas. Su vida austera les había merecido el respeto del pueblo. Vestían de sayal, dormían sobre tablas, trabajaban con sus manos y hacían mucha oración mental. El Breve dice: *Aprobamos el Instituto y Forma de vivir, guardado por*

⁸⁴ PO V, p. 26.

⁸⁵ PO V, p. 27.

⁸⁶ PO V, p. 91.

los dichos frailes y monjas descalzos y desmembramos del todo y para siempre jamás a los dichos frailes y monjas... de las provincias de los frailes y monjas de la misma Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo que siguen la Regla mitigada... y erigimos una provincia de por sí, que se llama descalzos. El General, sólo por sí, o por otro idóneo de los dichos descalzos, podrá visitarlos; mas con ningún pretexto podrá quitar, asignar, mudar o transferir a otras provincias o dejar en ellas a dichos descalzos... Ni Ángel de Salazar, ni el Prior General o los provinciales y comisarios pueden en adelante molestar, vejar e inquietar a los descalzos.

La Madre Teresa, al conocer la noticia, se alegró y creyó cumplida su misión en este mundo. Por eso, escribió a sor María de San José: *Ahora, mi hija, puedo decir lo que el santo Simeón, pues he visto en la Orden de la Virgen Nuestra Señora lo que deseaba. Y así les pido y les ruego, no rueguen ni pidan mi vida, sino que me vaya a descansar, pues ya no les soy de provecho*⁸⁷.

En 1596 obtuvieron la independencia total de los del paño o calzados, constituyendo una nueva Orden religiosa con General propio.

CONVENTO DE GRANADA

A fines de noviembre de 1581 se encontraba el padre Juan de la Cruz en Ávila, pensando en llevar a la Madre Teresa a la fundación de Granada. Tenía una patente del vicario provincial de Andalucía, Diego de la Trinidad, con fecha 13 de noviembre en la que decía: *Mando debajo de precepto al padre fray Juan de la Cruz, Rector del Colegio de San Basilio de Baeza, que vaya a Ávila y traiga a nuestra reverenda y muy religiosa Madre Teresa de Jesús, fundadora y Priora de San José de Ávila, a la fundación con el regalo y cuidado que a su persona y edad conviene*⁸⁸.

Al no poder ir la Madre por haberse comprometido con el padre Gracián que era el nuevo provincial de toda la Descalsez, elegido en el capítulo provincial del 3 de marzo, envió la Madre, como Priora, a sor Ana de Jesús Lobera y a las que debían acompañarla en la nueva fundación.

El 20 de enero de 1582 es fundado oficialmente el convento de monjas de Granada por la Priora sor Ana de Jesús Lobera⁸⁹. A finales de este mismo mes

⁸⁷ Carta de fin de marzo de 1581.

⁸⁸ Antonio de San José, cartas de santa Teresa III, 31 N° 7, p. 232.

⁸⁹ La Madre Ana fundó en 1604 conventos de carmelitas descalzas en París y Dijon en Francia; y en 1607 en Bruselas, Mons y otras ciudades de Bélgica. Murió en Bruselas el 4 de marzo de 1621. A su muerte, se le apareció el santo padre Juan de la Cruz. Su causa de beatificación sigue su curso.

de enero, el padre Juan va por primera vez al convento de frailes de *Los Mártires* de Granada. En el mes de marzo es elegido Prior, dejando así de ser Rector de Baeza. Las monjas estaban felices, pues podían contar así permanentemente en Granada con su ayuda espiritual.

LOS MÁRTIRES DE GRANADA

Este convento estaba ubicado en un cerro de Granada, cerca de la Alhambra, donde la reina Isabel la Católica edificó una capilla en honor de los cristianos martirizados por los mahometanos. Hasta la conquista de Granada en 1492, el suelo estaba horadado por mazmorras, pozos en forma cónica (ancho vientre y boca angosta) donde eran metidos los cristianos cautivos. Los moros llamaban a aquel lugar *corral de cautivos*. En 1573 los padres descalzos se hicieron cargo de una ermita que había en el lugar y, poco a poco, fueron construyendo un convento. Allí fueron plantando árboles, hortalizas, viñedos y una buena huerta. Al cavar para hacer la huerta, aparecían sepulcros de moros y cristianos: los de los moros, con jarrillos de barro y granitos de pasa junto a los esqueletos; los de los cristianos martirizados, con imágenes de la Virgen o crucifijos.

El padre Luis de San Ángel nos dice que vio, *siendo el padre Juan de la Cruz, Prior del convento de Granada, que vivía y tenía su habitación en una celdilla oscura debajo de una escalera por donde se subía al noviciado; la celda estaba muy desacomodada. Y habiendo otras muy buenas en el convento, y, siendo el siervo de Dios, Prior, pudiendo tomar la mejor, escogió la que tiene dicho, que era la más mala y ruin del convento. Y en ella no tenía otras cosas que una cruz y una imagen de la Virgen Nuestra Señora y su breviario y la Sagrada Biblia, y no tenía otro ornato para vacar (dedicarse) más a la oración*⁹⁰.

Durante los años que vivió en este convento, de 1582 a 1588, desarrolló una intensa actividad en favor de las descalzas de la ciudad. *Un día, habiendo acabado de comer, se vino con las demás monjas a un locutorio a tener la hora que llaman de recreación. Vino allí el santo padre fray Juan de la Cruz y en ese rato las monjas, por oírle con el espíritu que siempre hablaba, trajeron sus labores de mano a la reja por no estar ociosas. Y dos de ellas, que se llamaban María Evangelista de Jesús y otra María de San Juan, hacían seda de encañado en sus devanaderas, de por sí cada una, y ambas se daban mucha prisa por acabar primero la una que la otra. Y quedándole poca a la Madre María de San Juan, la Madre Evangelista, a quien quedaba mucha más, se daba prisa y dijo el santo padre: “Vaya despacio, no pierda la paz o sosiego del alma, porque la ha*

⁹⁰ PA IV, pp. 389-390.

*de acabar primero”. Lo cual pareció imposible a la comunidad por quedarle mucha más seda. Y en esto se desconcertó la devanadera de la Madre San Juan, yendo cada cañula por su cabo sin llegar manos a ella, y estando atada con sus cuerdas pareció hecho milagroso, como lo fue, y se quedó sin acabar su seda la Madre San Juan. Y la Madre Evangelista acabó primero la suya, cumpliéndose lo que el padre santo le había dicho, lo cual esta testigo y las demás tuvieron por inspiración del cielo*⁹¹.

Sor Agustina de San José certifica que, cuando hablaba a las religiosas, acostumbraba a decirles: “¡Alto! ¡A la vida eterna!”, y se quedaba como suspenso diciendo esto, con los ojos levantados al cielo. Y tenían estas palabras tal fuerza que le parece a esta testigo que recogía a todos los corazones de las cosas de la tierra y los arrebatava al amor de Dios... Muchas veces en estas ocasiones se suspendía, quedando elevado en Dios. Lo sabe por haberlo visto en el santo padre algunos años que le trató y comunicó en la ciudad de Granada por confesonario y sin él⁹².

Sor Francisca de la Madre de Dios nos informa que en el convento de Granada, estando un día en la reja del coro, aguardando a fray Juan de la Cruz para confesarse con él, porque estaba hincado de rodillas en la iglesia del convento delante del Santísimo Sacramento, con la boca puesta en la tierra un muy grande rato, vio esta testigo que, cuando se levantó, estaba muy alegre. Por lo cual le preguntó que de qué se había alegrado tanto, y respondió: “¿No lo he de estar, habiendo yo adorado y visto a mi Señor?”. Y puestas las manos juntas, decía: “¡Oh, qué buen Dios tenemos!”⁹³.

Sor Isabel de la Encarnación declara: *Estando esta testigo muy mala en Granada y entendiendo las religiosas y esta testigo que se moría, porque tal era la enfermedad, llamaron al santo padre para que la confesase y diese el Santísimo Sacramento. Y confesóla y parece le dijo los evangelios, encomendándola a Dios, púsole las manos como se suele a los enfermos y luego sintió que le dio uno como sudor, que pasó presto y empezó a mejorar de suerte que estuvo buena. Lo cual atribuyó a la santidad del siervo de Dios*⁹⁴.

A los religiosos los cuidaba como un padre. Recuerda el padre Agustín de la Concepción que un día fueron de recreo a la huerta por donde pasa uno de los ríos (Genil o Darro). Se fue a la orilla y de ahí a un poco llamó a los religiosos, diciéndoles: “Vengan acá, hermanos, y verán cómo estos animalitos y criaturas de Dios le están alabando, que pues estos sin entendimiento ni razón lo hacen,

⁹¹ Declaración de sor María de la Madre de Dios; PO V, pp. 35-36.

⁹² PO V, p. 40.

⁹³ PO V, p. 168.

⁹⁴ PO III, p. 133.

*cuánta mayor obligación tenemos de alabarlo nosotros. Y en esta plática se quedó suspenso. Y echándolo de ver todos los religiosos, se apartaron y se fueron por la huerta y lo dejaron en su contemplación*⁹⁵.

El padre Luis de San Ángel cuenta que *se daba tan fervientemente a la oración, que se le veía buscar con solicitud lugares secretos y acomodados para la contemplación. Y así a la oración de prima noche, que el siervo de Dios introdujo en su Religión, se salía a la huerta y hacía que los religiosos hiciesen lo mismo, entre los árboles y soledad grande que había en su convento de Granada, donde asistían con mucha devoción y quietud. Y en la oración de por la mañana les hacía salir a un huertecico, que estaba más dentro en la clausura. Y este testigo le veía así en esta ocasión como en otras, porque madrugaba el siervo de Dios más que los otras sus religiosos, metido en un rincón de una escalera, que era como cuevezuela, de donde se descubría mucha parte del cielo y campo, en contemplación y oración. Y solía decir el siervo de Dios que no sentía, fuera de Dios, ningún consuelo*⁹⁶.

Por otra parte, no quería que sus religiosos estuvieran ociosos y él mismo les daba ejemplo de trabajo. A veces se dedicaba a trabajar en la huerta o hacer trabajos de albañilería o carpintería dentro del convento. Un día, estaba haciendo adobes y vino a verle un guardián (Prior) de San Francisco, y no huyó de que le viese hacer adobes. Aquí le sucedió también que, viniéndole a visitar un fraile grave de cierta Orden, hallándole en la huerta, le dijo: “Vuestra paternidad debe ser hijo de algún labrador, pues tanto le gusta la huerta. El santo le respondió: “No soy tanto como eso, que soy hijo de un pobre tejedor”⁹⁷.

Fue aquí, en Granada, donde fue curado él mismo milagrosamente con una reliquia de santa Teresa. Sor Ana de Jesús Lobera manifiesta: *Cuando hubo peste en Sevilla y comenzó a herir a algunas personas en Granada, en nuestro convento de los descalzos en una semana cayeron dos frailes muertos a deshora, decían que heridos de la peste; y en esta misma semana, estando el Prior del convento diciendo misa en el nuestro, se sintió herido con tan gran dolor y calentura que le dio luego, que no pudo salir de la iglesia, y fue forzoso junto al altar ponerle un colchón en que se echase, y en él, en peso, le llevaron casi muerto al aposento de nuestros donados, que estaba en la portería. En viniendo los médicos, mandaron cerrar la portería, tanto que viniendo personas graves aquel día a visitarme, no consentimos entrasen, y todas estábamos rogando a Dios fuese servido de atajarlo, porque no infeccionase el convento ni tocarse a nadie, y para esto nos ayudamos de una reliquia de la santa Madre que le*

⁹⁵ PA IV, p. 415.

⁹⁶ PA IV, p. 383.

⁹⁷ Declaración del padre Agustín de San José, PO III, p. 83.

*enviamos se pusiese en la herida, con que luego mejoró, de modo que le pudieron llevar a su convento y estuvo bueno, y vivió más de seis o siete años después, que era el padre fray Juan de la Cruz*⁹⁸.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

El padre Juan confiaba tanto en su Padre Dios que no tenía miedo de que faltara de comer. Sabía que su Padre celestial solucionaría los problemas. El padre Diego de la Concepción anota que *siendo procurador, un día, viéndose apretado y siendo hora de comer cerca de ella y que no había qué comer para los religiosos, quiso ir a buscar de comer. Y pidiendo licencia al padre santo fray Juan para ir a buscar a la ciudad, no le dejó ir y le dijo que esperase un poco que Dios proveería. De ahí a un rato volvió este testigo al santo padre y le significó la misma necesidad en que estaban los religiosos y que faltaba ya poco para ser hora de ir al refectorio. El santo, viendo la instancia y prisa que le daba este testigo, le dijo que saliese fuera de casa que Dios me acudiría. Y con aquella confianza salió. Y en el camino, antes de llegar a la ciudad, yendo con su compañero encontraron una mujer que traía unos dineros al convento. Y ella, conociendo ser este testigo el procurador, se los dio, diciendo: “Perdóname, padre, que desde ayer había de haber traído estos dineros y no he podido traerlos hasta hoy. Y con ellos proveyeron lo que era necesario para la necesidad en que estaban los religiosos de comer”*⁹⁹.

El padre Juan Evangelista nos informa de otro caso: *Aconteció una vez, siendo este testigo procurador del convento de Granada, que no había qué comer en casa para todo el convento, si no era unas hierbas. Pidió licencia este testigo al padre fray Juan de la Cruz, que era Prior de Granada, para ir a buscar de comer. El cual respondió: “Válgame Dios, hijo, un día que nos falta ¿no tendremos paciencia y más si nos quiere Dios probar la virtud que tenemos? Ande, déjelo y váyase a su celda y encomiéndelo a Nuestro Señor”. Y este testigo se fue a su celda. Y a cabo de rato volvió otra vez, diciéndole cómo había enfermos y que no quisiera faltase para ellos y para los demás. Y el padre respondió que tenía poca confianza en Dios, que si la tuviera, desde la celda había de negociar estas necesidades con su Majestad. Y con esto este testigo se fue algo confuso. Pero viendo que se llegaba la hora de comer y teniendo respeto a lo que algún religioso pudiera sentir, le dijo este testigo: “Padre, esto es tentar a Dios, que quiere hagamos lo que es de nuestra parte; deme vuestra reverencia licencia para buscar lo necesario”. El dicho padre fray Juan de la Cruz, sonriéndose, dijo: “Vaya y verá cuán presto le confunde Dios en esa poca fe que*

⁹⁸ Proceso de canonización de Santa Teresa, tomo I, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1934, pp. 481-482.

⁹⁹ PO III, p. 69.

ha tenido”. Y estando haciendo oración y tomando la bendición del Santísimo Sacramento a la puerta de la iglesia del convento, llegó el relator Bravo y preguntó a este testigo que a dónde iba; el cual respondió que a buscar de comer para los religiosos; y el dicho relator replicó: “Aguarde vuestra reverencia y darle he una limosna que envían los señores de la Audiencia; y dióle a este testigo doce piezas de oro, que no se acuerda si eran doblones o escudos. Y este testigo por una parte se holgó, por remediar la necesidad presente; y por otra lo sintió en el alma, por lo que el padre fray Juan de la Cruz le había dicho que se estuviese en la celda y fiase de Dios.

Y este testigo fue a comprar lo necesario y volvió a casa con harta confusión y vergüenza. Y el dicho padre fray Juan de la Cruz le dijo: “Cuánta más gloria suya le hubiera sido estarse en su celda, que allí le hubiera Dios enviado lo necesario, que no haber hecho tanta diligencia; aprenda, hijo, a confiar en Dios”. De lo cual este testigo, aunque es miserable, tomó una grande lección de aquel hecho, lo cual le ha ayudado mucho para confiar en su Majestad en varios casos que le han sucedido y pasado¹⁰⁰.

FIESTA DE NAVIDAD

Le gustaba mucho solemnizar la fiesta de Navidad y hacía en la Nochebuena procesión por los claustros en la que se alternaban villancicos cantados por los religiosos con pláticas del Prior. Después, en el recreo, los novicios representaban algunas escenas del misterio de Belén y fray Juan les daba enseñanzas espirituales.

Una Navidad hizo poner a la Madre de Dios en unas andas y, tomada en hombros, acompañada del siervo del Señor y de los religiosos que la seguían, caminando por el claustro, llegaban a las puertas que había en él a pedir posada para aquella señora cercana al parto y para su esposo que venían de camino. Y llegados a la primera puerta, pidiendo posada, cantaron esta letra que el santo compuso: “Del verbo divino, la Virgen está preñada; viene de camino, si le dais posada”. Y su glosa se fue cantando en las demás puertas, respondiéndoles de la parte de adentro los religiosos que había puesto allí, los cuales secamente los despedían. Replicábales el santo con tan tiernas palabras así del explicar quién fuesen los huéspedes que la pedían, de la cercanía del parto de la doncella, del tiempo que hacía y hora que era; que el ardor de sus palabras y altezas que descubría enternecía los pechos de quienes le oían y estampaba en sus almas este misterio y un amor grande a Dios¹⁰¹.

¹⁰⁰ PO III, pp. 41-42.

¹⁰¹ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., p. 402.

Según declaró sor María de la Cruz: *Estando en el convento de Granada, en una fiesta de Navidad, mostrándole un Niño Jesús dormido sobre una calavera, muy lindo, dijo: “Señor, si amores me han de matar, ahora tienen lugar”. Y esto dijo oyéndolo las monjas donde esta testigo era novicia*¹⁰².

*Otra Navidad, haciendo una plática ante un Niño Jesús, se vieron salir del pecho del Niño muchos rayos, unos mayores y otros menores, los cuales se terminaban en el santo y en los oyentes*¹⁰³.

CAPÍTULOS DE ALMODÓVAR Y LISBOA

En 1583 asistió al Capítulo de Almodóvar. Lo nombraron de nuevo Prior de los *Mártires* de Granada y, además, vicario de Andalucía Alta. El padre provincial le llamó la atención públicamente por visitar poco a los seglares, indicándole la importancia de estas visitas con miras a conseguir mayores limosnas para el convento. El padre Juan se puso de rodillas para escuchar humildemente la reprensión, pero después respondió con sencillez: *Padre, si el tiempo que he de gastar en visitar estas personas y persuadirlas a que me hagan alguna limosna, lo ocupo yo en nuestra celda en pedir a Nuestro Señor que mueva esas almas a que hagan por él lo que habían de hacer por mi persuasión y Su Majestad con esto provee a mi convento de lo necesario, ¿para qué he de visitar, si no es en alguna necesidad y obra de caridad? A lo cual el prelado calló y pareció a todos lo que el santo dijo muy bien*¹⁰⁴.

En 1585 debió asistir al Capítulo provincial de Lisboa. Llegó el 10 de mayo. En este Capítulo fue elegido provincial el padre Nicolás Doria, genovés, que en ese momento se hallaba en Génova y, por ello, se suspendió el Capítulo para continuarlo en Pastrana, cuando llegara el nuevo provincial. Durante su estadía en Lisboa, todos los capitulares querían ir a ver a una famosa monja *de las llagas*, llamada sor María de la Visitación, del convento dominicano de la Annunziata, cuyos prodigios admiraban a todos. En ocasiones se quedaba con su cuerpo en el aire y rodeado de una luz misteriosa. Pero el padre Juan, sin haberla visto, era contrario a todo eso. Cuando el padre Agustín de los Reyes lo invitó a visitarla, le dijo con energía: *Vaya de ahí, ¿para qué quiere ir a ver a un embuste? Calle, verá cómo lo descubre el Señor?*¹⁰⁵.

¹⁰² PO V, p. 122.

¹⁰³ PA IV, p. 282.

¹⁰⁴ PO V, p. 65.

¹⁰⁵ Declaración de Gabriel de Cristo, manuscrito 13.460, fol 123 de la BNM.

Al regresar a Andalucía, se enteró que el padre Bartolomé de San Basilio venía cargado de reliquias de la monja de Lisboa, con retratos de las llagas y paños teñidos de sangre. Le hizo tirar todo. Y, cuando al llegar a su convento de Granada, le preguntaron sobre la famosa monja, les contestó: *Yo no la vi, ni la quise ver*. Más tarde, cuando se descubrió el embuste y hecho público por la Inquisición, fray Juan les contará que no fue a verla, porque sabía que no era buen espíritu, aunque no quiso decirlo públicamente por no desacreditarla.

En octubre de ese año 1585 se reanudó el Capítulo de Lisboa en Pastrana. El nuevo provincial, padre Nicolás Doria, levantó la bandera de la observancia y pidió a todos observancia rigurosa de las normas establecidas. El padre Juan de la Cruz salió elegido definidor provincial y vicario provincial de toda Andalucía, con residencia en Granada.

VICARIO PROVINCIAL

Su trabajo de vicario provincial de toda Andalucía le obligaba a visitar los conventos de su jurisdicción. Viajaba a pie en caminos cortos o en jumento. Si eran caminos largos, en un macho con albarda y sin estribos. A veces, iba leyendo la Biblia o cantando himnos a la Virgen. A veces, estaba recogido en oración y tan ensimismado que se caía de la cabalgadura. Por eso, el padre Diego de la Concepción, que lo acompañaba como secretario, tenía que cuidarlo para evitarle el golpe ¹⁰⁶.

En la visita a la casa de Sevilla debió corregir algunas irregularidades. Algunos predicadores jóvenes, como el padre Diego Evangelista y Francisco Crisóstomo, se pasaban temporadas enteras fuera del convento. Les llamó seriamente la atención, pero no recibieron bien las advertencias y quedaron resentidos con él. El padre Diego iniciará más tarde un proceso difamatorio contra él y el padre Crisóstomo será su Prior en Úbeda, cuando fue allí a morir, y no le dará la atención debida en sus últimos días.

Siguiendo con sus visitas, este mismo año 1585 participó en la fundación de los conventos de monjas de Málaga y Sabiote. El tres de mayo de 1586 funda el Colegio de Nuestra Señora del Carmen de Segovia para que sirva de convento de colegiales, conventuales y novicios. Este convento sólo duró hasta 1593.

El día 18 de mayo de 1586, con los permisos correspondientes, fundó el convento de descalzos de Córdoba. En esta fundación ocurrió un suceso que han conservado las crónicas, y que lo cuenta el padre Martín de la Asunción:

¹⁰⁶ Declaración de sor Ana de San Alberto; Manuscrito 12.738, fol 305 de la BNM.

Andando derribando una parte para labrar la iglesia, habiéndose cavado la pared por los cimientos, queriendo los oficiales derribarla con unas sogas a una parte, la pared se cabeceó a la parte donde estaba el venerable padre y dio en un aposento donde estaba el venerable padre fray Juan de la Cruz, y lo hundió el aposento y derribó; y acudiendo todos los peones y frailes a sacarlo, entendieron que estaba muerto y lo hallaron después de haber quitado muchas piedras y tierra en un rincón del aposento, riéndose, diciendo que había tenido grandes puntales y que la de la capa blanca (la Virgen) le había favorecido sin lesión ni otro daño alguno. Lo cual este testigo vio por hallarse presente ¹⁰⁷.

Y continúa diciendo el padre Martín: Se acuerda este testigo que, estando en la ciudad de Córdoba el santo, le mandó a este testigo fuese a llevar siete religiosos novicios y un hermano donado a la ciudad de Sevilla, y queriéndose partir y visto que no le daba cosa alguna para el camino para gastar con los novicios, este testigo le dijo al santo que de ninguna suerte podía ir tan largo camino, si no era llevando alguna cosa que darles con que sustentar a los religiosos; y entonces el santo le respondió: “Tenga gran confianza en Dios Nuestro Señor, que su Majestad lo remediará”. Y este testigo respondió, que si fuera solo no pediría cosa alguna, pero llevando nueve personas, que era mucho, y entonces el santo mandó que le echaran en unas alforjas media docena de panes y unas granadas, y caminando llegó este testigo al convento de Guadalcazar con los novicios, y el señor del lugar, como vio entrar tantos frailes, fue al convento y preguntándole a este testigo a dónde caminaban, diciéndole cómo iba a la ciudad de Sevilla a llevar los novicios, le dijo: “Buena bolsa llevará Vuestra Reverencia”; y este testigo le respondió que ni llevaban bolsa ni dineros, porque iba confiado en Dios Nuestro Señor y en lo que el santo fray Juan le había dicho al tiempo que salió de Córdoba de que no le había de faltar cosa alguna en el camino, y antes le había de volver mucho sobrado.

Luego el señor de Guadalcazar desde su casa le envió dos doblones, y desde allí fue a la ciudad de Écija, y llegando a un mesón halló a un caballero que estaba allí, del hábito de Santiago, el cual regaló a este testigo y a los demás; y llegando al lugar de Fuentes, la señora del lugar le envió un recado a este testigo para que dijese qué religiosos eran aquellos, y que le fuese a ver, y este testigo respondió que no podía, porque eran novicios y no los podía dejar solos, que a la vuelta le vería. Y la señora le envió cincuenta reales; y otro día partió para Carmona. Llegando al mesón de los caballeros, halló un caballero que caminaba con grande aparato de coches, el cual se alegró mucho de ver a los religiosos, a los cuales, por ir algo cansados del camino les regaló y alquiló cabalgaduras en que fuesen a Sevilla, y le dio a este testigo once reales de a

¹⁰⁷ PO V, pp. 83-84.

*ocho, y de esta suerte llegó con los novicios al convento de Sevilla; y desde allí se volvió a Córdoba, donde entró con trescientos reales y más*¹⁰⁸.

Este mismo año 1586, en agosto, acompañó a varias religiosas de Granada para fundar el convento de las descalzas de Madrid, con la Madre Ana de Jesús Lobera, que sería Priora. Pero sólo las acompañó algunas jornadas, ya que ellas llegaron a Madrid antes que él. Él llegó el 14 ó 15 para la Junta del defensorio provincial a que estaba convocado. La Junta era el 13 de agosto. Llegó tarde, porque cayó enfermo en Toledo.

De regreso a Andalucía, se detuvo en Málaga para confesar y dar pláticas a las descalzas. De ahí se dirigió a la villa de *La Manchuela* (Jaén), llamada también *La Mancha Real* o *Mancha de Jaén* a fundar un convento de frailes, según lo que le encomendó la Junta de Madrid. La fundación oficial tuvo lugar el 12 de octubre, colocándose en la nueva casa el Santísimo Sacramento. También fundó los conventos de frailes de Santo Ángel de Sevilla y de Guadalcazar este mismo año 1586.

En noviembre hizo un viaje a Málaga para asistir a la elección de Priora del convento de las descalzas. El padre Nicolás Doria le mandó que llevase a sor María de Cristo a tomar posesión de su priorato a Granada. Sobre esto, anota el padre Juan Evangelista: *Viniendo este testigo con el siervo de Dios, con obediencia y mandato del padre General a que llevasen a María de Cristo, religiosa del convento de Málaga, reelecta por Priora del de Granada; en cuyo cumplimiento, hallando algunas dificultades así en personas devotas de fuera de casa como en las mismas monjas, dijo el siervo de Dios a este testigo y a las demás religiosas que encomendasen las dichas dificultades a Nuestro Señor. Y por ser día de San Martín, de cuyo santo era particularmente devoto, les mandó que comulgasen, y a este testigo también, para que encomendasen a Dios el acierto en aquel negocio. Y habiendo dicho misa el siervo de Dios por la misma intención, en acabándola, le dijo a este testigo: “Vaya, hermano, dígales a las Madres que se quieten y no tengan pena, que ya no se lleva a Granada a la Madre María de Cristo”. Y sabe este testigo que no hubo tiempo para tener orden de su Superior, ni la tuvo; y, si la tuviera, lo supiera este testigo. Y causó esto tanta admiración en las monjas, que le dijeron al siervo de Dios que no podía negar en esta ocasión haber tenido revelación de Nuestro Señor, para haber mudado tan presto de propósito. Y él respondió con mucha humildad: “Hijas, yo me rijo por la santa obediencia, que lo manda”. Y se echó de ver así, pues llegando a Granada el siervo de Dios y este testigo, recibió carta del Vicario General, que le ordenaba no llevase a la religiosa. De donde coligió este*

¹⁰⁸ PO V, p. 87.

*testigo que había sido revelación la que tuvo en Málaga para no llevar a María de Cristo*¹⁰⁹.

A mediados de diciembre estaba en Caravaca para una nueva fundación de frailes en una casa comprada a unos moriscos. Tomó posesión el 18 de diciembre de ese año 1586. Las religiosas de Caravaca estaban felices de tener a sus hermanos descalzos en la misma ciudad. Así cumplía el deseo que el Señor le había comunicado un día en esta misma ciudad. Lo refiere sor Ana de San Alberto: *Estando un día en este convento el venerable padre diciendo misa, que esta testigo oía, le pareció que, teniendo como tenía, el Santísimo Sacramento en las manos, le resplandecía el rostro como el sol y se detuvo mucho en consumir el Santísimo Sacramento y vio esta testigo que de los ojos el venerable padre vertía muchas lágrimas y, acabada la misa y dado gracias, se llegó al confesonario donde le dijo: “¿Cómo se ha detenido tanto vuestra paternidad en el santo sacrificio de la misa?”. Y respondió: “Hija, me ha hecho Dios una grande merced a mi alma y así no se espante que me haya detenido, Nuestro Señor gusta que en esta villa se haga convento de frailes. Procúrelo que Dios la ayudará y yo de mi parte, lo encomendare a Dios y ayudaré lo que pudiere. Y así esta testigo, de allí adelante procuró se hiciesen las diligencias necesarias para aquel efecto... Y en muy breve tiempo hubo efecto la fundación y el venerable padre vino a esta villa y puso el Santísimo Sacramento en una casica harto pobre, que para dar principio a esto se alquiló*¹¹⁰.

En uno de sus viajes, según refiere Martín de la Asunción, *yendo a Bujalance desde Córdoba, salió una mujer a la puerta de un mesón con ademanes provocativos para los hombres que allí estaban. En ese momento llegó el padre Juan con su acompañante. Fray Juan se encaró con ella y la reprendió con energía. Le dijo que tuviera vergüenza y que pensase en su alma redimida por Jesucristo. La mujer se le quedó mirando un momento y cayó desplomada al suelo. Después de unos momentos en que pareció como muerta, volvió en sí y pidió a gritos la confesión. El padre Juan la consoló y le dio una cédula para que fuera confesarse al convento de los descalzos de Córdoba. Lo hizo y cambió de vida. Luego se casó y, viviendo en Córdoba, vistió el hábito de San Francisco, llevando una vida ejemplar*¹¹¹.

En otra ocasión, *estando en una casa de un seglar solo, otra mujer desenvuelta entró al aposento donde se hospedaba y lo provocó. Ante su negativa lo amenazó con denunciarlo, pero ella tuvo que alejarse ante su actitud*¹¹².

¹⁰⁹ PA IV, p. 532.

¹¹⁰ PO V, p. 197.

¹¹¹ Manuscrito de Úbeda, t. 1, fol 315, en el archivo de las carmelitas descalzas de Úbeda.

¹¹² Manuscrito 12.738, fol 8 de la BNM.

El padre Martín de la Asunción añade que *un día, viniendo con el venerable padre de Granada a La Manchuela (Jaén), llegando a la venta que llaman de Benalúa, salieron de la venta dos hombres riñendo, uno con otro, tirándose muchas cuchilladas, y el uno de ellos herido en una mano, llegando el santo cerca de ellos, les dijo: “En virtud de Nuestro Señor Jesucristo os mando que no riñáis más”, y el sombrero que llevaba en la mano lo arrojó en medio de los dos, y sólo con esto cesaron la pendencia, y se quedó el uno mirando al otro; y a este testigo le pareció que era milagro que Dios había obrado por el santo, y lo mismo pareció a otra mucha gente que estaba en esta venta, porque dijeron que los habían puesto en paz otras dos veces y no había aprovechado; y se abajó de la cabalgadura el santo y los hizo amigos y se besaron hasta los pies el uno al otro, y esto vio este testigo*¹¹³.

Y sigue diciendo: *Caminando con el venerable padre desde la villa de La Manchuela, jurisdicción de la ciudad de Jaén hacia Jaén, el susodicho le contó a este testigo que viniendo el venerable padre fray Juan de la Cruz de Castilla para Andalucía, llegando a un río que venía algo crecido, halló cuatro arrieros que estaban detenidos y no osaban pasar, y el padre fray Juan de la Cruz entró en el río, y en llegando al venaje del agua, venía un tamarón grande río abajo, y entró por entre las piernas a la cabalgadura y la volcó y cayó en el agua, y estando en el agua le pareció haber visto a Nuestra Señora que le asía de los cabos de la capa y le sacó fuera del agua; y al compañero que traía, que le llamaban el hermano Pedro de Santa María, donado de la dicha Religión, le avisó para que no entrase hasta que la furia del agua se mitigase; y el venerable padre se fue a una venta que estaba a media legua del río, donde halló una gran pendencia entre un hijo del ventero y otro hombre que estaba allí, y el hijo del ventero le había dado una grande puñalada al otro, de que estaba en peligro de muerte; y el santo fray Juan de la Cruz le confesó, y dando voces que era religioso profeso de cierta Religión, le reprendió mucho que no diese voces ni difamase a su Religión, sino que diese gracias a Nuestro Señor que le había dado lugar de confesar sus pecados, y entonces echó de ver el venerable padre que la prisa de pasar el río con tanto peligro le había sobrevenido para asistir al herido y remediar su ánima, porque dentro de dos horas murió, y esto le contó a este testigo el santo*¹¹⁴.

El mismo Martín de la Asunción continúa: *Yendo de camino, cuando no había qué comer en la posada y venta donde llegaba, el venerable padre respondía: “Pasémonos hoy con el amor de Dios, que no nos faltará qué comer; y estando en una venta, camino de Málaga para Sevilla, cerca de un lugar que se*

¹¹³ PO V, p. 95.

¹¹⁴ PO V, p. 84.

*llama Pedrera, no había qué comer, y diciéndole este testigo al venerable padre lo que tiene referido que no había qué comer, acabadas de decir las palabras que tiene referidas, entró un caballero, el cual se alegró de ver los religiosos, que era el venerable padre fray Juan de la Cruz y este testigo y un donado. Dijo el caballero: “Hoy no pueden menos de ser mis huéspedes y comer conmigo”. Y les dio muy bien de comer, porque traía él muy buena despensa, porque en la venta no había nada, ni pan ni vino ni otra cosa*¹¹⁵.

En otra ocasión le sorprendió la noche en el camino y fray Juan cayó por un despeñadero. Sostenido como por una mano misteriosa, logró asirse a unas matas y subir al camino sin lesión. Cuando a los pocos días llegó al convento de las descalzas (de Granada), donde estaba de Priora sor Ana de Jesús Lobera, ella le preguntó cómo le había ido en el viaje y si no se había visto en algún peligro. Ella le dijo que, estando en oración, sintió que estaba en un grave peligro y lo había encomendado fervorosamente al Señor. Y el padre Juan le contó lo ocurrido en el despeñadero. Compararon el día y la hora y coincidieron exactamente. Y el santo se limitó a decir: *Luego ella era la que me tuvo*. Esta anécdota la refiere sor María de Jesús, diciendo: *Esto lo oí yo a la misma Madre Ana de Jesús*¹¹⁶.

El padre Juan deseaba verse libre del cargo de vicario provincial para estar libre de sus correrías y vivir tranquilo en un convento. Por fin, lo liberaron de ello en el Capítulo de Valladolid.

El 18 de abril comenzó el Capítulo en esta ciudad de Castilla. A este Capítulo se le ha llamado el *Grande*, porque nunca antes se habían juntado tantos capitulares: Eran cuarenta y seis. El padre Juan de la Cruz cesó en su cargo de definidor y de vicario provincial, volviendo a ser elegido Prior de Granada.

SEGOVIA

El 1 de junio de 1588 se reunió en Madrid el Capítulo general para erigir la provincia en Congregación, dependiente sólo del General de la Orden. Se eligió vicario general al padre Nicolás Doria y el padre Juan de la Cruz salió elegido primer definidor general y vicario del vicario general. Por ello debió trasladarse a Segovia, donde residió en la Casa general con el cargo de Prior del convento. Allí estaría hasta 1591.

¹¹⁵ PO V, p. 85.

¹¹⁶ Manuscrito 12.738, fol 912-913 de la BNM.

Cuando llegó a Segovia comenzó a trabajar para acomodar la casa lo mejor posible y él fue el primero que trabajó de albañil, con los pies descalzos, la cabeza descubierta y mucho entusiasmo. A veces debía ir cerro arriba, a la cantera, de donde se sacaba piedra y dirigía a los peones como maestro de obras. Se pasó muchas horas trabajando y animando a los otros. El padre Juan Evangelista, que llegó de residente le dijo: *¡Válgame, padre nuestro, qué amigo es vuestra reverencia de estarse entre cal y piedra!* “Hijo, le contestó, *no se espante, que, cuando trato con ellas, tengo menos en qué tropezar que cuando trato con los hombres*” ¹¹⁷.

Un día uno de los obreros llamado Pedro, que trabajaba en la cantera, sacando una gran piedra se cogió los dedos de la mano, los dos de en medio, y le aplastó los huesos. En ese momento, el padre Juan tomó sus dedos entre sus manos, se los estiró y quedaron totalmente sanos. El peón pudo continuar su trabajo sin perder una hora de jornal ¹¹⁸.

Según declaración de sor María de la Concepción, *dijo a esta testigo el padre fray Juan Evangelista que en este convento de Segovia muchas noches enteras, veía al santo fray Juan de la Cruz puesto en la ventana de su celda donde se veía el cielo y el campo, puesto en oración y tan encendido, absorto y arrobado en Dios que, aunque tiraba del santo, no le podía volver en sí, y, viéndole así se estaba allí con él hasta la mañana o hasta que volvía en sí. Y entonces le decía el santo: “¿Qué hace aquí?”. Y el padre fray Juan Evangelista negociaba y trataba con el santo ciertos negocios que tocaban a un oficio que tenía en el convento... Y también hallaba en oración al santo padre las noches enteras, puesto en cruz debajo de los árboles, tan arrobado que no le podían volver en sí* ¹¹⁹.

Fray Lucas de San José nos dice: *Un religioso de este convento de Segovia, llamado fray Bernabé de Jesús dijo a este testigo y a los padres fray Juan Evangelista y fray Pedro de Santa María cómo había notado que sobre la celda del santo, sobre la puerta, en una madera que delante de ella estaba, había un palomo muy hermoso, más que otros, al cual nunca le había visto bajar a comer ni oídole arrullar, como suelen otros, ni se había ido en compañía de otros y que tenía para sí que era alguna cosa más que natural. Y que este testigo y los otros tres religiosos le fueron a ver y vieron el palomo en el lugar dicho y oyó a uno de los padres que el mismo palomo se había visto y notado en otro convento donde el santo había vivido, que era el de Granada, y este palomo se veía más de ordinario cuando el santo se ausentaba. Y así esta vez que todos*

¹¹⁷ Manuscrito 13.460 de la BNM.

¹¹⁸ Manuscrito 12.738, fol 879 de la BNM.

¹¹⁹ PO V, pp. 256-257.

*cuatro le vieron dijo uno de los padres que Dios les enviaba aquel palomo para que les hiciese compañía en lugar del santo padre en cuanto el santo estaba ausente. Y, venido el santo, le refirieron el caso, diciendo que otro palomo, como el que habían visto en Granada cerca de su celda, se veía también acá. Él respondió, diciendo: “Pues déjese de esto”*¹²⁰.

El mismo fray Bernabé añade: *Muchas veces le veía este testigo que, saliendo de la celda en Segovia, iba a unos riscos y peñascos que tiene la huerta y allí se metía en una cuevecita que allí había del tamaño de un hombre recostado, de donde se ve mucho cielo, río y campos. Aquí unas veces, otras a la ventana de la celda, mirando al cielo, otras ante el Santísimo Sacramento, gastaba largas horas de oración, de donde salía hecho un fuego de amor de Dios*¹²¹.

En la primavera de 1591 invitó a su hermano Francisco de Yepes a pasar unos días con él en Segovia, pues presentía que sería la última vez que se verían en la tierra. Pasaron muchos ratos juntos y lo sentaba a su lado en el refectorio. Su madre se les apareció resplandeciente de gloria, trayendo a una de las hijas de Francisco, que había muerto de cinco años¹²².

Uno de los días le contó un secreto a su hermano. Le dijo con toda sencillez: *Me sucedió con Nuestro Señor que teníamos un crucifijo en el convento y, estando yo un día delante de él, parecióme estaría más decentemente en la iglesia y con deseo de que no sólo los religiosos lo reverenciasen sino también los de fuera, hícelo como me había parecido. Después de tenerle en la iglesia puesto lo más decentemente que yo pude, estando un día en oración delante de él, me dijo: “Fray Juan, pídemelo lo que quisieres, que yo te lo concederé por este servicio que me has hecho”. Yo le dije: “Señor, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por Vos y que sea yo menospreciado y tenido en poco”. Esto pedía a Nuestro Señor y su Majestad lo ha trocado de suerte que antes tengo pena de la mucha honra que me hacen tan sin merecerla*¹²³.

De hecho, no fue un crucifijo, sino un cuadro de tela que aún se conserva en el convento de Segovia. Es un busto del Señor con la cruz a cuestas, pintado

¹²⁰ PO V, p. 286.

¹²¹ PO V, p. 294.

¹²² Manuscrito 12.738, fol 490 de la BNM. Francisco Yepes murió en 1607, unos años después que su esposa Ana. Fue enterrado en la iglesia de los carmelitas de la Antigua Observancia de Medina y es un siervo de Dios, pues murió como un santo. Su vida fue escrita por el padre José de Velasco, impresa en Valladolid en 1616 con el título de *Vida, virtudes y muerte del venerable varón Francisco de Yepes*. El libro fue reeditado por la Junta de Castilla y León en Salamanca en 1992.

¹²³ Manuscrito 12.738, fol 615 de la BNM.

sobre cuero. Emociona la expresión melancólica, dolorida y afable, que tiene con los labios entreabiertos, como si acabase de pronunciar esas palabras en el Carmen de Segovia.

El 1 de junio de este año 1591 debió asistir al tercer Capítulo general de los descalzos en Madrid. La Priora de Segovia le dijo al siervo de Dios que *esperaba que había de salir por provincial en el Capítulo que dentro de breves días iba a celebrarse en Madrid. Y el siervo de Dios respondió que, antes bien, había de salir de allí como cosa despreciada y que le habían de echar a un rincón como paño asqueroso. Y así sucedió en dicho Capítulo..., que fue desterrado al convento de La Peñuela... Y yendo a cumplir su penitencia al convento de la Peñuela, se despidió de una hija suya espiritual, llamada doña Ana de Peñalosa y, como ella mostrase afligirse y desconsolarse por su ausencia, la consoló diciéndole: “Calle, hija, y consuélase que enviará por mí y me traerá”. Y así sucedió que, después de su muerte, pasados algunos meses, envió por su cuerpo y lo trajo al convento de Segovia, donde está*¹²⁴.

Sor María de la Encarnación certifica que *resplandeció mucho en la virtud de la paciencia... y esto dice por lo que en él vio y sabe que en casos particulares bien pesados siempre era grande la paz y serenidad con que los llevaba sin mostrar pena ni impaciencia, sin queja... Y habiendo sabido que en el Capítulo le habían dejado sin oficio, no mirando a que era ordenado del cielo, sino al deseo de esta testigo, que era de cosas de la tierra, sentida algo de lo que por el santo pasaba, y llevada de su pasión, le escribió una carta en que le significaba (manifestaba) su pena. Y el santo padre le respondió con otra carta, por la cual dice esta testigo se conocía bien con cuánta serenidad y paciencia y alegría llevó este santo padre el quedar sin oficio... y lo que esta testigo imaginaba era cruz para el santo, antes le era gloria. Y esto dice esta testigo se lo ha descubierto después el tiempo con saber que el santo pedía a Dios el morir sin oficio como murió dentro de cinco meses y le diese qué padecer por su Majestad. Y en la misma carta le puso la medicina que esta testigo había menester para su alma y, entre otras palabras, le dice éstas: “No piense eso, sino que todo lo ordena Dios. Y donde no hay amor, ponga amor y sacará amor”*¹²⁵.

¹²⁴ Declaración de José de Velasco en PA IV, p. 68.

¹²⁵ PO V, p. 221.

LA PEÑUELA

Al no tener cargos el santo padre quiso retirarse a un convento donde pudiera disfrutar de la soledad, y lo enviaron a La Peñuela.

Al llegar el santo a La Peñuela estaban todos los religiosos contrariados por la enfermedad del hermano lego fray Juan de la Madre de Dios, que era el que dirigía todos los trabajos de la huerta, olivares y sembrados. Lo habían llevado al Colegio de Baeza, porque en La Peñuela no había médicos ni medicinas, pero había sido desahuciado. El padre Juan, compadecido de los perjuicios que la enfermedad de este hermano causaba a la comunidad, le rogó al Prior que le hiciese volver a La Peñuela. El propio hermano cuenta su curación: *En llegando a Baeza el que iba por mí diciéndome que le enviaba el santo padre fray Juan de la Cruz, parece que cobré fuerzas y abrí los ojos, que tenía ya cerrados, y dije: “Vamos muy en hora buena”, y así como estaba, tan enfermo y flaco, me levanté y partí para La Peñuela. En llegando a ella, tomé la bendición del santo padre y él me abrazó y al mismo punto me hallé tan alentado como si no hubiera estado enfermo; y nunca más me vino frío ni calentura, con tenerla antes cada día, y sentíme tan bueno y sano que, si me dejaran, me fuera al mismo punto a trabajar al campo. Y por ser la salud tan repentina y haber pasado en un punto de tan enfermo a tan sano, lo tengo por gran milagro*¹²⁶.

El padre Francisco de san Hilarión recuerda que allí (en La Peñuela) *estaba lleno de contento por verse sin oficio y desocupado para más servir a Dios; gastaba santamente el tiempo y se levantaba antes que fuese de día y se iba a la huerta y entre unos mimbres, junto a una acequia de agua, se ponía de rodillas y allí estaba en oración hasta que el calor del sol lo echaba de allí y se venía al convento; y decía misa con mucha devoción. Acabada la misa se venía a su celda y se ponía en oración y en esto gastaba todo el tiempo que quedaba después de las cosas de la comunidad y oficios divinos. Otras veces se salía por aquel desierto y andaba como suspenso en Dios. Y algunos ratos se ocupaba en escribir unos libros espirituales que dejó escritos y todos los religiosos de aquella casa estaban muy contentos en tenerle allí como a padre, a quien tenían por santo*¹²⁷.

Uno de los días sucedió un gran milagro por las oraciones de nuestro santo. El padre Diego de la Concepción dice que, siendo él Prior, se le acercó fray Cristóbal a pedirle permiso para quemar *los rastrojos de las heredades del convento, que cercaban y andaban cerca de la huerta, olivar y convento. Y le parece que le disuadió de ello.*

¹²⁶ Padre Jerónimo de San José Ezquerro, o.c., libro VIII, cap. IV, pp. 695-696.

¹²⁷ PO V, pp. 112-113.

Y un día, que andaba aire cierzo y aventaba el fuego hacia la parte contraria del convento y de la huerta y olivar y viñedo, no pensando del daño, pegó fuego a los rastrojos que estaban espesos, muy lozanos y muy secos. Emprendido el fuego en ellos y en muchas malezas y en chaparrales de encinas, comenzó a correr y extenderse mucho. Volvióse luego el aire y dio con el fuego que llevaba cerca de un cuarto de legua ya de extendido; y así como iba encendido dio con él en el ala sobre el convento. Pegóse en la barda de la huerta, ésta corría hasta el convento, y como la materia de la leña era tanta y tan seca, levantaba las llamas hasta el cielo... Venía tan bravo que era cosa espantosa. Salieron todos y con ellos el santo padre fray Juan de la Cruz y vieron lo que se espantaron, porque venía ya cerca de los pajares y vallados... Era negocio sin remedio, estaban destituidos de medios humanos, y todo esto en un momento.

A este tiempo vio que el padre fray Juan se puso de rodillas entre las llamas del fuego y el cercado del olivar y viña. Y vio que al tiempo que se puso así, las llamas por muchas partes ya llegaban cerca de los vallados y sotos. Y vio este testigo que, en poniéndose de rodillas el santo padre, comenzando a hacer oración, el rostro vuelto hacia la parte donde venía el fuego, suplicando a Nuestro Señor mirase la necesidad presente de sus siervos, aunque las llamas a este tiempo se abalanzaban y besaban y embestían el vallado y cerca y muchas pasaban por encima de él... se retiraron hacia atrás contra el aire. Y vio asimismo que, al mismo tiempo, cesó el fuego que venía encendido en la barda y vallado de la huerta. Y todo cesó. Y este testigo y todos los frailes conocieron claro haberles Dios hecho esta merced por la oración del santo padre fray Juan, porque vieron este milagro patente delante de los ojos¹²⁸.

El padre Martín da algunos detalles más: *Estando este testigo en el convento de La Peñuela, donde asimismo estaba el santo fray Juan de la Cruz, se encendió un gran fuego en el monte cerca del convento, y se vino acercando al convento; y como los religiosos vieron que se acercaba tanto, y el peligro que había por ser como era muy grande, por haber gran monte, pidieron los religiosos al padre fray Diego de la Concepción, que en aquella sazón era Prior en el convento, que consumiesen el Santísimo Sacramento; a lo cual respondió el padre fray Juan de la Cruz, que no convenía, porque antes se había de favorecer y amparar con el Santísimo Sacramento si acaso no cesase el fuego, y que él estaba muy confiado en la misericordia de Dios que no les había de hacer daño; y dijo a los religiosos se fuesen a la iglesia y se pusiesen en oración delante del Santísimo Sacramento, y que él por su parte haría su diligencia pidiéndolo a Nuestro Señor; y así los religiosos se fueron a la iglesia, y otros religiosos*

¹²⁸ PO III, pp. 72-73.

quedaron recogiendo la ropa por el miedo que tenían por que no se quemase, para ponerla a salvo; y el santo salió del convento y fue al lugar donde estaba el fuego, que ya llegaba cerca de la huerta y viña del convento, y se hincó de rodillas, y el fuego, como era tan grande, las llamas pasaban por cima del santo, y se asieron y prendieron en las bardas de la casa, y el santo estaba debajo de las llamas, y luego repentinamente se retiró el fuego hacia atrás sin abrasar más de las bardas y otras cosas de poca importancia que estaban en la cerca; y el santo se quedó hincado de rodillas, sin que el fuego le hubiese hecho daño alguno, lo cual todo lo vio este testigo y otros muchos religiosos y labradores que habían acudido, y todos lo tuvieron por milagro que Nuestro Señor había obrado por medio del santo.

Y después, estando algunos de los religiosos en la puerta de cerca de la iglesia, dijo el padre Prior a este testigo que abriese las puertas todas de la iglesia para que se saliese el humo que había en la iglesia, y este testigo fue a abrir una de las puertas y halló una liebrezuela, que, al parecer, con el miedo del fuego se había retirado, y salió huyendo y fue donde el padre fray Juan que estaba con otros religiosos junto de la huerta, y se le echó en la falda del hábito, y otros religiosos la cogieron; y teniéndola de las orejas, por dos veces, se les huyó y se iba donde estaba el santo y se echaba en su falda, todo lo cual juzgaron todos a grande maravilla y milagro de Nuestro Señor ¹²⁹.

El padre Francisco de san Hilarión refiere otro suceso milagroso ocurrido en este convento de La Peñuela. *Un día, por la tarde, se levantó una gran tempestad de nubes, truenos y relámpagos y, temiendo los religiosos el daño que podía causar, el padre dijo: “No tengan pena”. Y salió al claustro y se descubrió la cabeza y levantó los ojos al cielo e hizo cuatro cruces en las cuatro partes del mundo y enseguida se deshizo la tempestad, de lo cual este testigo y los demás religiosos que allí se hallaron quedaron admirados y dieron gracias a Dios por ello ¹³⁰.*

Por este tiempo había problemas entre el padre vicario general y el padre Jerónimo Gracián. Se nombró al padre Diego Evangelista para investigar las acciones del padre Gracián, pero el padre Diego estaba también resentido con el padre Juan de la Cruz, porque en una ocasión le llamó seriamente la atención por ausentarse del convento con frecuencia con la excusa de ir a predicar. Por ello, se arrogó el derecho de investigar también al padre Juan. Fue a diferentes conventos, incluso de monjas, para intentar sacarles cosas negativas contra él. Al

¹²⁹ PO V, pp. 96-97.

¹³⁰ PO V, p. 112.

final, conseguiría sacar injustamente de la Congregación al padre Jerónimo Gracián, quien murió como calzado en un convento de Bruselas ¹³¹.

El padre Juan seguía su vida tranquila y le escribió a doña Ana de Peñalosa: *Esta mañana hemos ya venido de coger nuestros garbanzos y así las mañanas. Otro día los trillaremos. Es lindo manosear estas criaturas mudas, mejor que no ser manoseado de las vivas. Dios me la lleve adelante, ruégueselo, mi hija* ¹³².

En el Capítulo general de junio de 1591, para mantenerlo al padre Juan alejado de cualquier puesto de influencia, le habían dado patente fechada en Madrid el 25 de junio de 1591 para que pasase con doce religiosos como misionero a México. Algunos religiosos le aconsejaron avisar al Definitorio de su poca salud, pero él les replicaba: *¿No queréis que beba el cáliz que mi Padre me envía?* Decía que le daría gusto morir, cumpliendo un acto de obediencia. Aceptada la comisión, le pidió al padre Juan de Santa Ana reclutar los religiosos que pedía el Definitorio para salir a tiempo en la primera flota que estaba disponiéndose en Sevilla para las Indias, pero cayó enfermo en La Peñuela y la enfermedad avanzó más de lo previsto y tuvo que desistir de su viaje.

Le escribió a doña Ana de Peñalosa: *Mañana me voy a Úbeda a curar de unas calenturillas que, como ha más de ocho días que me dan cada día y no se me quitan, paréceme habré menester ayuda de medicina, pero con intento de volverme luego aquí, que, cierto, en esta santa soledad me hallo muy bien* ¹³³.

Los planes de Dios eran distintos de los suyos. Las calenturas (fiebres) no se le quitaban y parecía que el asunto era de gravedad debido a una pierna que tenía muy inflamada. Para poder curarlo, le propusieron ir a Baeza, donde tenía muchos conocidos, pero prefirió ir a Úbeda, donde nadie lo conocía. Y así el 28 de setiembre de 1591 fue a Úbeda con un hermano lego que lo acompañó. Iba montado en un machuelo cedido por Juan Cuéllar, vecino de Úbeda. Ese macho que lo llevó, recibió sus bendiciones, pues en la declaración del padre Juan de la

¹³¹ El padre Jerónimo Gracián había nacido en Valladolid el año 1545. Tomó el hábito de carmelita descalzo en Pastrana en 1572. En 1574 fue nombrado visitador de Andalucía. En 1575 el Nuncio lo nombró visitador de los calzados de Andalucía y Superior de todos los descalzos de Castilla y Andalucía. En 1577 el Nuncio Segá le retira los poderes de visitador y Superior. En 1581 en el Capítulo de Alcalá es elegido primer provincial de los descalzos hasta que en 1585, en el Capítulo de Lisboa, le sucede como provincial el padre Nicolás Doria. En febrero de 1592 es expulsado de la Congregación de los descalzos y parte a Roma para defender su Causa. Estando en ello, hace un viaje por mar y cae prisionero de los piratas que lo llevan a Túnez. Vuelto del cautiverio, es admitido entre los padre calzados, entre los que muere en 1614 en Bruselas. En la Navidad de 1999 hubo una declaración oficial de rehabilitación, revocándose la sentencia de expulsión de la Orden.

¹³² Carta a doña Ana del Mercado y Peñalosa del 19 de agosto de 1591.

¹³³ Carta a doña Ana del Mercado y Peñalosa del 21 de setiembre de 1591.

Madre de Dios que hizo en Úbeda en 1616, después de 25 años, dice: *Ha esto como 25 años y parece el dicho machuelo ser ahora de seis años, que lo tiene de presente el capitán Morales* ¹³⁴.

En el trayecto de La Peñuela a Úbeda ocurrió un suceso milagroso. Era el 28 de setiembre de 1591, víspera de la fiesta de san Miguel. El padre Juan de San Ángelo declara: *Este testigo oyó decir a un hermano donado que llevó al santo padre desde el convento de La Peñuela al de Úbeda a curar, que llegando al río de Guadalimar le pidió el santo padre al compañero que le apease para descansar un poco por ir muy fatigado, y ofrecióle el donado que si quería comer alguna cosa de lo que llevaba allí y el santo padre, por ir muy descaecido, no pudo comer nada de lo que le dio; y preguntóle que, si apetecía alguna cosa que lo dijese, y él dijo que su apetito era de unos espárragos, cosa que no se hallaba por ser el mes de setiembre antes de San Miguel ; y así el hermano quedó muy afligido por no poder acudirle a su deseo y a la necesidad presente, y que, divirtiéndose a mirar por la orilla del río, vio sobre una piedra que estaba levantada dentro del agua, fuera de toda esperanza y pensamiento suyo, un manojo de espárragos atado y compuesto de la manera que los suelen atar y componer los que los venden cuando los hay, y admirado del caso los trajo al santo padre diciéndole que allí traía los espárragos que le había pedido, el cual le dijo que algún pobre de los que andaban a coger espárragos se lo dejaría allí olvidado, que pusiese sobre la misma piedra que los halló dos o tres cuartos para que hallase allí el precio de su trabajo, si volviese a buscarlo; el cual caso se tuvo siempre por cosa particular y milagrosa* ¹³⁵.

ÚLTIMA ENFERMEDAD

El padre Diego de la Concepción nos habla de sus últimos días. Estando el padre fray Juan en el convento de Úbeda enfermo de muerte, el prior Francisco Crisóstomo *no hacía con él lo que tenía obligación, porque le pareció a este testigo que le tenía de mala gana, llorando él y gruñendo lo que comía. Y como este testigo vio esto, le dijo un día al Prior que no llorase lo que el santo comía, ni lo gruñese ni mostrase tal cara de hombre apretado y mal acondicionado y falto de caridad en caso tal, pues la mujer de don Bartolomé Ortega le enviaba al santo la comida; y que además de esto no gruñese que este testigo le enviaría qué comer. Y así, llegando a su convento de La Peñuela, le envió cuatro fanegas de trigo para su convento y al enfermo seis gallinas. Y así sabe que el santo que padeció algo con la condición del Prior. Y lo permitía Nuestro Señor para mayor*

¹³⁴ Manuscrito de Úbeda, fol 163, del archivo de los carmelitas descalzos de Úbeda.

¹³⁵ PO V, p. 70.

mérito y corona del santo que hallase esto aún en hijo suyo, para materia de su gran paciencia ¹³⁶.

El padre Alonso de la Madre de Dios, manifestó: *La noche que llegó a Úbeda, que era la víspera de San Miguel, se le hizo en el empeine del pie derecho una mancha como una hoja de rosa carmesí, encendida y dolorida; y en breve se apostemó el pie y la pierna, de suerte que los cauterios de fuego le hicieron en ella cuatro llagas; otra se abrió de suyo en el mismo pie derecho en la parte donde a Cristo Nuestro Señor enclavaron su santísimo pie derecho.*

Decía el médico que siempre que le curaba la llaga se le representaba en ella en su vehemente dolor la llaga y dolor de Cristo; y en su serenidad y paciencia con que este santo lo llevaba, la paciencia de Nuestro Salvador, viendo aquí un vivo retrato de su Majestad.

Cuando le hubo el cirujano de hacer la primera boca, que fue en el talón del pie, por distraerle le dijo que mirase a cierta cosa. Y volviendo el siervo del Señor los ojos a mirarla, el cirujano le abrió junto al talón una llaga de cosa de un jeme de largo. No hizo el varón de Dios más sentimiento que si no le hubiera tocado; antes alegre dijo al cirujano: “Válgale Dios y cómo engaña; mejor fuera mirara yo el hacerme la llaga y cortarme para que así ofreciera más a Dios”. Admiróse el cirujano de tal constancia diciendo: “Y esto me dice, padre, después de un tal dolor y llaga”. Y de allí adelante en los rigurosos botones y llagas que le hicieron, con gozo miraba cómo se las hacían.

Eran rigurosas las curas, dándole botones de fuego, cortándole un pedazo de carne medio podrida en las llagas, porque creció tanto el mal, hasta llegar a los huesos y nervios, que en parte se veían. Eran muy intensos sus dolores...

De ordinario, cuando le curaban le sacaban una escudilla de podre, la cual despedía de sí buen olor; y el mismo despedían las hilas y las vendas y paños manchados que le quitaban, sin dar asco cosa ninguna de éstas. Cosa que admiraba a los médicos y a los demás que se hallaban a lo ver curar. Y decían olían como ámbar.

Después se le abrió otra llaga en las espaldas, de que padeció muchos e intensos dolores. Estaba tan cercado de ellos, que no se podía revolver en la cama sino ayudado de los religiosos, asiéndose a una sogá que sobre la cama le puso el cirujano; a quien los raptos que vio en el santo, el continuo recogimiento en Dios, igualdad de ánimo en la voluntad de Dios, su continuo hablar de Dios y alegría en el padecer y su comunicación, hizo virtuoso. Cuando llegaba a

¹³⁶ PO III, p. 74.

comunicarle o ponerle las manos, era con la veneración que llegaría a un cuerpo de un santo, declarado de la Iglesia por tal. Y así se solía llevar por reliquias algunas vendas manchadas; las cuales puestas a enfermos que curaba, los sanaban...

*Nadie le oyó quejarse. Antes estaba tan suave, que aliviaba y quitaba todo cansancio a los enfermeros, a quienes pedía de ordinario le dejasen solo. Y veían se recogía luego en Dios y en el mismo ejercicio le hallaban cuando volvían. Pareciéndoles que el trabajo le era al santo materia de oración*¹³⁷.

*El padre Bartolomé de San Basilio declaró: Un día le tomó en brazos este testigo para ponerle sobre un colchón en cuanto se le hacía le cama; y hecha, cuando le quiso volver a ella, pidióle le dejase a él como pudiese volverse por sí, arrastrando por el suelo hasta su camilla. Después le preguntó que para qué había hecho aquello, porque le dio compasión de le ver ir así. Y él le dijo que tenía malas las espaldas y que, cuando le habían mudado, le habían lastimado. Y este testigo quedó admirado de su sufrimiento en haber callado así, sin se quejar por no le dar pena. Y así mirándole, después hallaron que tenía allí una grandísima postema, mayor que una mano cerrada, de que al día siguiente le sacaron mucha podre. Y con tener aquí tanto mal, había callado sin se quejar por ello*¹³⁸.

*Y añade el mismo padre Bartolomé: Con tener este testigo y otros obligación de servirle como a padre de todos y enfermo, cuando estaba malo del mal que murió, era tan humilde y agradecido que hasta las más mínimas cosas que por él hacían las estaba agradeciendo y pidiéndoles perdón del trabajo que tomaban*¹³⁹.

*El hermano Bernardo de la Virgen recalca también que no hizo por él alguna cosa que no se la agradeciese. Y cuando despertaba de noche a este testigo para acudirle a alguna necesidad como de ordinario dormía en su celda, le decía: “Por amor de Dios, perdone Su Caridad”. Y diciendo este testigo: “Padre, yo recibo mucho gusto en que Vuestra Reverencia me llame mil veces cada noche”. Y con todo eso, siempre decía: “Por amor de Dios, hermano fray Bernardo, que me perdone”*¹⁴⁰.

El hermano fray Pedro de San José refiere: Sucedió con este testigo un caso memorable, y fue que luego que curaban al dicho santo, el enfermero del dicho convento recogía los pañicos y vendas con que curaban al dicho santo y

¹³⁷ PA IV, pp. 307-308.

¹³⁸ PO III, pp. 92-93.

¹³⁹ PO III, p. 88.

¹⁴⁰ Manuscrito 12.738, fol 32 de la BNM.

las entregaba a este testigo, y por su devoción y afición que tenía al santo las llevaba a lavar en casa de unas religiosas, y sucedió que un religioso del convento, que se llamaba fray Mateo del Sacramento, enfermó de una apostema que se le hizo en la espalda, y habiéndole curado un día la apostema y al santo asimismo su llaga, el enfermero recogió los paños y vendas del uno y del otro y los entregó, como solía, a este testigo, el cual los llevó a las religiosas; y otro día, yendo por los paños y vendas limpios, le dijeron a este testigo las religiosas que estaban espantadas de que, aunque habían lavado muchas y diversas veces los paños y vendas del santo padre nunca habían tenido asco ni mal olor, y que con los pañitos y vendas que había llevado este testigo el día antes lo habían tenido, de que estaban muy espantadas ; que supiese lo que en aquello había. Y este testigo acudió con cuidado al convento y contó lo que pasaba al enfermero, el cual le dijo cómo iban juntas las vendas y paños del padre fray Mateo del Sacramento, y las del padre fray Juan de la Cruz, y que aquello había sido la ocasión, y este testigo fue a las religiosas y las desengañó y satisfizo en la duda que tenían.

Y sucedió asimismo a este testigo que, habiendo salido todos los religiosos del convento a un acompañamiento de entierro, porque por aquel tiempo solían salir a los entierros, este testigo, aunque era lego, el padre Prior lo dejó en guarda del convento, y este testigo, hallándose solo con el venerable padre fray Juan de la Cruz, subió a su celda, y le dijo: "Padre, ¿quiere que le traiga unos músicos para que se desenfade y se aliente?", pareciéndole a este testigo que con tan largos y tan continuos dolores estaría el santo afligido; y el santo le respondió, que si estaban cerca y en parte donde no era menester poner mucho trabajo que los trajese; y este testigo, muy alegre, por entender se había ofrecido en qué servir al santo, que lo deseaba mucho, salió del convento y le llevó tres músicos, y comenzaron los susodichos a disponerse y templar las vihuelas. El santo llamó a este testigo y le dijo: "Hermano, muy agradecido estoy de la caridad que me ha querido hacer y lo estimo en mucho, pero no será razón que queriéndome Dios regalar con estos grandes dolores que padezco, yo lo procure templar y moderar con música y entretenimiento, y así, por amor de Nuestro Señor les agradezca a estos señores la caridad y buena obra que me quieren hacer, que yo la doy por recibida, y regáelos y despídalos, que yo quiero padecer estos regalos y mercedes que Dios me hace sin ningún alivio para más merecer con ellos". Y este testigo despidió a los músicos y se fueron.

Y sabe este testigo asimismo que, estando un día el padre fray Francisco Crisóstomo, Prior que a la sazón era del convento, con el santo padre fray Juan de la Cruz, disculpándose con el susodicho y diciéndole que le perdonase, que como la casa era tan pobre no le podía regalar en la enfermedad como quisiera, el padre fray Juan de la Cruz le agradeció mucho al Prior el buen deseo que tenía, y con palabras suaves y de mucha caridad le dijo: "Padre Prior, yo estoy

con contento y tengo más de lo que merezco, y no se fatigue ni aflija, que hoy esté esta casa con la necesidad que sabe, sino tenga confianza en Nuestro Señor que tiempo ha de venir en que esta casa tenga lo que hubiere menester”. Y este testigo se halló presente a estas palabras, y muchas veces ha juzgado como a profecía del santo fray Juan de la Cruz, porque esta casa ha labrado y hecho muy buenos edificios y se conservan y sustentan en ella muchos religiosos, que lo pasan con moderación y suavidad¹⁴¹.

El santo, ocho días antes, supo el día y hora de su muerte... Hablando de la Madre de Dios, dijo: “Bendita sea tal Señora que en su día, sábado, quiere parta de esta vida”... y desde este tiempo comenzó a preguntar: “¿Qué día es hoy?, lo cual continuó hasta el viernes siguiente.

Llegado el jueves en la tarde, pidió el Viático, el cual recibió con gran ternura. A los seglares y religiosos que le pidieron para su consuelo, unos el hábito y otros el breviario y otros el escapulario y otros otras cosas, respondió que él era pobre y no tenía cosa; que lo pidiesen a su prelado (Superior). A quien, llamando, pidió le perdonase el trabajo que allí le había dado, mostrándosele muy agradecido.

El viernes, día de santa Lucía, en la mañana, preguntó, como solía, qué día era. Y como le respondieran que era viernes, no preguntó más qué día era, antes a menudo preguntaba qué hora era.

A la una después de mediodía, habiendo preguntado qué hora era, respondiendo que la una, se declaró y dijo: “Helo preguntado porque, gloria a mi Dios, tengo de ir esta noche a cantar los maitines al cielo”. Aunque con toda su enfermedad, de ordinario estaba recogido y suspenso en Dios, este último día era grande el recogimiento que mostraba tener con un silencio y quietud mayor, recogido todo en lo interior, teniendo los ojos cerrados, los cuales abría algunas veces y amorosamente los ponía en un Cristo crucificado, que tenía puesto a su lado.

A las cinco también le oyeron decir: “Dichoso yo que, sin merecerlo, me veré esta noche en el cielo”. Entonces pidió la Extrema Unción. Recibióla con devoción y pidió a todos perdón. Los religiosos le pidieron su bendición, la cual, mandándosele el provincial que estaba presente, les echó, amonestándoles con palabras de edificación a la observancia y perfección y mostrándoles el consuelo con que partía al cielo.

¹⁴¹ PO V, pp. 100-101.

A esta hora tomó el santo Cristo en sus manos y continuando su oración y sosiego, que era tanto que le juzgaban por ya difunto, y de cuando en cuando, volviendo del recogimiento, besaba los pies de Cristo.

Sabido a las ocho por él qué hora era, dijo: “Aún me falta tanto que estar en esta vida”. Y a las nueve dijo: “Aún me faltan tres horas”

Había pedido a los religiosos se recogiesen a descansar, que él avisaría a su tiempo. Quedáronse con todo eso allí muchos de ellos y algunos seglares, por gozar de su feliz tránsito.

A las diez, oyendo una campana, preguntó a qué tañían. Dijéronle que unas monjas tañían a maitines. Él añadió: “Yo, por la misericordia de mi Dios, los tengo de ir a decir con la Virgen Nuestra Señora al cielo”. Y diciendo de ella algunas alabanzas, entre ellas le dio de nuevo gracias por quererle llevar en su día, sábado.

Echó la mano a una soga que pendía sobre su cama para volverse. Alivióse por sí solo y sentóse en la cama diciendo: “Bendito sea Dios, qué ligero estoy”.

Hizo algunos actos fervorosos y pidió a los circunstantes dijese todos algunos salmos a Nuestro Señor. Dijéronle que comenzase él y con devoción comenzó el salmo “Miserere mei”; y diciendo él un verso y los circunstantes otro, acabaron este salmo y otros que comenzó...

Cosa de media hora antes de las doce, dijo: “Ya se llega mi hora”; para que avisasen a los religiosos. Y llegados, comenzaron a rezar la recomendación. Él pidió cesasen un poco y que le dijese algo de los Cantares. Repitióle el Prior algo de la letra de ellos. Y el santo, repitiendo algunas de aquellas amorosas sentencias, decía: “¡Oh, qué preciosas margaritas!”.

Poco antes de las doce dijo a un seglar que estaba cerca le tuviese el Cristo. Entonces metió ambos brazos debajo de la ropa y con sus manos compuso todo el cuerpo; y sacados los brazos, volvió a tomar en las manos el santo Cristo, a quien decía palabras tiernas. Y cercado el lecho de religiosos y seculares, le suplicaban se acordase de ellos en el cielo.

A este tiempo vieron muchos de los presentes una luz muy clara en forma de globo, que bajando de lo alto, cercó el cuerpo del santo. Y era tanta su claridad, que ofuscaba y no se veía la luz de veintitrés luces que había en la celda. Y en medio de esta luz se veía el siervo del Señor traspasado en amor de Dios.

Tocó la campana del convento a maitines acabando de dar las doce. Preguntó el santo: “¿A qué tañen?”. Respondieronle que a maitines. Y abriendo él sus ojos, pasólos por los circunstantes como despidiéndose de todos y con voz gozosa dijo: “Al cielo me voy a decirlos”. Y llevando el Cristo con sus manos al rostro, besó sus pies¹⁴².

SU MUERTE

Expiró al principio del sábado catorce de diciembre de 1591, el día y hora que antes había dicho, sin tener desfallecimiento o acción de persona que muere, entero en sus sentidos y habla y habiéndose él mismo compuesto su cuerpo. Quedó su cuerpo tan compuesto, que parecía estar vivo; saliendo de él y de todas sus cosas un suave olor.

Todos le besaban los pies y las manos y lo aclamaban por santo. Cuantas cosas se hallaron suyas o que hubiese usado de ellas, se dividieron entre seglares y religiosos, así de la misma Orden como de otras, por preciosas reliquias, cortándole cabellos, dedos y callos de los pies y arrancándole uñas. Y todos lloraban la soledad de un tal varón¹⁴³.

Al morir este santo, muchas personas buscaban reliquias. El padre Prior cedió la correa a doña Clara de Benavides, el breviario y un ejemplar de las Cuarenta canciones (Cántico Espiritual) a su esposo Bartolomé Ortega Cabrio. El enfermero fray Bernardo de la Virgen tomó una túnica interior para remitirla a doña Ana de Peñalosa, fundadora del convento de Segovia e hija espiritual del santo. Algunos se atrevieron a cortarle cabellos, uñas o pedazos de hábito, etc.

Dice el padre Bartolomé de San Basilio que *al cabo de un rato después que el santo murió, entró un hombre en el mismo convento de Úbeda dando voces, publicando que, estando él durmiendo con una mujer que no era suya, a la hora que en el convento tañeron a maitines y el santo expiró, que el mismo santo le había despertado; y abriendo los ojos había visto sobre sí dos espadas desnudas y que el santo le había librado de ellas, estando él desarmado; y así entrado en el convento, a voces decía este milagro y que el santo le había librado¹⁴⁴.*

¹⁴² PA IV, pp. 313-315.

¹⁴³ PA IV, p. 315.

¹⁴⁴ PO III, p. 95.

Según el padre Fernando de la Madre de Dios: *Luego que el santo expiró, este testigo, como era subprior del convento, acudió a disponer las cosas necesarias para enterrar el cuerpo del santo, y después el padre Mateo del Santísimo Sacramento y el hermano Diego de Jesús, lego y el hermano Francisco, donado. Quedaron en la celda del santo para amortajarle, y le dijeron a este testigo y a otros muchos que habían visto una luz desde el techo de la celda hasta donde estaba el cuerpo del santo que le rodeaba y cercaba a modo de un globo, lo cual se publicó en el convento; y asimismo doña Clara Benavides, cuñada de este testigo, persona que en la enfermedad del padre, le regaló y acudió, le contó a este testigo que la noche de la muerte del santo, estando acostada en su cama, (la señora estaba preñada) la criatura le dio grandes como golpes, de manera que la despertó, y le pareció, estando despierta, que el santo padre fray Juan de la Cruz estaba en el aposento y que era muerto; y esto no le causó asombro ni turbación, antes con mucho gozo y contento despertó a Bartolomé Ortega Cabrio, su marido, y le dijo: “¡Hermano! ¡El santo padre fray Juan de la Cruz es muerto!”. Y su marido le preguntó ¿cómo lo sabía?, y doña Clara le dijo lo que le había pasado. Y estando diciendo estas palabras, oyeron doblar en el convento, con que se certificaron lo que había dicho*¹⁴⁵

El hermano Francisco García declaró que, *después de muerto fray Juan, llevaron su cuerpo y lo pusieron sobre una alfombra a los pies de un altar donde caían y colgaban las cuerdas de las campanas. En el altar estaban unas insignias e imágenes y, dejando en el dicho puesto el cuerpo del santo, este testigo, cuando estaba cansado de doblar, se sentaba junto al cuerpo del santo sobre el cual se recostaba y durmió, porque este testigo se halló solo con él, y otros ratos volvía a doblar*¹⁴⁶.

Luego que se publicó la muerte del santo en esta ciudad, acudieron los religiosos y muchos eclesiásticos, caballeros y gente noble a venerar y acompañar el cuerpo del santo, por la fama de su gran religión y santidad; y vio este testigo que muchos religiosos y seglares le besaban los pies como a santo; y el doctor Francisco Becerra, hombre muy insigne y grave, Prior que a la sazón era de la iglesia parroquial de San Isidro de esta ciudad, predicó en sus honras, y dijo muchas alabanzas y grandezas del santo, a todo lo cual este testigo se halló presente. Y pocos días después, una noche, estando los religiosos en disciplina, oyó decir este testigo al hermano fray Diego de Jesús y al hermano Francisco de Jesús, que en el siglo se llamaba Francisco García, que habían visto una luz muy grande que salía del sepulcro del santo; y lo mismo oyó decir

¹⁴⁵ PO V, p. 150.

¹⁴⁶ PO V, p. 351.

*que habían visto el padre Francisco de Jesús Indigno y el padre fray Mateo del Santísimo Sacramento*¹⁴⁷.

El cuerpo del santo fue enterrado en la iglesia del Carmen del monasterio de Úbeda el 14 de diciembre de 1591.

EXHUMACIONES

Doña Ana de Peñalosa y su hermano Luis del Mercado tenían pedido y alcanzado del padre vicario General, Nicolás Doria, el permiso para que dondequiera que muriese el padre Juan de la Cruz pudieran trasladarlo a Segovia.

En setiembre de 1592 doña Ana de Peñalosa, con permiso del padre Nicolás Doria y del Consejo General, envió a Úbeda a Juan de Medina, oficial judicial de Madrid, para que trasladase el cadáver a Segovia; pero, al abrir el sepulcro, vieron que el cuerpo estaba demasiado entero y fresco para trasladarlo. Entonces, abriéndolo en canal, sacaron los intestinos y los llenaron de cal para que se secase; y lo volvieron a enterrar en el mismo sitio.

El 28 de abril de 1593 el mismo Juan de Medina volvió a Úbeda con el mismo fin y los mismos poderes. Abrieron el sepulcro y encontraron el cuerpo ya seco. Lo llevaron a Madrid a casa de doña Ana de Peñalosa, la cual, después de venerarlo, lo hizo llevar a Segovia en mayo de 1593.

Asegura el padre Fernando de la Madre de Dios que *en la primera exhumación le habían cortado al santo un dedo de la mano, para llevarlo a doña Ana de Peñalosa; y cuando lo cortaron, le manó sangre del dedo. Y de allí a algunos meses (el 28 de abril de 1593) volvieron los hombres, con grandes censuras y mandamientos de sus Superiores para que diesen el cuerpo. Y a hora de medianoche lo desenterraron y se lo llevaron en una caja con grande secreto. Y este testigo oyó decir a Álvaro Méndez y Bartolomé Sánchez de Mesa, vecinos de esta ciudad, que uno de los hombres que se hallaron a llevar el cuerpo volvió a esta ciudad y les había contado cómo, llevando el cuerpo lejos de esta ciudad, yendo fuera del poblado, en unos montes, habían oído una voz que decía: “¿Dónde lleváis el cuerpo del santo? ¡Dejadlo!”. Y no vieron qué persona las daba, y les causó miedo por ser en parte despoblada y llevarlo con el secreto que lo llevaban, que nadie podía tener noticia de ello. Y a este testigo le parece que la dicha voz sería del ángel custodio de esta ciudad, por llevarse de ella, como se llevaban, una prenda y tesoro tan grande*¹⁴⁸.

¹⁴⁷ Declaración del padre Fernando de la Madre de Dios; PO V, p. 151.

¹⁴⁸ Po III, p. 404.

Fray Bernabé de Jesús informa que, a la venida del cuerpo, *este testigo se halló en el convento de Segovia cuando allí llegó; y para quitarle de la cabalgadura en que venía él, le quitó y tomó en sus brazos y deslió y abrió el baúl en que venía y por su mano le puso en una arca, y notó que echaba de sí un olor de mucha fragancia, y este mismo olor despedía de sí antes que llegase al convento como referían muchas personas que se hallaron aquí presentes, y advirtiendo el olor habían venido siguiendo a las personas que le traían pensando lo que era; y la misma fragancia decían los portadores les había sucedido sentir en el camino que habían hecho con el santo cuerpo desde Úbeda a Segovia, diciendo que en algunas posadas y en otros pueblos y partes diversas a tiempos despedía este olor y fragancia, y tanto que muchos les preguntaban qué era lo que llevaban que tan bien olía...*

*El santo cuerpo se puso en medio de la capilla y fue muchísima la gente que acudió a venerarle; y entre ellos el señor obispo y corregidor, y de la gente que acudió a venerarle, unos daban rosarios que le tocasen, otros listones, otros tocas y otras cosas, y era tanta la gente, que en uno de los días que allí estuvo quebraron un pedazo de la reja de la capilla. Venía el santo cuerpo, vestido con hábito de religioso, y, aunque el prelado un día de estos lo quiso ocultar en la sacristía, no pudo por le obligar el término de la gente que llegó a venerarle*¹⁴⁹.

DEVOLUCIÓN DE SUS RESTOS

Al enterarse en Úbeda que se habían llevado el cuerpo del santo y que sus reliquias hacían grandes milagros, en febrero de 1596 decidieron recurrir a los Superiores de la Orden para que les devolvieran el cuerpo. Al no ser atendidos, la ciudad de Úbeda llevó el pleito a Roma, contra la Orden y contra doña Ana de Peñalosa, para que el cuerpo del santo fuese devuelto de Segovia a Úbeda. El Papa Clemente VIII, por el “Breve” *Expositum Nobis* del 15 de setiembre de 1596 así lo mandó, aunque sin llegar a ejecutarse por diversas causas. Antes del Capítulo general de 1607, el General de la Orden y la ciudad de Úbeda llegaron a un acuerdo por el que el padre Francisco de la Madre de Dios se comprometió a dar a la ciudad de Úbeda algunas reliquias insignes.

El padre Alonso de la Madre de Dios certifica: *A este testigo, siendo Prior del convento de Segovia, y a un padre definidor de la Orden se les cometió (encomendó) partiesen del cuerpo del santo dos reliquias, las que les pareciese, y las remitiesen a la ciudad de Úbeda.*

¹⁴⁹ Po V, p. 297.

Y este testigo delante de dos notarios y testigos abrió el sepulcro. Y habiendo todos venerado el santo cuerpo, cortó con sus manos una pierna y un brazo, lo que hay del codo a la mano, todo con su carne. Y envuelta cada parte de estas y luego ambas en sedas carmesí, las metió en una arquilla labrada al propósito, aforrada por dentro y fuera de lo mismo, tachonada de tachuelas doradas. La cual, cerrada y sellada con sus testimonios dentro, remitieron por dos religiosos carmelitas, socios de la provincia de Granada que habían venido al Capítulo general, al corregidor y ciudad de Úbeda ¹⁵⁰.

La cual la recibió con gran alegría y veneración, haciendo un auto de cómo la recibían, salvo su derecho que tenían a todo lo demás del cuerpo. El cual auto este testigo vio en el libro de Regimiento de Úbeda. Y conviniendo todos los regidores y corregidor, cortaron de la carne dos reliquias, para cada uno una pequeña partícula, y las dichas reliquias las colocaron decentemente en la iglesia de carmelitas descalzos al lado del evangelio del altar mayor en un nicho.

Y fue cosa maravillosa, que las tijeras de las hostias con que cortó este testigo la carne y los nervios que unen los huesos, cobraron un suave olor, el cual por muchos días conservaron. Y el mismo olor se sintió cuando se abrió el sepulcro en toda la capilla donde estaba. Y el mismo olor quedó por muchos días en la distancia que hay del sepulcro del santo a la sacristía, donde se llevaron a componer y estuvieron algunos días las reliquias, en cuanto se despachaban. Lo dicho sabe este testigo por lo haber visto y pasado por sus manos ¹⁵¹.

El 17 de abril de 1618 fue colocado su cuerpo en una urna preciosa, donada por los marqueses de Montealegre, y trasladado a una hermosa capilla. El 11 de octubre de 1927 su cuerpo incorrupto fue colocado en Segovia en el actual sepulcro.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Veamos algunos pocos de los innumerables milagros realizados por nuestro santo. El señor Cristóbal de la Higuera nos dice: *Sabe este testigo que hará año y medio, poco más o menos, hirieron a Bartolomé de Ventaja, vecino de esta ciudad (Úbeda) de una gran puñalada por los pechos debajo de las tetillas que le entraba a lo hueco y tenía una gran herida de que estuvo en peligro de muerte, de que se le recreció un gran dolor que no le dejaba dormir de noche, del que el dicho Bartolomé de Ventaja pensó acabar. Y este testigo lo*

¹⁵⁰ Era el 7 de setiembre de 1607.

¹⁵¹ PA IV, p. 318.

*visitó muchas veces y le dijo que se encomendase muy de veras al venerable fray Juan de la Cruz y que le haría traer una reliquia suya que estaba en el convento del Carmen para que la tocasen. Y Bartolomé se encomendó a él... Cuando volvió a ver (a Cristóbal), le dijo que le habían llevado la reliquia del pie del padre fray Juan de la Cruz y se la habían puesto sobre la herida. Y que, desde que le tocaron con ella, se le había quitado el dolor y la herida tenía mejoría. Y después sanó de ella y al presente está sano*¹⁵².

El padre Pedro de la Madre de Dios cuenta que estando en lo último de la vida, le sobrevino en el brazo derecho un mal que los cirujanos y médicos llaman aneurisma, el cual mal no se atrevían a curar ni cirujanos famosos del rey ni del reino por tenerle por cosa desesperada y sin remedio. Dábase la vida por horas y cada una se pensaba que era la postrera... Este testigo se volvió al santo y le encomendó la cura de su brazo, encomendándose muy de veras a él y, desconfiado de remedios humanos, tomó por postrero poner sobre su brazo un poquito de reliquia del santo diciendo a los médicos y cirujano que no quería que le curasen ni deber a nadie la vida sino al santo. Y así fue que, sin hacerse otro medicamento más que ponerse unos pañitos de vino sobre el brazo, de lo cual este testigo se reía, vino a alcanzar la salud, saliendo con vida. Y todos los cirujanos y médicos del rey se admiraron¹⁵³.

Declara doña Leonor de Fonseca: *Estando un niño hijo de esta testigo, que era de veinte meses, poco más o menos, que se llamaba don Rodrigo, holgándose en un corredor de su casa que sale hacia un huerto, que es muy alto, cayó del corredor a un estanque que está en el huerto, que no tenía agua. Y de la gran caída que dio quedó el niño como muerto, la cabeza muy disforme y abollada a un lado, sin habla y echaba sangre por los ojos y boca, narices y oídos y un ojo se le puso muy hinchado, de suerte que le juzgaban por muerto y que se estaba muriendo, según estaba el niño. Y para el mal le acudieron muchos remedios y entre otros le trajeron la reliquia del pie del santo fray Juan de la Cruz, la cual trajo el padre fray Francisco de Jesús María Ventaja, carmelita descalzo, y se la pusieron al niño. Y fue Nuestro Señor servido que dentro de poco rato de que le fue puesta la santa reliquia, volvió el niño y abrió un ojo y comenzó a mejorarse y dentro de tres o cuatro días se levantó y en breve tiempo acabó de sanar del mal. Lo cual, aunque hubo algunas medicinas en esta cura, esta testigo ni las demás que le vieron, no atribuyeron su sanidad a las medicinas sino a la merced que Nuestro Señor le había hecho por medio de la reliquia del santo padre fray Juan de la Cruz; por ver que tanto mal como el niño tenía se había atajado en tan breve tiempo y había sanado. Y así lo tuvo y tiene por milagro del santo y no por la virtud de las medicinas. Y por tal lo tuvieron las demás personas de casa*

¹⁵² PO III, p. 197.

¹⁵³ PO II, p. 266.

*de esta testigo y otras de fuera, que acudieron a ver la desgracia que al niño había sucedido y luego a su sanidad. Todo lo cual sabe esta testigo porque lo vio y se halló presente a todo*¹⁵⁴.

*En el convento de Segovia enfermó un religioso llamado fray Mateo de San José, de una recia fiebre que llegó a estar muy al cabo. Quedó de este mal con calentura y aspecto de ético (tísico) con una tristeza profunda y un mal recio de corazón que el médico llamaba gota coral porque de repente se le caían de los ojos muchas lágrimas y él temblando, sin juicio, se caía en el suelo, dando unos lastimosos gemidos y bascas (vómitos). Y vuelto en sí, la melancolía y dolor del cuerpo le duraba largo rato. Este mal le daba a menudo y le duró cosa de cuatro meses. Al cabo de este tiempo, este testigo notó y vio que el sobredicho estaba bueno, alegre y alentado y que no le daba su mal. E inquiriendo supo cómo se había ido al sepulcro del santo padre fray Juan de la Cruz como pudo y que, estando allí orando, rogando al santo le diese salud, se sintió bueno y sano de cuantos males tenía y con tales fuerzas y salud que le parecía que en su vida se hubiese hallado mejor ni con tales deseos de servir a Dios y al santo padre fray Juan. Y que sintió allí en la capilla del santo tanto gusto en estar allí que nada le tiraba a salir de allí; y que así había estado de esta vez en la capilla siete horas, no le haciendo mal el nuevo enladrillado ni el estar flaco*¹⁵⁵.

El padre Alonso de la Madre de Dios afirmó que oyó decir a fray Diego de Jesús que *en Úbeda donde estuvo enfermo y murió el siervo de Dios, habiéndole prestado la mujer del alcalde mayor al dicho religioso unas sábanas para el servicio de la enfermedad de la que murió, volviéndoselas llenas de materia de las que salían de sus llagas, las recibió con alguna aspereza, diciendo que para qué llevaban aquella porquería. Fray Diego le dijo que las llevaba así de propósito y que, cuando se viese en alguna necesidad, se valiese de ellas sin lavarlas, que experimentaría lo que Dios hacía por medio de ellas.*

*Ella dijo: “Qué ha de hacer Dios por estas podres”, y arrojó las sábanas detrás de un arca. Y después de pocos días, cayó su marido enfermo de una enfermedad de la que estuvo sacramentado y oleado. Y estándose muriendo, la mujer se acordó de las sábanas y de lo que el religioso le había dicho, y las trajo y las puso encima de la cama. Y luego se levantó el enfermo bueno y sano. Y de allí adelante las estimaba en mucho las dichas sábanas que no las daría por muchos ducados*¹⁵⁶.

¹⁵⁴ PO III, p. 318.

¹⁵⁵ Declaración del padre Alonso de la Madre de Dios; PA IV, pp. 322-323.

¹⁵⁶ PA IV, p. 557.

Fray Bernabé de Jesús por su parte dice *haber visto en la ciudad de Segovia una mujer muy sorda, la cual vivía junto a San Marcos, a la Fuencisla, y a esta mujer la conoció y vio ser sorda, y se llamaba la de Salamanca, por se haber llamado así su marido; y este testigo, siendo seglar y después religioso, la conoció y trató muchos años estando ella sorda y tan sorda que no oía las carretas que pasaban por delante de ella; y sabe este testigo que después teniendo esta mujer devoción al santo padre fray Juan de la Cruz acudió a visitar su santo sepulcro y andarle una novena para que Nuestro Señor le concediese que oyese ella, y vio este testigo que andando la novena al sepulcro del santo padre fray Juan oyó bien, y después en adelante siempre oyó por toda su vida, y esto lo sabe este testigo, por lo que dicho tiene, y por estar en el convento de Segovia de esta Orden cuando esto sucedió*¹⁵⁷.

Doña Clara de Benavides declaró que, *estando enferma de viruela una hija suya que se llamaba Ana, de un año, poco más o menos, y la enfermedad muy grave, porque todas las viruelas se le entraron en el cuerpo, que no le quedó sino una sola en la sien, grande, y habiéndole rajado dos veces con ventosas que le habían puesto, vino la calentura y mal a ponerla en tanto aprieto que la juzgaron por muerta y el licenciado Villarreal, médico, la desahució y dijo que se estaba acabando, porque ya tenía paroxismos y como que estaba boqueando, y había días que no mamaba. Y pareciéndoles que estaba expirando, le pusieron una luz y esta testigo le signó con la señal de la cruz y se apartó de allí para no verle expirar, porque le daría mucha pena, que la quería mucho esta testigo y su marido. Y, estando en esto, don Bartolomé Ortega, su marido, se acordó que tenía un dedo del santo padre fray Juan de la Cruz y fue por él y lo trajo y, encomendando la niña al santo, puso sobre la niña el dedo con la devoción que pudo y, en poniéndoselo, se quedó la niña dormida y sosegada y luego, al cabo de un rato, despertó y buscó el pecho del ama que la criaba y mamó bien y volvió tan en sí que la vieron luego buena y se lo fueron a decir a don Bartolomé que se había apartado de allí y no lo creía hasta que vino y la vio. La niña se levantó y comió a la mesa con esta testigo y su marido, y se arrojaba de los brazos de su mamá para querer andar. Y ese día por la tarde anduvo por la casa por sí sola con unas carretillas, como si no hubiera tenido mal ninguno ni tan grande enfermedad. Y cuando el licenciado Villarreal, médico, la vio, dijo que era milagro*¹⁵⁸.

Sor Isabel María de la Visitación refiere: *Un día halló a doña Juana de la Serna muy afligida, porque estaba un niño hijo suyo, de cuatro años, muy malo y para morirse, y viéndola esta testigo tan afligida y al niño tan malo, que decían estaba desahuciado de los médicos y que ya no le visitaban con la poca*

¹⁵⁷ PO 5, p. 296.

¹⁵⁸ PO V, pp. 73-74.

esperanza de su vida y que en tres días no había comido, esta testigo le dijo a doña Juana cómo iba a las monjas descalzas y que, si quería, les pedía una reliquia del siervo de Dios fray Juan de la Cruz, porque era gran santo y obraba Nuestro Señor muchos milagros por su intercesión. La cual, no solamente le respondió que lo hiciese, sino también se lo rogó y pidió con grande afecto. Y esta testigo habiendo llegado a la iglesia del convento, halló allí a doña María de Moya, que era una persona muy virtuosa, a quien pidió encomendara a Dios la salud del hijo de doña Juana de la Serna, porque estaba muy al canto para morir. Doña María de Moya le dijo que ella tenía una correa con que se solía ceñir su cuerpo el siervo de Dios fray Juan de la Cruz y que, tocando con ella a algunos enfermos, habían sanado y mejorádose. La cual dicha correa se la pidió esta testigo y la trajo y llevó a casa de doña Juana de la Serna; y se la puso sobre el cuerpo del niño, que estaba enfermo, y la tuvo encima buen espacio. Y antes de quitársela y de irse esta testigo a su casa, abrió el niño los ojos y pidió de comer y comió en presencia de esta testigo, no habiendo comido ni pedido en más de tres días. Lo cual se juzgó por gran milagro que nuestro Señor había obrado por intercesión de su siervo fray Juan ¹⁵⁹.

El padre Jerónimo de San José sabe que con una reliquia de carne del venerable padre que está en el convento de carmelitas descalzos de Calatayud, en el reino de Aragón, sucedió un caso milagroso. Llegó a la portería un clérigo y pidió al padre Prior un religioso para que fuese a predicar a las malas mujeres de la casa pública, que eran tres, y estaban tan pertinaces al cabo de la Cuaresma; y habiéndolas ido a predicar de casi todos los conventos de aquella ciudad, no solamente no se convertían, antes bien hacían burla de los predicadores... Envió el padre Prior a los dos religiosos, advirtiéndoles que les predicasen primero y que, si no se convertían, les diesen a “adorar” (venerar) una reliquia del venerable padre fray Juan que tenían en el convento.

Hízolo así el padre Juan Bautista, predicándoles media hora y, viendo su desenvoltura, le pareció que era perder tiempo. Y así les dijo: “No les pido ya que se conviertan, sino que “adoren” con mucha reverencia una reliquia de un santo de nuestra Religión que traigo conmigo. Respondió una: “Por mi fe, padre, cristianas somos, rosarios tenemos, enséñela que ya la “adoraremos”. Púsose ésta de rodillas y, en mirándola, apartó luego lo ojos, diciendo: “¿Qué tiene ahí, padre, qué figuras son esas de esa reliquia?”. Advirtió el religioso que se le demudaba el rostro y le dijo: “¿Qué tiene, hermana, qué la ha sucedido que se ha vuelto blanco el rostro?”. Ella respondió casi llorando: “Padre, yo veo aquí, en esta santa reliquia, una santa que está llorando y le puedo contar las gotas que derrama; tiene cabe sí un Cristo y una calavera; debe ser la

¹⁵⁹ PA IV, p. 452.

Magdalena que llora sus pecados. Digo, padre, que yo quiero llorar los míos y ofrezco no ofender más a Dios en toda mi vida”.

Llamó el padre a la otra de las dos que faltaban para que “adorase” la reliquia. Hízolo ella y le sucedió lo mismo que a la primera, que vio lo propio y se convirtió. Llamaron a la tercera, la cual mostró mucha aversión a mirarla, mas a ruegos lo hizo. Esta dijo no veía cosa alguna y no se convirtió ¹⁶⁰.

Sucedió luego que en el mismo tiempo de Semana Santa, que, predicando en la iglesia mayor de Santa María de la Ciudad de Calatayud un religioso predicador de la Orden de Santo Domingo y, hallándose estas dos mujeres convertidas con otras muchas gentes, que estaban convocadas a oír el sermón, se levantaron y públicamente en alta voz, delante de todos, dijeron y confesaron que ellas se habían convertido a Nuestro Señor, dejando su mala vida por medio e intercesión del venerable padre fray Juan de la Cruz, cuya reliquia les habían dado a venerar ¹⁶¹.

El padre Fernando de la Madre de Dios sabe que estaba trabajando el año 1614 en la casa y convento de esta ciudad (Baeza) Juan de Vera, escultor... y disparando y tirando una noche unos cohetes que él había hecho, le reventó uno en la mano con tanta furia y fuerza que le dio en un ojo tan gran golpe y con tanto rigor que dio con el dicho Juan de Vera a un lado y quedó todo el ojo encendido y oscurecido con la pólvora y fuego; el cual quedó tan atribulado por quedar sin vista en el ojo, por no ver con él nada, que todos los circunstantes entendieron lo había perdido o, por lo menos quedaría sin vista en él según estaba encendido y negro. Y como este testigo y los demás lo viesan así sin le hacer ningún remedio natural, le pusieron la reliquia del pie del santo fray Juan de la Cruz sobre el ojo, por haberlo pedido Juan de Vera con mucha devoción; y encomendándose a él con mucha confianza... se fue luego a recoger y a se acostar, dejándole la reliquia puesta sobre el ojo... y por la mañana, un hermano donado, que quedó en su compañía durante la noche, dijo a los religiosos y a este testigo cómo ya estaba Juan de Vera sano de su ojo, porque el santo padre fray Juan de la Cruz había hecho el milagro y se le había sanado... Y este testigo y otros religiosos fueron a la celda donde estaba a le ver y le vieron que estaba sano de su ojo ¹⁶².

Sor Catalina Bautista da su testimonio: Cuando Francisco de Yepes entregó el brazo del venerable padre en este convento (de Medina), apartándose los dos canillas para llevar una que llevó el prelado, hallé entre ellas un

¹⁶⁰ PA IV, p. 346.

¹⁶¹ Declaración del padre Juan Bautista; PA IV, p. 357.

¹⁶² PO V, p. 344.

*huesecito pequeño, como artejo de un dedo y lo guardé, trayéndolo conmigo como por reliquia. Y, estando con un religioso de esta Orden, me pidió si tenía algún hueso de él que le pudiese dar. Y yo le dije cómo tenía el dicho huesecillo. Y en presencia de otra religiosa que estaba presente lo partí con un cuchillo y martillo. Y habiéndolo partido por medio, salió del hueso tan grande olor y fragancia, cual nunca he visto, porque, aunque el hueso del brazo de sí da olor, no ha sido con tan gran fragancia como éste. Que yo y la otra religiosa quedamos admiradas de tan gran olor... Y hasta Flandes me lo han enviado a pedir*¹⁶³.

Y continúa diciendo: *Dios Nuestro Señor ha obrado y hecho muchos milagros. Como es que, estando la hermana Catalina de Jesús, religiosa de este convento (de Medina) con un muy gran dolor de estómago que le duró algunos años sin se le quitar, tan grande que la hacía tener grandes vómitos; y, aunque se le hicieron muchos remedios, nunca se la aplacó. Y sobreviniéndola sobre esto una grande enfermedad de tercianas y tericia, compadeciéndose de ella una religiosa, le dijo: “Hermana, tenga mucha fe y esperanza que voy por el brazo de nuestro padre fray Juan. Y trayéndolo, habiéndole comenzado la cesión de la terciana, haciendo como hacía, mucho tiempo que no dormía, se puso el hueso en el pecho y se quedó dormida. Y, en despertando, se halló con notable mejoría de manera que se le quitó la terciana y tericia y el dolor de estómago; que hasta hoy no le ha vuelto con hacer algunos años que pasó*¹⁶⁴.

La misma interesada, Catalina de Jesús, certificó en el Proceso de canonización: *Por la misericordia de Dios no me ha vuelto ni la tericia ni el dolor de estómago hasta ahora, aunque hace doce o trece años que pasó. Y desde entonces, me he hallado tan ágil y tan buena que no me ha curado médico de ninguna enfermedad. Lo cual he tenido y creído ser milagro de Dios Nuestro Señor por la intercesión de su siervo Juan y su reliquia*¹⁶⁵.

EL BRAZO DEL SANTO

Después que murió nuestro santo y antes de llevar su sagrado cuerpo a Segovia, los padres de Úbeda le cortaron un brazo para quedárselo como reliquia. Esta reliquia se la entregaron a la fundadora del convento de Segovia, doña Ana de Peñalosa, que vivía en Madrid. Queriendo el hermano del santo, Francisco de Yepes, ver el cuerpo de su hermano, fue a Madrid donde vivía doña Ana para que le diese las llaves del arca, donde estaba puesto el cuerpo del santo en Segovia.

¹⁶³ PA IV, p. 112.

¹⁶⁴ Declaración de Catalina Bautista; PA IV, p. 111.

¹⁶⁵ PA IV, p. 119.

Ella le dio las llaves y, juntamente, le dio el brazo del santo para que lo pusiesen junto a su cuerpo.

El padre José de Velasco manifiesta: Cuando Francisco de Yepes lo llevaba (el brazo), le sucedieron por el camino muchas cosas extraordinarias. Porque del brazo salía un olor de grande fragancia, en tanto que no solamente confortó a Francisco de Yepes y le recreó sus sentidos, sino que también en las posadas y otras partes donde llegaba con el brazo, salía el mismo olor, tan grande que le preguntaban qué era lo que llevaba consigo que tanto olía. Y el mismo olor tenían las llaves de la caja y las del arca donde estaba en Segovia su santo cuerpo del siervo de Dios, las cuales llaves llevaba consigo Francisco de Yepes. Y temeroso que, por ser tan grande el olor que salía del brazo, no se lo tomasen, iba prosiguiendo su camino.

Y un día, a cosa de las diez de la mañana, estando el día claro y sereno, se levantó de repente una tempestad y torbellino tan grande y de tanta oscuridad, que le cegó y desatinó de manera que no veía el camino ni podía abrir los ojos ni sabía por dónde había de ir. Paróse un poco, esperando que pasase aquella borrasca y tempestad oscura. Mas como durase embraveciéndose más los vientos, acudió luego Francisco de Yepes a Nuestro Señor y a su santo hermano fray Juan pidiendo favor para ser libre de aquel peligro. Se abrazó con la caja donde iba el brazo de su hermano, e hincado de rodillas, llamando con mucha aflicción a la Santísima Virgen Nuestra Señora, dijo: “Madre de Dios, a Vos me encomiendo y pido favor, por quien Vos sois y por los grandes servicios que os hizo mi hermano fray Juan de la Cruz cuando estaba en este mundo, que entiendo fueron muchos, que me libréis de tan grande peligro, como es éste en que estoy”. Apenas acabó estas palabras, cuando... al punto cesó y el día se quedó tan claro y sereno como antes de la tempestad.

Y volviendo en sí Francisco de Yepes, que estaba como muerto del espanto y del aprieto en que se había visto, agradeciendo a la Virgen Nuestra Señora el favor y merced que le había hecho en librarle por los agradecimientos de su buen hermano y prosiguiendo su camino muy contento y consolado, este mismo día en la tarde, antes de llegar a la posada, le anocheció. Y estando apenado y cuidadoso si se había de perder, por estar en despoblado y no saber bien el camino, oyó una voz que le dijo: “Pasa adelante, que yo te ayudaré”. Y dentro de breve rato le envió Nuestro Señor dos rayos de luz de mucha claridad y resplandor, de color de muy fino oro, que le pusieron el camino tan claro como si fuera de día; yendo Francisco de Yepes en medio de los dos rayos de luz, que le iban alumbrando hasta que llegó a la posada, llevando la reliquia del brazo sin temor. Y para más seguridad le envió Dios un perro grande de ayuda, muy manso, que le iba enseñando el camino hasta meterle en la posada. Y entrando en ella, se desaparecieron los dos rayos de luz y el perro se quedó guardando la

caja en que iba la reliquia del brazo, hasta que Francisco de Yepes acabó de dar de comer a su cabalgadura. Y tomando el brazo en su caja, lo fue a poner a recaudo. Y volviendo a buscar al perro para darle un pedazo de pan, se había ya desaparecido y así no le halló.

Y prosiguiendo su camino Francisco de Yepes, llevó la reliquia del brazo de su hermano hasta Segovia. Y no le dando lugar allí para ponerla con el cuerpo de su hermano, pasó con ella hasta esta villa de Medina y la entregó y puso en el convento de las descalzas carmelitas, donde la tienen con mucha estima y veneración ¹⁶⁶. Y hasta hoy dura el olor y fragancia que sale de la reliquia y brazo. Del cual, por la devoción que con el siervo de Dios fray Juan tenía el padre fray Gregorio Nacianceno, provincial que fue de las descalzas carmelitas, y por tener algo de sus reliquias, sacó la mitad del brazo para otro convento de la Orden ¹⁶⁷.

APARICIONES EN UNA RELIQUIA

Cuando Francisco de Yepes trajo la reliquia del brazo de su hermano de Madrid hasta esta villa (Medina), le dio la señora doña Ana un pedacito de carne del cuerpo de su hermano fray Juan de la Cruz, puesto entre dos viriles de vidrio en un cerco de cuerno negro, que por una parte tiene la carne y por otra un “agnus” de cera pequeño. Y luego que Francisco de Yepes la tomó en sus manos, muy consolado de tener reliquias de carne de su hermano, la llevó a la boca con grande veneración y estima de la mucha santidad que había conocido en el siervo de Dios. Y de ella salió un olor y fragancia que le consoló mucho sus sentidos exteriores e interiores. Y por la estimación que de ella hacía, la traía siempre al cuello. Y levantándose un día por la mañana, queriéndose poner al cuello la reliquia, como solía hacer, no la halló; y haciendo diligencias en buscarla, no pareció; porque una criada de su casa, barriendo el aposento, a vueltas de las serojas que barrió, sin advertir, la echó en la lumbre. Y sospechando Francisco de Yepes, viendo que no se hallaba, fue a buscarla entre el fuego y halló la reliquia en él y la sacó entera y sana, sin que se echase de ver que había estado en el fuego. Y con ser el cerco de cuerno y tener la dicha carne dentro y el “agnus” de cera y ser mucha la lumbre, no le tocó el fuego. Solamente en el cordón en que estaba asido el relicario y cerco de la dicha carne se quemó, sin tocar el fuego a lo demás, para mayor muestra de este milagro.

¹⁶⁶ Del santo brazo que dejó Francisco de Yepes en las carmelitas descalzas de Medina, sólo resta hoy un hueso de doce centímetros encerrado en un relicario de plata. En otras casas de la Orden del Carmen descalzo hay algún pedacito de hueso o carne, incluso en algunas de América como los antiguos conventos de México. Las carmelitas descalzas de Loeches veneran un dedo y otro los descalzos de Alba.

¹⁶⁷ PO II, pp. 57-58.

Y como Francisco de Yepes cada día sintiese más la soledad en que había quedado por la muerte del hermano fray Juan de la Cruz, pedía a Nuestro Señor que antes que él muriese, le dejase ver a su hermano en esta vida. Concedióselo Nuestro Señor. Porque un día, queriéndose poner la reliquia y pedacito de carne que traía en el cerco y, llegándola a la boca y a los ojos, como siempre que se la ponía lo hacía, muy claramente vio en el pedacito de carne a fray Juan de la Cruz, su hermano, con sus hábitos y capa blanca del Carmen. Y mirando con más atención vio a la Virgen Santísima Nuestra Señora, vestida con hábito del Carmen y con el Niño Jesús en brazos, y a sus pies estaba fray Juan de la Cruz. Enmudeció Francisco de Yepes con visión tan notable y mucho tiempo estuvo como fuera de sí. Acudió a Nuestro Señor para que le diese a entender qué era aquello. Y el Señor respondió a Francisco de Yepes que le había querido regalar, para que, mientras viviese, viese a su hermano fray Juan de la Cruz en aquel pedacito de su carne; y que el estar con él la purísima Virgen María era demostración de lo mucho que el siervo de Dios fray Juan la amó y sirvió y de la gran devoción que siempre la tuvo. Y así duró a Francisco de Yepes por toda su vida, que fue por más de diez años después que sucedió la primera vez, esta visión y milagro. Y a cualquiera hora del día o de la noche que quería, veía claramente todas las veces, aunque fuesen ciento, a la Virgen Santísima con su tierno Niño Jesús y al siervo de Dios fray Juan de la Cruz a sus pies.

Y no solamente Francisco de Yepes gozaba de esta visión, sino que quiso Nuestro Señor que se manifestase a otras muchas personas y que viesen lo mismo que Francisco de Yepes veía en el pedacito de carne de su hermano. Porque, aunque él lo quiso guardar en silencio, comunicando con su confesor este caso, no pudo ser tan secreto que no se divulgase. Y así viniendo al convento de descalzas carmelitas de esta villa (Medina) el provincial fray Gregorio Nacianceno, pidió esta reliquia y pedacito de carne del siervo de Dios. Y después que vio el milagro, llamó a Francisco de Yepes y le dijo que estimase mucho aquel don celestial¹⁶⁸.

La pequeña reliquia del santo padre Juan de la Cruz en la que se veían apariciones estaba encerrada en un cuerno negro de búfalo, entre dos cristales, que doña Ana de Peñalosa había dado a Francisco de Yepes en 1593. Francisco se la dejó como testamento a su benefactora Constanza Rodríguez. Estas apariciones, que comenzaron en vida de Francisco de Yepes a comienzos de 1594, continuaron por lo menos hasta la fecha del proceso de investigación de 1615, en que se determinó que las apariciones eran auténticas.

¹⁶⁸ PO II, pp. 58-59.

Francisco de Medina declaró: *El año 1615 me cometió (encomendó) el señor obispo de Valladolid, don Juan Vigil de Quiñones, que averiguase en esta villa (de Medina) y cualificase el milagro que se veía en un poquito de carne del tamaño de un real de a dos pequeño, que había del siervo de Dios fray Juan de la Cruz, que estaba y está en poder de Constanza Rodríguez. La cual reliquia mandé se trajese ante mí. Y en ella yo y muchas personas religiosas, letrados, pintores y otros caballeros, vimos diferentes figuras. Yo, la de Cristo Nuestro Señor crucificado y, al pie de él un bulto de fraile carmelita descalzo, con su hábito, puesto de rodillas. Y esto lo vi muchas y diversas veces... Y de las personas que llamé para este efecto, unos ven lo mismo que yo he dicho; otros, la imagen de Nuestra Señora con su precioso Hijo en los brazos y a un fraile carmelita descalzo; otros veían una paloma; y otros, diferentes cosas...*

*Hasta que un día, en presencia de muchas personas graves, religiosos y pintores, hice quitar el viril chiquito que cubría el pedacito de carne; y a vista de todos, con un alfiler, levanté las hebras de carne que eran como de azafrán y las saqué del viril en alto. Y luego las volví a poner en el encaje en que estaban, los de arriba abajo. Y se puso el viril delante de mí y de todos. Y volvimos a ver todo lo que va arriba dicho con gran consuelo y edificación mía y de todos*¹⁶⁹.

El obispo de Valladolid, Juan Vigil de Quiñones declaró la autenticidad de las apariciones el 23 de julio de 1615. El original del Proceso se guarda en la biblioteca Nacional de Madrid, en el manuscrito 12.738, con algunas miniaturas pintadas al óleo en pequeños óvalos de tres apariciones. En el Archivo Vaticano se conserva una copia notarial del Proceso.

APARICIONES DEL SANTO

Nuestro santo se apareció muchas veces después de muerto. Veamos algunas. *En la ciudad de Burgos se apareció muchas veces a una sierva de Dios, llamada Juana Rodríguez, monja que es hoy de la Orden de San Francisco... A esta religiosa se apareció con un resplandor de gloria y en diversas ocasiones. Unas veces acompañando el venerable padre a Cristo Señor Nuestro y otras a la Madre de Dios; otras en compañía de santos mártires, apóstoles y vírgenes*¹⁷⁰.

Sor Brígida de la Asunción declaró que *el venerable padre fray Juan de la Cruz, después de muerto, se apareció muy resplandeciente con el hábito de carmelita descalzo, lleno de estrellas, a la Madre Beatriz del Sacramento, que estaba tullida en la cama, religiosa muy virtuosa... Y, a la misma hora y al*

¹⁶⁹ PA IV, pp. 83-84.

¹⁷⁰ Declaración del padre Jerónimo de San José; PA IV, p. 353.

*mismo tiempo, se apareció también de la manera dicha a la Madre Ana de San José, religiosa a la sazón de este convento. Y el haber sido así estas apariciones sabe por haberlo dicho estas dos Madres religiosas. Y se ha conservado esta memoria entre las religiosas como cosa muy cierta, porque esta testigo las conoció y todo el convento las tiene por muy religiosas y virtuosas y personas de mucha verdad*¹⁷¹.

*En Bruselas, ciudad de Flandes, se apareció el año 1619 a la Madre Ana de Jesús Lobera... Estaba esta santa religiosa llena de enfermedades de gota que no podía mandar ni llevar la mano a la boca, habiendo pasado en este padecer mucho tiempo. Le apareció el venerable padre mostrándole las llagas y dándole a entender los íntimos dolores que él, en su última enfermedad, había padecido con paciencia, animóla a padecer, diciéndole lo mucho que aún le faltaba de pasar trabajos y el fruto que de ellos había de coger. Ella, confortada con esta visita, lo llevó todo con gran resignación por espacio de dos años. Y como el venerable padre le había dicho, murió al fin de ellos santamente*¹⁷².

El padre Jorge de San José anota que, *después de algún tiempo de haber muerto el santo padre fray Juan de la Cruz, en cierta ocasión supo este testigo del padre fray Diego del Sacramento, religioso de esta Orden muy virtuoso, persona que por ser tal había ido por Superior con otros padres a predicar a los reinos del Congo, donde hizo mucho fruto, supo este testigo del padre fray Diego del Sacramento que, habiendo ido desde el convento de Alcaudete, donde los dos eran conventuales, a predicar a un pueblo llamado Luque, que la noche antes que había de predicar le sobrevino una enfermedad repentina y tan apretada que le pareció acabaría aquella noche la vida. Y que, estando así, se le apareció el santo padre fray Juan de la Cruz y le había dicho que no sería nada la enfermedad y que predicaría al día siguiente, pero que se preparase para un trabajo grande que le había de suceder. Y habiéndole dado Nuestro Señor salud repentinamente, había predicado, acabado el sermón y vuelto al convento de Alcaudete. Como este testigo le confesaba casi de ordinario, le dijo cómo el santo padre fray Juan de la Cruz se le había aparecido y le había visto y le había dicho lo arriba referido y le pidió a este testigo lo encomendase a Dios, porque él no sabía qué trabajo había de ser el que le había de venir y el santo le había anunciado*¹⁷³.

Por otra parte, refiere Tomás Pérez que, *estando Francisco de Yepes en Salamanca, cayó enfermo y la Madre Priora, Ana de Jesús, lo hizo aposentar en una casa junto al convento y estuvo muchos días muy enfermo. Y su mujer, que*

¹⁷¹ PA IV, p. 226.

¹⁷² Declaración del padre Jerónimo de San José; PA IV, p. 352.

¹⁷³ PO III, p. 53.

*había quedado en Medina, estaba con mucha pena, pensando que su marido era muerto. Y en esta enfermedad, el venerable padre fray Juan de la Cruz, ya difunto, se le apareció con sus hábitos de fraile descalzo y le habló y consoló y dijo: “Si queréis sanar, haced lo que yo os dijere y estaréis luego bueno. Y yo consolaré a vuestra mujer”. Y lo que le dijo fue que hiciese traer un poco de vino de lo mejor que hubiese con mucho secreto y lo tuviese así a la cabecera de su cama. Y cuando nadie lo viese se lavase los pulsos y las sienas y bebiese un traguillo puro. Y que luego estaría bueno. Y con esto se desapareció su hermano. Y habiéndose traído el vino de la manera que le había sido mandado, siendo así que los médicos le prohibían que no bebiese vino puro, sino un traguito muy aguado, lavándose los pulsos y sienas y bebiendo un traguito, en poco tiempo fue mejorando y se halló bueno. Y, estando de esta manera, vino su mujer a visitarle por mandado de su confesor y se consoló mucho con su vista*¹⁷⁴.

El padre José Velasco cuenta: *Estando una vez en la villa de Olmedo Francisco de Yepes, muy afligido con varias tentaciones y tribulaciones apretadas del demonio, que le oscurecía el entendimiento y, turbándole, quería pervertirle la voluntad y engañarle; en este aprieto se le apareció el santo padre fray Juan de la Cruz, su hermano, con mucha luz y hablándole con palabras de mucho consuelo, hinchó su alma de gran gozo y desterró de él las tinieblas y tentaciones de Satanás que le oscurecían, y le quitó todo temor y dio ánimo para que prosiguiese adelante en sus buenas obras...*

Y como en otra ocasión estuviese Francisco de Yepes con algunos trabajos y penas interiores de su alma, se le apareció fray Juan de la Cruz con otros dos siervos de Dios, que venían del cielo; y con una música celestial y un cantar que se cantó entre ellos, quedó Francisco de Yepes consolado y animado por muchos días. Y, aunque todos le consolaron, pero muy particularmente su hermano y venerable padre fray Juan de la Cruz le consoló más con esta aparición y visita.

Y padeciendo Francisco de Yepes en otra ocasión muchas aflicciones y tinieblas interiores en su alma, se le volvió a aparecer otra vez el siervo de Dios, su hermano, en compañía de la Virgen Nuestra Señora y de muchos santos, llenando el aposento donde estaba Francisco de Yepes de gran luz y resplandores, mostrándose la Virgen que traía a su lado al siervo de Dios fray Juan de la Cruz, hermano de Francisco de Yepes. Con lo cual quedó libre de todas sus tinieblas y aflicciones del alma. Y llegándose el siervo de Dios fray Juan a su hermano, estuvieron los dos un rato en dulce y amigable conversación, hablando cosas del cielo; y luego comenzó a cantar un prefacio con tanta armonía y gracia, que le suspendió. Y en llegando al Sanctus, cesó la música y se

¹⁷⁴ PO II, p. 125.

fue el siervo de Dios fray Juan de la Cruz con la Santísima Virgen Nuestra Señora y los demás santos que con ella vinieron del cielo, quedando Francisco de Yepes con gran consuelo y gozo, dando gracias a Nuestro Señor.

Todo lo cual sabe este testigo, porque Francisco de Yepes, como a su confesor, se lo declaró y porque por orden de sus confesores lo dejó escrito y lo ha visto este testigo; y por otras relaciones fidedignas¹⁷⁵.

¹⁷⁵ PO II, pp. 62-63.

SEGUNDA PARTE CARISMAS Y VIRTUDES

DONES SOBRENATURALES

a) ÉXTASIS Y LEVITACIONES

Un suceso que pasó entre la Madre Teresa de Jesús y Juan de la Cruz ha pasado a la historia. Sucedió el 17 de mayo de 1573, fiesta de la Santísima Trinidad. Estaban los dos en el locutorio de la Encarnación y la sobrina de la Madre, Beatriz de Cepeda, los vio arrobados. Ella dijo al padre José de Jesús María (Quiroga): *Le dio ímpetu de oración (al padre Juan de la Cruz) que se levantó de la silla en pie. Preguntándole nuestra santa Madre, si era oración, respondió con llaneza: “Creo que sí”*¹⁷⁶. El padre José Quiroga la interrogó a Beatriz y ella confirmó que *los halló a entrambos arrobados*¹⁷⁷.

Sor Francisca de la Madre de Dios cuenta que estando una Cuaresma en el convento de Beas y *estando predicando en el locutorio, vio esta testigo que por dos veces se quedó arrobado y elevado y, vuelto en sí, disimuló diciendo: “¿Han visto qué sueño me ha dado?”*¹⁷⁸.

El padre Martín de la Asunción manifiesta: *A este testigo le sucedió llegar a darle recaudos algunas veces y tratarle de cosas, y no le respondía a una o dos veces que se las repetía; y este testigo le solía preguntar si estaba sordo; y el santo le solía decir: “¡Calla!, que no estoy sordo, sino en otras cosas que no entiende”. Y excusaba por los modos que podía, el arrobarse estando tratando cosas de Nuestro Señor, y se solía apretar el cilicio que traía puesto, para que con aquellos dolores volviese en sí, y muchas veces ayudándole este testigo al santo a misa, echaba de ver que en el momento de la misa solía como arrobarse, encogiendo los hombros y demudando (cambiando) mucho el rostro, y a este testigo le parecía que estaba mucho más largo en la estatura del cuerpo*¹⁷⁹.

¹⁷⁶ Manuscrito 12.738, fol 985 de la BNM.

¹⁷⁷ *Historia de la vida y virtudes del venerable padre fray Juan de la Cruz*, Bruselas, 1628, cap. 23, p. 182.

¹⁷⁸ PO V, p. 170.

¹⁷⁹ PO V, p. 88.

El padre Juan Evangelista, entrando una vez en la celda del padre fray Juan en Segovia, *lo vio que estaba en suspenso y como que volvía de algunos éxtasis o raptos. Y llegando a él, viéndole así, le preguntó este testigo que qué tenía; y le respondió: “Estaba yo durmiendo”. Y este testigo le importunó le dijese lo que era y lo que por él había pasado, porque le veía muy de otra manera que solía. Entonces el padre fray Juan le dijo a este testigo: “No diga jamás lo que le digo a persona alguna”. Y este testigo le dio palabra de ello. Y así como a su confesor que este testigo era, le dijo una revelación que había tenido acerca de las cosas de la Religión*¹⁸⁰.

b) RESPLANDORES SOBRENATURALES

Beatriz de Alemán dice: *Esta testigo sabe que, en vida del venerable padre sucedió que fue a confesarse con una tía suya llamada Ángela de Alemán al convento del Carmen (de carmelitas descalzos) con el venerable padre fray Juan de la Cruz. Y habiendo hecho que lo llamasen para este efecto, vino a un confesonario de la iglesia. Y, después de se haber confesado con él su tía, esta testigo entró a confesarse en el confesonario. Y, entrada dentro, volvió para la puerta, porque era un confesonario cerrado. Y el padre fray Juan estaba por la parte de adentro, también cerrada la puerta por donde él había entrado. Echó bien de ver que no quedó luz ninguna de la una y otra parte, porque a quedar cualquiera de las puertas abiertas, en fuerza se comunicase la luz por el rayo que había por donde se oía a los penitentes y personas que se confiesan.*

Y, estando así, tan oscuro y sin luz alguna, estándose persignando para entrar en su confesión esta testigo, levantó los ojos y vio un gran resplandor y luz dentro del dicho confesonario, que parecía que estaba bañado de sol y causándole maravilla, miró con más atención y vio muy a lo descubierto como si no hubiera embarazo de por medio ni oscuridad, el rostro del venerable padre.

*Y salida del confesonario, lo comunicó con Ángela de Alemán, su tía, y le dijo lo que había visto. Y ella le respondió a esta testigo y dijo que ella había visto lo mismo, estándose confesando en el confesonario cerrado. Y con lo que ella había visto y su tía le dijo, esta testigo le pareció ser obra de Nuestro Señor y muy maravillosa*¹⁸¹.

¹⁸⁰ PO III, p. 43.

¹⁸¹ PA IV, p. 365.

El señor Miguel de Angulo declaró: *Un día, yendo este testigo a verle, le dijeron que estaba el santo en un confesonario, adonde ordinariamente solía confesar, que era bajando por la escalera de la iglesia vieja, debajo de la propia escalera, y así como este testigo llegó a abrir la puerta, vio grandísimo resplandor y esto, no por una vez, sino por tres veces en diversos tiempos. Y diciéndole este testigo que qué luz era aquella, que se lo dijese, le respondió el santo: “Calla, bobo, no digas nada”*¹⁸².

Según declaración del sacerdote Alejo Monago, *de su sepulcro, las noches inmediatas y algunos días después de su muerte, salía una gran luz*¹⁸³.

El hermano Diego de Jesús anota que el día que murió el santo *encima de su lecho vio tanta luz y claridad sobrenatural que dos velas y un candil que allí había quedaron como oscurecidas y parecía que se les había puesto una niebla encima, según fue la claridad que encima del cuerpo difunto se puso. Y juntamente con esto vio que quedó un gran olor, no sólo en la celda donde falleció, sino donde llevaron su cuerpo*¹⁸⁴.

Igualmente el hermano Francisco García declaró que *al ver cómo el santo partía tan santamente de esta vida... vio sobre la cama del santo, en el techo de la celda hacia la parte de los pies, una grande y hermosa luz, como redonda, que despedía de sí tanta claridad que no se echaba de ver la que daban en la celda de veintidós ó veintitrés luces que había en este tiempo en la misma celda, porque había en un altar cinco velas y las demás luces tenían los religiosos en las manos en velas y candiles encendidos*¹⁸⁵.

Un religioso grave de la Orden de Santo Domingo, siendo aún seglar, entró un día en un monasterio nuestro (de Baeza) bien descuidado de tomar otro estado más perfecto y encontróse con el padre fray Juan de la Cruz que acababa de decir misa y salía de su rostro tan admirable resplandor que le deslumbró los ojos, y pasando al corazón le pegó el fuego de donde el resplandor procedía, con tan eficaz moción que desde allí salió resuelto a ser religioso y fuélo tan de veras que, cuando contó esto, era maestro de novicios de un monasterio grave de su Orden y muy

¹⁸² PO V, p. 265.

¹⁸³ PA IV, p. 251.

¹⁸⁴ PO II, pp. 300-301.

¹⁸⁵ PO III, p. 188.

*de ordinario decía a nuestros religiosos que a la nuestra debía su vocación*¹⁸⁶.

c) PROFECÍA

Este don de conocer acontecimientos futuros por revelación de Dios fue frecuente en san Juan de la Cruz. Conozcamos algunos de estos casos.

*Entrando un día en la celda del varón de Dios el padre Juan Evangelista, su socio y confesor, hallóle de rodillas en oración, yerto y arrobado. Viéndole así, vio cómo el santo, algo acongojado, levantando la voz, comenzó a decir: “Deténganse padres, deténganse, no se entren tan adentro, se van a ahogar”. Y parecía sentía pena de verlos proseguir adelante. Vuelto en sí del raptó, en buena ocasión refirióle el compañero lo que había oído decir en aquella ocasión y le suplicaba le dijere qué era lo que Dios le había entonces manifestado. Él quisiera excusar el decirle lo que había visto, mas el verse importunado de persona de secreto y confesor suyo, le movió a hacer lo que le pedía. Le dijo: “Veía a nuestro padre vicario general y a sus definidores que por su pie se entraban en la mar hasta un piélagó adonde, engolfados, se ahogaban; y viendo yo el piélagó adonde se iban a entrar, dábales voces que no pasasen adelante, que iban a ahogarse. Ellos, no creyéndome, pasaban adelante y ahogábanse. Dióseme a entender que estos padres se meterían en averiguar los hechos del padre fray Jerónimo de la Madre de Dios Gracián para echarle de la Orden y yo les impedía, mas, no obstante, pasarían con ello al fin. Esto es, padre, lo que por mí pasó*¹⁸⁷.

Aclarando este punto. El padre Luis de San Ángel certificó que en el Capítulo provincial de Lisboa el año 1586, tratando el padre Gracián, que era provincial de toda la Congregación de los descalzos carmelitas, con el siervo de Dios de que quería hacer provincial y sucesor al padre fray Nicolás de Jesús María, alias Doria, que a la sazón estaba en Génova fundando un convento, le respondió el siervo de Dios que no lo hiciese, porque, si el padre fray Nicolás salía provincial, había de quitarle el hábito de descalzo al dicho padre Gracián¹⁸⁸. Y así le sucedió, que no habiendo creído al siervo de Dios lo que le dijo y aconsejaba, al poco tiempo el padre Nicolás quitó el hábito al padre Gracián con gran sentimiento de los

¹⁸⁶ Declaración del padre José de Jesús María (Quiroga), libro I, c. 30, p. 173.

¹⁸⁷ Juan Evangelista, BMC XIII, pp. 385-386.

¹⁸⁸ Este hecho de haberle expulsado de la Orden al padre Jerónimo Gracián, que tuvo que hacerse fraile carmelita calzado y murió en Bélgica, fue el acontecimiento más triste y trágico de la historia de la Reforma de los frailes carmelitas descalzos en España.

religiosos de la Orden. Y entre ellos se tuvo por profecía del siervo de Dios ¹⁸⁹.

Sor Ana de San Alberto recibió del padre fray Juan Evangelista el siguiente testimonio: *Saliendo un día de Granada con el venerable padre fray Juan de la Cruz, le pareció que salía con ánimo de caminar aprisa y le preguntó que adónde iba y caminaban tan a prisa. A lo cual había respondido: “Vamos a tal convento por si pudiese estorbar la profesión de una monja, porque ha de ser ocasión de algunas inquietudes a la Religión”* (Orden); y cuando llegaron al lugar adonde iban, ya había acabado de profesar la monja. Y después se había visto ser verdad lo que el venerable padre había profetizado ¹⁹⁰.

Sor María de la Encarnación dijo en el Proceso: *Cuando el santo padre fray Juan de la Cruz partió del convento de Segovia al Capítulo de Madrid, era grande el deseo que esta testigo y sus monjas tenían de que viniese por provincial a esta provincia de San Elías, y que, viniéndose a despedir de todas, ella le habló y dijo: “Padre, quizá saldrá Vuestra Reverencia por provincial de la provincia”. Y el santo le respondió: “Lo que acerca de esto yo he visto, estando en oración, es que me echarán a un rincón”. Y sucedió así, quedando sin oficio* ¹⁹¹.

El padre Juan de San Ángel informó en el mismo Proceso: *El año 1588 por el mes de marzo, estando el santo padre fray Juan de la Cruz en el convento de Granada por Prior y este testigo súbdito suyo en el mismo convento, soñó una noche que celebraban fiesta y rezaban de la santa Madre Teresa de Jesús. Este sueño le contó este testigo al venerable padre fray Juan delante de los religiosos del convento, y el santo padre respondió: “Efectivamente, antes que muera lo verá”. En lo que parece que tenía algún espíritu particular de profecía, pues tantos años antes dijo lo que había de ver y ha visto este testigo, que es celebrar fiestas y rezarse de la santa Madre* ¹⁹². Se refería a la beatificación de la Madre Teresa que el padre Juan de San Ángel pudo celebrar en su vida.

¹⁸⁹ PA IV, p. 395.

¹⁹⁰ PO V, p. 198.

¹⁹¹ PO V, p. 218.

¹⁹² PO V, pp. 68-69.

d) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de cosas que sólo pueden ser conocidas por revelación sobrenatural. El padre Martín de la Asunción cuenta el siguiente caso: *Estando en el convento de la ciudad de Granada, un hombre fue a pedir el hábito, y el Prior y algunos de los religiosos viendo su buen término y que tenía habilidad y era buen estudiante, les pareció darle el hábito y lo comunicaron con el venerable padre fray Juan de la Cruz, el cual dijo no convenía le diesen el hábito; y diciendo el Prior y maestro de novicios que por qué razón no convenía, respondió que no se lo diesen, porque si se lo diesen, a los pocos días verían la razón, por la que no se lo habían de dar; y en efecto, le dieron el hábito, y de allí a pocos días vino al convento la mujer del fraile y dos hijos, dando voces que le diesen a su marido, porque el susodicho era casado; y así le quitaron el hábito y lo despidieron, y se fue con su mujer.*

Y asimismo, estando en el convento de la ciudad de Granada, en cierta ausencia que el santo había hecho del convento a un lugar cerca de Granada, el Prior y demás religiosos recibieron por frailes a dos hombres, que el uno era de misa y el otro de Evangelio, y, cuando el santo volvió al convento, le dijeron el Prior y religiosos de cómo habían recibido dos frailes muy honrados, que uno era presbítero y el otro de Evangelio (diácono) y el santo subió al noviciado a verlos y les habló y estuvo con ellos, y luego que bajó, dijo al Prior y a algunos religiosos, que el fraile que tenía el bigote blanco les había de dar un mal rato, que se iría a su casa; y era así, que el fraile de Evangelio tenía bigotes blancos y de allí a algunos días se fingió que tenía apoplejía y alborotó el convento y llamaron el médico, y, después de haberle visitado, dijo que hicieran unas ligaduras en los muslos y brazos y se las hicieron y otros remedios, y después el médico y los demás echaron de ver que era fingido... y así le quitaron el hábito y lo despidieron¹⁹³.

Otro testimonio lo da doña María de Paz: *A los principios que se confesó con él, andaba con pensamientos o tentaciones si se determinaría a tomarle por confesor y confesarse siempre con él. Entre otros pensamientos con que le apretó (el demonio) fue uno en decir esta testigo si se había de atar a confesar con un hombre que parecía no ser letrado; si le entendería o no. Esto pasó a solas dentro de su pensamiento, que no lo comunicó con ninguna persona. Y un día, cuando andaba en esto, viniendo a confesarse con él, le dijo el santo padre fray Juan: “Hija, letrado soy, por mis pecados”. Y, queriéndose excusar esta testigo,*

¹⁹³ PO V, p. 89.

*aunque entendió bien que lo decía por haber conocido su tentación, porque de otra manera no lo podía saber; y diciéndole que por qué le decía aquello, el santo padre le dijo: “Hija, habéislo menester y, por eso, lo digo”*¹⁹⁴.

Según sor Matía de la Madre de Dios, *cuando era novicia confesóse con él muchas veces y en la confesión, antes que esta testigo le declarase sus pecados, se los decía y revelaba él. Y otras veces, diciéndole esta testigo que no estaba para confesarse, le decía el siervo de Dios que no se confesase, que él quería confesarla y decirle todos sus trabajos y aflicciones y lo que sentía su alma. Y así le decía lo interior de su alma. Por lo cual, quedaba con nuevas renovaciones y deseos de servir a Dios Nuestro Señor con más fervor*¹⁹⁵.

Sor Agustina de San José dice: *Esta testigo entró en la Religión contra la voluntad de su madre y deudos (familiares), porque la querían poner en otro estado. Y, viendo las dificultades y pesadumbres que se siguieron de su entrada, tuvo y le siguió a esta testigo una tentación del demonio, pareciéndole que sería servicio de Dios volverse al siglo y excusar las dichas pesadumbres y las que se le daban al convento. Y nunca jamás esta testigo lo comunicó con persona alguna ni lo dio a entender. Y un día, viniendo el siervo de Dios al convento de descalzas, dijo que llamasen a esta testigo. Y, estando a solas con él le dijo que no tuviese pena ni cuidado de lo que traía o imaginaba, porque Dios la quería para religiosa. Y de esto quedó admirada, porque le pareció le miraba su interior y le decía lo que le pasaba sin haberlo comunicado con persona ninguna*¹⁹⁶.

Sor Isabel de Jesús da su testimonio: *En el tiempo que ella se confesaba con el padre fray Juan de la Cruz, no tenía un día disposición interior para decirle una cosa de su alma, la cual no podía saber nadie por ningún camino. Y el venerable padre le dijo: “Otra cosa tiene, dígala”. Y respondió esta testigo, dando a entender que no tenía otra cosa. Y el siervo de Dios le replicó: “Sí tiene, yo lo sé”. Y viendo que era verdad, se lo dijo*¹⁹⁷.

El padre Martín de la Asunción recuerda que, *estando en el convento de San Roque, de la ciudad de Córdoba, un día cerca de la Pascua de Navidad, llevaron al convento unas cajas de conserva y el*

¹⁹⁴ PO V, p. 46.

¹⁹⁵ PA IV, p. 502.

¹⁹⁶ PA IV, p. 449.

¹⁹⁷ PA IV, p. 207.

padre fray Juan de la Cruz le mandó a este testigo las alzase, y guardase para las noches de Pascua dar colación a los religiosos; y así este testigo llevó las cajas y alzó en una alacena, que no tenía llave más de un cerrojo, y un día de los de Pascua, el santo le dijo a este testigo: “Traiga aquellas cajas para repartir entre los padres”. Y este testigo fue por ellas y no las halló donde las había dejado. Y volviendo al venerable padre fray Juan de la Cruz, le dijo en secreto que las habían llevado. Y el padre fray Juan se paró un poco y dijo a este testigo: “Vaya a la celda del padre Fulano. Allí en un tejadillo que está fuera de la celda, las hallará, tráigalas”. Y este testigo fue y las halló donde le había dicho, y se las trajo, y después, pasadas las Pascuas, llamó al fraile que así se había llevado las cajas y, reprendiéndole lo que había hecho, lo negó, y le dijo: “No niegue eso, que el modo con que las llevó fue que en la túnica las echó y las trabó con tres alfileres”; y visto el fraile que le había dicho lo que pasaba, vino a confesar que era verdad, que lo había hecho ¹⁹⁸.

Según declaración del padre Juan Evangelista, él oyó decir a doña Juana de Pedraza que *algunas veces, escribiéndole al siervo de Dios a Segovia, donde él estaba, algunas necesidades de su alma, halló las respuestas de ellas en su carta el mismo día que ella le escribía ¹⁹⁹.*

El padre Miguel de Jesús asegura que, *escribiéndole una monja de Caravaca a Granada al siervo de Dios, dándole parte de muchas cosas interiores y espirituales que padecía y, teniendo la dicha monja la carta en la mano para remitírsela, le dieron una carta que era del siervo de Dios, en que le respondía a la carta de la dicha religiosa, como si la hubiese recibido ²⁰⁰.*

Yendo a fundar el monasterio de religiosas de Madrid, al pasar el río Guadiana, viniendo de Malagón, el carro de las monjas, con todo lo que llevaban dentro se mojó, a pesar de ser bien alto. Sin embargo, el santo que pasó en un jumentillo pasó de largo sin haberse mojado, pareciéndoles a todas que pasaba asentado sobre las aguas, llevando los ojos levantados al cielo.

Llegado a Malagón, habiendo parado en el convento de descalzas, pidió que llamasen a la Madre Jerónima del Espíritu Santo, la cual estaba muy afligida. Llegada al locutorio, la consoló descubriéndole el problema. Ella preguntó quién he había hablado de su aflicción, y él

¹⁹⁸ PO V, p. 89.

¹⁹⁹ PA IV, p. 532.

²⁰⁰ PA IV, p. 538.

*respondió: “Viniendo por el monte que pasamos aquí cerca, me mostró Dios el estado de su alma”*²⁰¹.

*El padre Alonso de la Madre de Dios vio muchas veces y experimentó en su persona y en los demás religiosos que (el padre Juan) conocía los corazones y veía lo que en ellos pasaba. Como le sucedió a este testigo que un día bajando por la escalera del convento de Baeza, encontrándose con el siervo de Dios, le dijo: “¿Para qué va pensando en eso? Si otra vez veo que piensa en esas cosas, le tengo que castigar”. Y otras veces, estando con algunas tentaciones secretas, así este testigo como otros religiosos, entrando en recreación, mirando a los religiosos, el siervo de Dios, conocía en ellos lo que pasaba y les daba remedios para que venciesen y quitasen estas tentaciones sin que ellos las manifestasen, y ellos se hallaban libres de ellas*²⁰².

Fray Bernabé de Jesús se acuerda que pasando una noche el santo padre fray Juan por cierta parte del convento de Segovia en hora de silencio, encontró dos religiosos sacerdotes hablando, y el santo con sólo mirarlos, sin les decir nada, les advirtió y corrigió por entonces sus descuidos con que se recogieron; y el día siguiente, estando en recreación, el santo padre juntó a los dos y dijo, riéndose, al uno: “Dígame al oído de qué trataron anoche cuando los encontré”, y él le dijo: “Tratábamos tal cosa”. Y vuelta la cabeza al otro, le preguntó lo mismo, y él respondió tal cosa tratábamos, y ambos no dijeron verdad. Entonces el santo les dijo: “No es así, porque no hablaban sino esto, y era así, que los dos quedaron admirados cómo Dios se lo había mostrado, sabiendo ellos que nadie les podía haber oído, con que se confundieron. Otra vez le sucedió a este testigo que llegando a él un religioso y estando los dos a solas, donde nadie los podía oír, el religioso, persuadiendo a este testigo, le dijo dejasen su Orden y se fuesen a la gran Cartuja; dándole razones de conveniencia y que allá serían unos santos, acabaron la plática.

Llamando después de ella el santo padre fray Juan a este testigo, le refirió la plática y lo que aquel religioso le había dicho a este testigo, y queriendo este testigo ocultarlo le dijo el santo: “Yo sé que es así”, y preguntándole este testigo quién se lo había dicho, añadió el santo padre que Dios. Y así este testigo quedó admirado y lo confesó y el santo le dijo era una gran tentación y engaño del demonio y que no le diese lugar ni pensase en tal cosa, que había de parar en mal si tal hacía, y que huyese

²⁰¹ Declaración de sor Ana de Jesús, Manuscrito 12.738, fol 813 de la BNM.

²⁰² PA IV, p. 556.

de aquel religioso; y este testigo, con las palabras que le dijo el santo padre fray Juan, sintió se le había confortado el corazón para no pensar tal cosa y echar de sí aquel religioso que después paró en mal. Una noche, a deshora, salió el santo padre fray Juan de su celda y fue a la de este testigo y le dijo: “Hijo, fray Bernabé, vaya a tal parte (nombrándole la parte y lugar), y quíteme una escalera que han puesto allí, y de lo que digo y viere no me sepa nadie cosa”.

Y fue este testigo y halló puesta una escalera por donde una persona que él conoció quería subir y hacer un pecado grande, el cual pensaba no sabía nadie, mas no era así, porque lo sabía este santo a quien se lo reveló Dios en su celda para que remediase aquel mal. Y asimismo dice este testigo que, estando un día en la mañana con el santo padre fray Juan en la celda, que estaba purgado en la cama, le dijo el santo padre: “Vaya, hijo, a la iglesia y a una mujer que hallará entrando en ella, que me busca, dígame que hoy estoy en la cama y no puedo bajar a tratar con ella el negocio para que me busca”. Y este testigo le replicó: “Padre nuestro, ¿cómo sabe vuestra reverencia que viene esa mujer ahora?”. El santo le dijo: “Vaya, hijo, que así es”. Y fue así, porque bajando este testigo, vio entraba la mujer en la iglesia y le dio el recado que le había mandado el santo padre fray Juan, de que este testigo se admiró.

Y asimismo vio este testigo por se haber hallado presente, que la postrera vez que el santo padre fray Juan partió de Segovia y fue a Madrid al Capítulo, y estándose despidiendo de doña Ana de Peñalosa Mercado, fundadora del convento de Segovia, de quien el santo padre era confesor y padre espiritual, sintiendo ella su ida, le dijo: “Padre nuestro, ahora se nos va y nos deja, ¿quién ha de tratar y enseñar mi alma? ¿Cuándo le hemos de volver a ver? “. Y el santo, consolándola, entre otras palabras le dijo: “Calle, hija, que presto enviará ella mí y me verá”, lo cual se cumplió presto así y se tuvo por profecía, porque muriendo en Úbeda dentro de cinco meses el santo padre, esta señora por la santidad del santo padre fray Juan, habidas licencias de los Superiores, envió por el cuerpo del santo, y así, trayéndole a su convento de Segovia, le vio esta señora como el santo lo había dicho, lo cual notaron este testigo y otras personas que se hallaron presentes, y cuando lo vieron cumplido, lo tuvieron por cosa maravillosa²⁰³.

²⁰³ PO V, pp. 294-295.

e) MILAGROS EN VIDA

En la ciudad de Ávila ocurrió un milagro que refiere sor Ana María, carmelita calzada: *Antes que prendiesen al santo padre fray Juan le sucedió al santo una cosa miraculosa con una señora monja de este convento, llamada doña María de Yera, la cual enfermó; y un día, habiendo precedido muchos remedios, llegó a lo último, de suerte que las monjas la juzgaron por muerta, y así se decía y hablaba de ella, porque no se bullía ni sentía en ella acción alguna de persona viva; y enviaron a llamar muy aprisa al santo padre fray Juan de la Cruz y él y su compañero, acudiendo luego, entraron en el convento, y llegando a la cama de la enferma o difunta, y habiéndola visto así, dijo al santo padre fray Juan esta testigo: “¡Padre! ¿Cómo ha sido esto? Buena cuenta ha dado de su hija, pues se le ha muerto sin confesar ni sacramentos”. Entonces el bienaventurado padre, sin hablar palabra ni responder a lo que se le decía, se bajó al coro de la iglesia, y puesto de rodillas ante el Santísimo Sacramento, se estuvo allí en oración, hasta que después de un buen rato de tiempo le volvieron a llamar, porque la difunta (que así se pensaba lo era), había vuelto en sí, y entonces el bienaventurado padre dijo a esta testigo: “¡Hija! ¿Está contenta?”. Ella respondió que sí, y con palabras le mostró grande agradecimiento. Llegado cerca de la enferma la confesó, estando ella con muy gran sujeto y le dio los sacramentos, y después de haberlos recibido, estuvo la enferma muy en su ser, haciendo muchos actos de virtudes con grande edificación a que la alentaba y ayudaba el santo padre fray Juan; con que murió quedando como un ángel, lo cual atribuyó esta testigo, a milagro hecho por el santo padre fray Juan de la Cruz. Y hará cuarenta y dos años, poco más o menos, que sucedió²⁰⁴.*

En una ocasión llevó por compañero al padre Jerónimo de la Cruz, entonces estudiante de teología, el cual nos dice: *Haciendo un viaje al convento de nuestras Madres de Beas, quiso le acompañase yo desde Baeza donde vivíamos; y saliendo ambos por la puerta de una casa que habían comprado las Madres para la iglesia y la estaban descubriendo, cayó una teja de razonable altura y me dio en la cabeza, y se hizo muchos pedazos. Iba el padre delante, y dije yo: “Oh, padre nuestro, que me han descalabrado”. Y él creyó había dado en una peña que estaba en la puerta, y, volviendo aprisa por lo que yo dije, me refregó su mano por la cabeza, diciendo: “Ea, que no será nada”. Y así fue que ni hallé sangre y a lo que me acuerdo ni sentí de allí adelante dolor²⁰⁵.*

²⁰⁴ PO V, p. 304.

²⁰⁵ Manuscrito 12.738, fol 639 de la BNM.

Martín de la Asunción también fue una vez su compañero de camino. *Y yendo este testigo con el santo y otro donado que se llamaba Pedro de Santa María desde Porcuna para La Manchuela, el donado, en una cuesta que se hace en el camino, al bajar de Porcuna para el río Salado corrió y cayó; de la caída se quebró una pierna, y el santo le curó la pierna, teniéndola este testigo; y echó bien de ver que estaba quebrada, porque las canillas sonaban como una caña cascada, y el santo lo curó y puso un paño con un poco de saliva, y le hizo subir en un bagaje y así fue el camino adelante y llegando a la venta Los Billares, el santo le dijo al donado: “Aguarde, le apearemos, no se lastime”. El cual respondió: “Yo no tengo mal ninguno, porque la pierna tengo ya sana”. Y diciendo esto, se arrojó del bagaje al suelo, sin que en la pierna hubiese mal alguno. Y el donado y este testigo dijeron que era milagro, y el santo les dijo: “¿Qué sabrán ellos de milagros?”. Y mandó a este testigo y al dicho donado que no hablasen más de lo susodicho cosa alguna²⁰⁶.*

Afirmó fray Bernabé de Jesús que sabe que *el santo padre tenía don de Nuestro Señor contra las tempestades y truenos; y esto lo sabe, porque en Segovia, cuando algunas veces se levantaban truenos o tempestades, decía el santo padre fray Juan a este testigo: “Vaya, hijo, por el agua bendita”, y trayéndola, con hacer el santo la señal de la santa cruz sobre las nubes y comenzar a rezar, veía cesaban los truenos y tempestades y se serenaba todo, en que echaba de ver este testigo la gracia que Dios le había dado en esto²⁰⁷.*

Y no olvidemos los casos anotados anteriormente de la salida milagrosa de la cárcel de Toledo o del incendio de La Peñuela, apagado milagrosamente por sus oraciones, sin olvidar las veces que Dios proveyó de alimento a la comunidad sin poder saber de dónde había venido. Por ejemplo, el padre Miguel de Jesús hizo la siguiente declaración: *Sucedió en el convento del Calvario junto a Beas, ser ya hora de comer. Y juntos los padres para comer, no teniendo qué le poner, el siervo de Dios, no desconfiando, antes animándoles a que tuviesen esperanza en Dios, tocaron la puerta del convento. Acudiendo el portero, halló un costal de pan, una cesta de uvas y granadas y otras cosas de fruta seca. Y, mirando quién lo había traído, no hallar persona alguna que lo hubiese traído. Y, avisándole al siervo de Dios y a los demás religiosos, lo tuvieron por cosa milagrosa²⁰⁸.*

²⁰⁶ PO V, p. 97.

²⁰⁷ PO V, p. 295.

²⁰⁸ PA IV, p. 535.

El padre Luis de san Ángel nos comenta de la multiplicación milagrosa del trigo. *Siendo novicio en Granada el año 1584, que fue el año más estéril y necesitado que se acuerda haber habido en España y por oídas de los viejos, que decían no se acordaban haber visto otro semejante; siendo el siervo de Dios, Prior de aquella casa, con no más diligencia que la que podía hacer un donado, tan viejo que no podía andar sino en un jumento y sólo salía los miércoles y los sábados a pedir limosna de pan y traía tan poca, que esa y mucha más se daba cada día en la portería a los pobres; vio este testigo como refitolero, que muchas veces era que se sustentó el convento, en que había más de treinta frailes sin los huéspedes y otras personas necesitadas que allí acudían, con un poco de trigo que había en el convento; y se sustentaba toda la comunidad y huéspedes, yentes y vinientes y sobró trigo el dicho año. Y le parece a este testigo que respecto de los muchos religiosos y otras personas que el dicho año se sustentaron y la poca cantidad de trigo que había en el convento, por los méritos del siervo de Dios y su grande esperanza pudieron pasar aquel año, siendo tan necesitado como fue de pan*²⁰⁹.

ALGUNAS VIRTUDES

El padre Juan tenía mucha humildad. No le gustaba que lo alabaran y era el primero en hacer los trabajos más sencillos del convento y en hacer penitencia. El padre Luis de San Ángel dice: *Amaba mucho a los humildes. Sentábase en el suelo con los demás religiosos con la misma igualdad que si fuera uno de ellos, acariciando siempre y llegando más a sí a los que le parecía que eran más humildes, por lo menos en su estado y vocación, como eran los hermanos donados, legos y novicios*²¹⁰.

Un día quería obsequiar a sus frailes con un plato de arroz. El cocinero fray Jorge de San José cuenta lo que sucedió: *Este testigo era novicio y cocinero. Un día, tenía guisada una olla de arroz. Y estando ya los religiosos a la puerta del refectorio para entrar a comer en comunidad, yendo este testigo a apartar de la lumbre la olla, se le abrió de alto a bajo y se derramó el arroz. Y a este tiempo, estando este testigo harto turbado y afligido, entró el santo padre fray Juan en la cocina y con palabras dulces, viéndole así y lo que había sucedido, le dijo: “Hijo, no se le dé nada, reparta lo demás que hay de comer, que no quiere Nuestro Señor que comamos hoy arroz”. Y notó este testigo la mansedumbre y*

²⁰⁹ PA IV, p. 382.

²¹⁰ PO III, p. 487.

*suavidad con que acudió a su turbación y llevó aquello como si no hubiera sucedido nada. Y a este testigo lo dejó admirado y consolado*²¹¹.

En cuanto a la *obediencia*, el padre Martín de la Asunción dice: *Una vez en el convento de Bujalance le llegó orden del padre vicario general para que fuese a la villa de Madrid, que importaba al servicio de Dios Nuestro Señor. Y con ser el tiempo de invierno y de muchas aguas y fríos, recibió el despacho a las cinco de la tarde, y luego al otro día, al amanecer, se partió con mucho sentimiento de los religiosos, por hacer el tiempo que hacía; y diciéndole alguno de los religiosos que se detuviese dos o tres días, para que se mejorase el tiempo, decía que bien pudiera él después amonestar a los demás religiosos que acudiesen a la obediencia, faltando él en ella y así se partió y fue a la villa de Madrid*²¹².

El padre Martín de la Asunción habla de su *austeridad*: *En las celdas donde vivía no tenía más de una cruz y una cama de sarmientos y procuraba que en las celdas que le diesen, fuesen las más desechadas y estrechas de los conventos, y siempre usaba de un hábito grueso, y decía que lo traía para que conociesen que era tan malo; nunca traía calcetas, aunque caminase; procuraba siempre excusar las cosas curiosas aunque fuesen de devoción, porque decía que impedían la devoción traerlas, y cuando entraba a visitar las roperías, se quitaba si llevaba alguna ropa razonable, y se ponía la más rota que hallaba, porque decía que para quien él era, le bastaba aquella. Y por jamás en los conventos donde estaba faltaba de acudir con la comunidad al coro y a los actos que se ofrecían, aunque estuviese muy ocupado; y cuando oía tañer la campanilla que llamaban a la comunidad, decía que era la voz de Dios y que no se podía dejar de acudir; y dejar otras cosas aunque fuesen muy forzosas. Todo lo cual vio este testigo ser y pasar muchas veces*²¹³.

El padre Inocencio de San Andrés señala que *en el convento del Calvario vio que se pasaban cuatro meses sin comer pescado ni beber vino, comiendo algunas legumbres y hortalizas. Y era tanto el ejercicio de la oración y tan continua que de ordinario en el oratorio, de cara al sagrario donde está el Santísimo Sacramento, había cuatro y seis religiosos; y muchas veces más... Su silencio era extrañísimo, porque casi con nadie hablaba, sino con el prelado o confesor. Su comida era pan y yerbas de veinticuatro en veinticuatro horas, una vez al día*²¹⁴.

²¹¹ PO III, p. 53.

²¹² PO V, p. 94.

²¹³ PO V, p. 94.

²¹⁴ PO V, pp. 59-60.

El mismo padre Inocencio añade que *en el convento de Pastrana vio que era extraordinaria la mortificación y penitencia, porque vio que muchas veces cogían yerbas silvestres del campo y aquellas cocidas con sal y agua, con vinagre y sin aceite, comían muchísimas veces y aun de esas se abstenían, sólo por mortificarse, muchos de los religiosos. Y otros, por quitarles el sabor, echaban agua fría en el plato o escudilla donde se las llevaban*²¹⁵.

Todos los que lo conocieron concuerdan en que era para todos un verdadero padre. *Era tan amado de sus súbditos como si fuera el padre de cada uno. En tanto grado que, cuando salía de casa, aunque no fuera más que hasta la ciudad y por algunas horas, era tanta la alegría que los religiosos tenían cuando le veían volver que, a grande prisa, se iban a él todos los que lo veían venir, y tomaban su bendición, besándole las mano o escapulario, y el santo padre los recibía y acariciaba con entrañas de un santo. Y lo sabe este testigo porque lo vio muchas veces en los conventos donde a la sazón era prelado*²¹⁶.

*Cuando veía que algún religioso estaba triste y desconsolado, lo llamaba y se iba con él, unas veces a la huerta, otras al campo; y por grande que fuera la tristeza, venía muy contento y consolado, con deseo de padecer muy grandes trabajos por Dios Nuestro Señor. Era tanto el espíritu con que hablaba en los actos de comunidad, como son capítulo, refectorio (comedor) y recreación que, por mucho tiempo que en ellos gastase, les parecía muy poco. Y salían de estos actos afervorizados, que unos a otros, se desafiaban a ejercitarse en aquellas virtudes que en ellos se habían tratado; que unas veces era acerca de la penitencia y oración, otras del silencio y la mortificación. Y andaba con tanto cuidado acerca del aprovechamiento de sus súbditos que, con sus obras y palabras, levantaba al caído, alentaba al flaco y conservaba al fuerte. Y de tal manera se hacía todo a todos, que los ganaba a todos por ser como fue adornado de todas las virtudes en sumo grado de perfección*²¹⁷.

*Cuando reprendía a los religiosos, lo cual hacía aun en cosas muy menudas, lo hacía con grandísima paz, sosiego y compostura, sin mudar ni levantar la voz, haciendo grande fuerza con sus eficaces razones y palabras y causando nuevos deseos de aprovechamiento en el que reprendía. Nunca le vio este testigo hablar una palabra con cólera ni desentonada y vio siempre que con él estuvo, que aun en las horas de recreación, no solamente guardaba modestia, sino que en todas ellas trataba cosas muy levantadas y espirituales*²¹⁸.

²¹⁵ PO V, p. 59.

²¹⁶ Declaración del padre Martín de San José, PO V, p. 13.

²¹⁷ Declaración del padre Gabriel de la Madre de Dios, PA IV, p. 497.

²¹⁸ Declaración del padre Inocencio de San Andrés, PO V, p. 66.

Cuando visitaba de noche las celdas de los religiosos como mandan las Constituciones, por no encontrar algún religioso acostándose, desnudándose o hablando con otro, tosía y meneaba el rosario, haciendo ruido para que lo oyesen y con esta prudencia gobernó a sus religiosos así viejos como mozos. A los virtuosos y rendidos y a los que no lo eran tanto, traía muy rendidos; respetábanle y temíanle, porque Dios Nuestro Señor le había dado un santo ser que todos respetaban y así en todo fue perfecto y gran prelado²¹⁹.

A algunos novicios que estaban para irse y dejar el hábito, sólo con hablarles los consolaba y animaba. Y este mismo testigo lo experimentó así viéndose tentado muchas veces; acudiendo al siervo de Dios, quedaba quieto y consolado. Y siendo muchos los novicios que con este testigo concurrieron, siendo prelado de Granada el siervo de Dios, ninguno se fue ni dejó el hábito, antes todos profesaron y perseveraron en la Orden, donde murieron con muy buen nombre de religiosos, así sacerdotes como legos; y de doce novicios que eran entonces, sólo queda vivo este testigo y otro religioso lego. Y finalmente, sin excepción de personas, a todos cuantos al siervo de Dios acudían, así frailes como seglares, que eran muchos y de todas suertes, a todos veía que los consolaba, confortaba y recreaba²²⁰.

Según fray Juan de Santa Eufemia, a este testigo y a otros religiosos, les tenía tan aficionados con sus palabras que, después que comían los de la primera mesa, se juntaba con sus frailes el santo padre el rato que llaman de quiete (recreación), como es costumbre, y este testigo y otros que habían de comer a la segunda mesa, aunque ayunaban, dejaban de comer por oír aquel rato al santo padre las razones tan vivas que les decía con que quedaban consoladísimos y con grandes deseos y fervor de amar a Dios Nuestro Señor²²¹.

Tenía coloquios ordinarios y continuos muy levantados del Señor y esta era su continua habla y trato; porque de cualquiera cosa que oía, aunque fuese en recreación, o cualquiera cosa que veía, yendo por el campo o por otras partes donde él podía hablar, hablaba tan altamente de Dios sacando miel de suavidad de todas las cosas, que no sólo no cansaba, aunque hablase más, sino que los religiosos le rogaban que hablase y dijese más, con lo cual inflamaba y encendía a los oyentes. En las cuales pláticas exponía y declaraba la Sagrada Escritura altísimamente y, arrebatado de amor del fuego celestial, salía de sí con tal exceso que oyó decir este religioso muchas veces que la Madre santa Teresa solía decir muchas veces que no se podía hablar con él de Dios, porque luego se elevaba²²².

²¹⁹ Declaración del padre Juan de Santa Eufemia, PO V, p. 28.

²²⁰ Declaración del padre Luis de San Ángel, PA IV, p. 383.

²²¹ PO V, p. 25.

²²² Declaración del padre Luis de San Ángel, PA IV, p. 382.

El padre fray Juan Evangelista certificó a este testigo que en diez años que fue su socio jamás le oyó palabra que no fuese de Dios; porque en los conventos, en los caminos, con los religiosos, con los seglares y cuanto escribía y trataba, todo era de Dios, a quien mostraba andar siempre adorando y amando. Y que el varón de Dios, como a su confesor que era, le había descubierto haberle Nuestro Señor hecho esta merced de que ninguna ocupación era bastante para divertirle (distrarle) de la atención a Dios²²³.

Por otra parte, tenía un cuidado y una atención especial para los enfermos. *En el convento de Granada había uno que había perdido las ganas de comer y, asistiéndole el venerable padre, le estaban explorando el gusto y refiriéndole varios manjares para ver si apreciaría alguno y, aunque mandó traer los que parecían más a propósito, no los pudo arrostrar. Compadecido entonces de su enfermo, le dijo: “Hijo, yo quiero disponerle la comida, y dársela de mi mano; yo le haré una salsilla que le sepa bien”. Mandó asar una pechuga de ave y, traída, tomó un poco de sal y la echó en un plato, deshaciéndola con un poco de agua y mojando la pechuga en esta salsilla, se la dio él mismo por su mano a comer de buena gana; y fue así que lo comió con gusto y le supo muy bien, que no hay tal salsilla ni medicina para un enfermo súbdito como el cuidado y caricia de su prelado, en cuya solicitud obra Dios muchas veces remedios milagrosos²²⁴.*

En otra ocasión, mostró también este mismo afecto y regalo... Estaba desahuciado en el mismo convento de Granada un hermano lego y, viéndole el venerable padre con terribles bascas (ganas de vomitar) y congojas dijo al médico si había en la medicina algún remedio para aquel enfermo. Respondióle que para el reparo de la enfermedad no le había, pero que para sosegar algo aquellas bascas podría ser le hiciese provecho una bebida, mas que era costosa, porque le llevarían por ella muchos ducados. Hizo que la recetase luego y, al punto, envió por ella y él mismo se la dio y asistió... para alentarle a que llevase con paciencia su trabajo... Tal estima hacía de la salud o consuelo del más pobrecito religioso²²⁵.

Otro caso. *Había un enfermo de mal humor, penoso a los enfermeros, a quienes tenía el varón del Señor advertido que, con toda caridad, de mañana, le diesen de almorzar y cuidasen con regalarlo para que convaleciese. Y nuestro padre, como tal, cuidaba mucho de él. Una mañana llevóle el enfermero a la cama unas guindas y un torreznillo para que almorzase con un poco de vino por*

²²³ Declaración del padre Alonso de la Madre de Dios, PA IV, p. 279.

²²⁴ Padre Jerónimo de San José Ezquerria, o.c, libro V, c. 3, p. 499.

²²⁵ *Ibidem*.

si quisiese beber. No quiso el achacoso tomar nada de ello, aunque el enfermero se lo rogó...

El enfermero, como vio que el achacoso no quería comer lo que le traía y que así le sobrara, bajándose al refectorio, almorzólo él. Acertó nuestro padre a entrar a visitar al así achacoso. Preguntóle cómo estaba y, si había almorzado. Él respondió que no. Mandó el siervo del Señor llamar al enfermero a quien preguntó cómo siendo ya tan tarde no había llevado algo de comer al padre. Postróse el enfermero y respondió que ya se lo había llevado y que no había él querido tomarlo. El achacoso dijo no haberlo tomado, esperando a que se lo rogara mucho lo tomase. Añadió el enfermero: “Pues cierto, padre nuestro, que yo me lo almorcé sin que me lo rogase nadie”. Cayóle al santo en gracia y díjole lo hiciese siempre así, que con tal medicina se sanarían a los tales enfermos. Y fue así que en adelante, sin melindres ni esperar a ruegos, el tal achacoso tomaba lo que le ofrecían²²⁶.

Otro día estaba muy enfermo el padre Agustín de la Concepción, siendo novicio, y tenía miedo de que lo despidiesen. El padre fray Juan lo envió a curarse a casa de un hermano suyo, pero regresó igual. Al regresar y preguntarle cómo estaba, respondió que había mejorado, aunque no lo estaba, pero lo dijo a fin de que le dieran la profesión. Pasando algunos días, llegó el de los santos Reyes y, de repente, la misma noche, estando junta la comunidad, dijo el siervo de Dios: “Profesemos al hermano fray Agustín”. Y lo puso en ejecución. Y hecha su profesión, llegó a este testigo el siervo de Dios y lo abrazó y le dijo que desde aquella noche había de estar bueno, conociendo que hasta aquella hora había estado con sus tercianas. Y este testigo lo abrazó y con humildad le agradeció la merced que le había hecho. Y nunca más le volvieron las tercianas y estuvo con salud como el siervo de Dios se lo había dicho²²⁷.

AMOR A LA SANTÍSIMA TRINIDAD

San Juan de la Cruz, al igual que muchos grandes santos, llegó al grado más alto de la mística, llamado matrimonio espiritual. En este estado el alma *está como divina, endiosada*²²⁸.

Este estado es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina y Dios por participación,

²²⁶ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., Libro II, c. VI, pp. 388-389.

²²⁷ Declaración del padre Agustín de la Concepción, PA IV, p. 414.

²²⁸ Cántico espiritual 27, 7.

*cuanto se puede en esta vida... Éste es el más alto grado a que en esta vida se puede llegar... Consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor*²²⁹.

El matrimonio espiritual es una unión total y estable que se establece con la Santísima Trinidad por medio de la humanidad de Jesús. Es como vivir en plenitud la inhabitación de la Santísima Trinidad en nosotros por medio de Jesús, el hombre-Dios.

Por eso, no es de extrañar que nuestro santo tuviera tanto amor a la Santísima Trinidad y celebrara la misa unido a Jesús, *in persona Christi*, en la persona de Cristo; pero, a la vez, por medio de Él, unido a la Trinidad Santísima. Sor María de la Cruz manifiesta: *Entre los misterios tenía grande amor al de la Santísima Trinidad y también al del Hijo de Dios humanado, porque le vio decir muchas veces misa a la Santísima Trinidad y le dijo esta testigo: “¿Cómo dice tantas veces misa de la Santísima Trinidad?”. El cual le respondió con gracia: “Téngole por el mayor santo del cielo”. Y así le parece a esta testigo que tenía gran fe y luz de las altezas de Dios, porque le vio hablar muchas veces de esto, y enseñaba en sus pláticas que viviésemos en fe, sólo en tener ante los ojos a Dios y dar gusto sólo a Dios con una desnudez de nuestros consuelos y gustos*²³⁰.

Sor Francisca de la Madre de Dios asegura que, *estando en el coro una religiosa del convento de Beas, que era devotísima de la Santísima Trinidad, dijo a esta testigo que le había dado un grande deseo de que todos fúesemos como los del cielo, que siempre están reverenciando y amando a la Santísima Trinidad... De todo lo cual el padre fray Juan de la Cruz pareció haber tenido revelación de Dios Nuestro Señor, en la cual le mandó dijese misa de la Santísima Trinidad y que fuese por la tal religiosa... Y, después de haberla dicho, llamó a la religiosa y le dijo: “Oh, hija, cómo le agradezco y se lo agradeceré toda mi vida el pedirle a Nuestro Señor que me mandase decir misa de la Santísima Trinidad, porque hoy la dije y me hizo una grandísima merced, que al tiempo de consagrar se me mostraron todas las tres personas en una nube muy resplandeciente. Oh, hermana, y qué bienes y qué gloria tan penetrante gozaremos cuando gocemos de la Santísima Trinidad y de su vista. Y, diciendo esto, se quedó por media hora elevado que parecía un ángel. Todo lo cual le dijo a esta testigo la dicha religiosa que era muy de su alma*²³¹.

²²⁹ Cántico espiritual 22, 3.

²³⁰ PO V, p. 121.

²³¹ PO V, p. 171.

AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Jesús Eucaristía era el centro de su vida y el amor de su corazón. El padre Martín de la Asunción afirma: *Siempre parecía que estaba en presencia de Nuestro Señor y, de ordinario, estaba las veces que se desocupaba con el Santísimo Sacramento en la iglesia, y decía que Él era su gloria y su contento y que todas las cosas del mundo le llevaban a Él*²³².

Pero donde más sentía su presencia real y donde más disfrutaba su amor a Jesús Eucaristía era en la celebración de la misa que era para él el centro de cada día y la acción más importante del día.

Sor Ana de la Encarnación recuerda que, *estando el siervo de Dios diciendo misa en la iglesia el día de San Martín, después de haber alzado la hostia postrera, se le conoció en el rostro un resplandor visible con vivas llamas, que parecía mudanza particular y sobrenatural. De lo cual, admirada esta testigo y la Madre Lucía de San Alberto, que también se halló presente y advirtió lo susodicho, preguntaron después al siervo de Dios que cómo se había hallado en la novedad que tuvo en la misa; y respondió ser obra de Dios y gracia hecha a su siervo*²³³.

Mateo Rodríguez dice en el Proceso: *Un día, oyendo la misa del siervo de Dios, cuando la acabó, se entró a la sacristía tras él. Y llegando a ayudar a desnudar el alba con que había dicho misa, llevando las manos al hábito del siervo de Dios, sintió tan grande ardor y calor en el hábito que le obligó a desviar sus manos, quedando este testigo atemorizado de ver y palpar caso semejante. Y le parece a este testigo que, si se detuviera arrimadas las manos al hábito, no las pudiera sufrir (soportar), porque era tanto el calor que recibió que parecía calor de fuego natural. Y en aquella misma ocasión, mirándole al rostro, le pareció a este testigo que lo tenía muy encendido y diferente del natural color que de ordinario mostraba en el rostro. Y desde entonces, aunque le tenía en opinión de santo religioso antes de este día, le tuvo por mucho más y le cobró un temor reverencial por haber visto las señales que tiene dicho*²³⁴.

El padre Luis de San Jerónimo vio personalmente que, *algunas veces, saliendo el siervo de Dios de decir misa o de la oración, aparecía su rostro con cierta claridad y blancura fuera de su natural, que era moreno. Y, aunque entonces no reparaba en ello, si bien lo echaba de ver, ahora que se dice tuvo los dichos resplandores, juzga que las tales blancuras y claridad con que salía el*

²³² PO V, p. 88.

²³³ PA IV, p. 586.

²³⁴ PA IV, p. 433.

*siervo de Dios de la oración y celebración de la misa, era merced de su Majestad y resplandores que sacaba del trato con Dios*²³⁵.

El padre Alejo Monago también vio que, *después de la oración y celebración de la misa, aparecía su rostro hermo­seado con admirable resplandor*²³⁶.

El padre Alonso de la Madre de Dios sabe que *era muy devoto del Santísimo Sacramento de la Eucaristía y gastaba en las gradas del altar mayor muchas horas del día y de la noche. Una persona bien nacida (el sacerdote Melchor de Soria), viviendo en Baeza y comunicando mucho con el santo padre fray Juan, estando allí con otras personas en la iglesia del Carmen, vio que del sagrario en que estaba el Santísimo Sacramento salía un gran resplandor, el cual se terminaba en el pecho del santo padre fray Juan, que estaba delante del altar algo apartado. Y que, estando el varón del Señor en la misa, vio que, después de haber consagrado, salió gran resplandor del Santísimo Sacramento y reverberaba en el siervo de Dios y lo hermo­seaba*²³⁷.

El hermano Lucas de San José nos dice que *el santo era muy amigo del culto divino y así en las fiestas bajaba a ayudar a componer los altares e iglesia; regocijáb­ase en verlo todo muy adornado y curioso, y agradecíalo mucho a los sacristanes. Holgáb­ase ver regocijar a sus religiosos en las Pascuas, haciendo su altar del Nacimiento o, cuando menos, poniendo por recuerdo en él alguna Virgen con su santo hijo en los brazos, con que se enternecía y enternecía a sus súbditos. En la fiesta del Santísimo Sacramento era muy crecido su amor y devoción celebrando él en estos días con grande devoción las misas conventuales*²³⁸.

*El año 1580, estando el padre santo fray Juan diciendo misa en el convento de la ciudad de Baeza y, habiendo consumido, se quedó absorto con el cáliz en las manos, estando tan enajenado que no se acordaba de acabar la misa y se quitaba del altar para venirse; lo cual vieron y advirtieron muchas personas que la oían. En particular, una religiosa, que se llamaba la Madre Peñuela, muy santa mujer, que oía la dicha misa, dijo: “Llamen a los ángeles que acaben esa misa, porque no se acuerda este santo padre que no está acabada”. Lo cual pasó y fue muy público en aquella sazón en el convento*²³⁹.

²³⁵ PA IV, p. 404.

²³⁶ PA IV, p. 246.

²³⁷ PA IV, p. 278.

²³⁸ PO V, p. 283.

²³⁹ PO V, p. 15.

AMOR A LA VIRGEN MARÍA

Desde muy niño tenía mucha devoción a la Virgen María, especialmente desde que fue salvado por ella en dos oportunidades. Ya hemos anotado que, cuando cayó en la laguna de su pueblo, se le apareció la Virgen *muy hermosa y resplandeciente en el aire, que entendió ser la Reina de los ángeles, María Nuestra Señora* ²⁴⁰.

También en Medina del Campo cayó a un pozo del hospital y él mismo le dijo al padre Inocencio de San Andrés que, *cuando cayó, se hundió hasta el suelo y se le apareció Nuestra Señora y le asió de la mano y lo subió a la superficie o alto del agua y estuvo con ella como si estuviera sobre alguna tabla* ²⁴¹.

Quiso entrar de religioso en la Orden del Carmen por amor a María y quiso durante toda su vida honrarla especialmente en sus fiestas.

Según la declaración de sor Francisca de la Madre de Dios, *amaba mucho a la Virgen María, de modo que, dondequiera que la veía pintada le daba gran consuelo el mirarla y se acordaba de cuando la había visto en el pozo y se regalaba en mirarla con que le crecía más el amor, viendo el cuidado con que le hacía el oficio de madre* ²⁴².

El padre Jerónimo de la Cruz manifestó: *En la fiesta del santísimo nacimiento de Cristo era de admiración ver las palabras y acciones y modos que inventaba; y la devoción y ternura con que la celebraba y hacía la celebrasen los demás religiosos a solas. Porque era de ver cómo después de anochecido, llevando a la Madre de Dios en andas, iban todos los religiosos acompañándola y hacían sus pausas en algunas partes del claustro, pidiendo posada para la Virgen, que venía de camino, teniendo en estos puestos religiosos que respondían como huéspedes. Y con esta representación de lo pasado y con las tiernas palabras y levantados sentimientos que sobre aquello decía, causaba en todos devoción. Y este testigo dice de sí que de oírle decir las partes de la doncella para quien pedía la posada y cómo venía preñada del Hijo de Dios y otras cosas, le avivaba la fe de este misterio y le causaba ternura y devoción* ²⁴³.

El padre Martín de la Asunción asegura que *todas sus pláticas y conversaciones eran tratar del Santísimo Sacramento y de la Virgen María Nuestra Señora* ²⁴⁴. *Todos los días rezaba el Oficio de Nuestra Señora de rodillas*

²⁴⁰ Declaración del padre Luis de San Ángel; PA IV, p. 375.

²⁴¹ Manuscrito 8.568, fol 543 de la BNM.

²⁴² PO V, p. 167.

²⁴³ Declaración del padre Jerónimo de la Cruz; PO III, pp. 55-56.

²⁴⁴ PO V, p. 85.

²⁴⁵. Y le gustaba cantar por los caminos himnos a la Virgen ²⁴⁶. En su celda sólo tenía una cruz, el breviario, la Biblia y una imagen de la Virgen María.

AMOR A LOS SANTOS

Después del amor a la Virgen María, amaba de modo especial a san José. Santa Teresa se lo afianzó, pero fue a raíz de una experiencia de dos religiosos, cuando él era Prior del convento de los Mártires de Granada, que su amor a san José se intensificó mucho más.

El padre Juan Evangelista refiere lo siguiente: *Viniendo este testigo con otro religioso en Granada de decir misa de las monjas, entrando por la Plaza Nueva y, de improviso, llegó un hombre de buena traza, hábito y disposición, de edad al parecer de este testigo de cincuenta años, poco más o menos, y abriéndolos por detrás, se puso en medio y dijo: “¿De dónde vienen, padres?”. Respondieron: “De decir misa de las monjas”; pues díganme qué es la causa que a todos los conventos de monjas le pongan (por advocación) San José; y respondieron: “Porque nuestra Madre santa Teresa había tenido muy gran devoción con él y le había ayudado y favorecido en las fundaciones y todos los trabajos que había tenido; en agradecimiento de esto, puso en su vida “San José” a los conventos que fundó y dejó mandado se dijese así los demás. Y respondió entonces el dicho hombre: “Padres, mírenme a la cara y tengan gran devoción con este santo, que no le pedirán cosa que no la alcance”. Y acabado de decir estas palabras, se desapareció instantáneamente, que no lo vieron más. Y llegando al convento, consultaron el caso con el siervo de Dios y respondió: “Ese era san José y no se les apareció por ellos, sino por mí, porque no tenía la devoción con el santo que debía y porque la tuviese”. Y esto lo sabe, porque lo vio ²⁴⁷.*

También tenía una particular devoción con el arcángel san Miguel y con san Martín, a quien llamaba *mi señor* ²⁴⁸.

En general podemos decir que tenía devoción a todos los santos y vivía plenamente en comunión con los santos y ángeles, especialmente en la celebración de la misa.

²⁴⁵ Ib. p. 84.

²⁴⁶ Ib. p. 88.

²⁴⁷ PA IV, pp. 532-533.

²⁴⁸ Padre Alonso de la Madre de Dios, o.c., libro II, c. 8, p. 404.

LAS IMÁGENES

San Juan de la Cruz apreciaba mucho las imágenes religiosas y en su celda siempre tenía una imagen de la Virgen María con un crucifijo. Él dice: *Mucho había que decir de la rudeza (ignorancia) que muchas personas tienen acerca de las imágenes, porque llega la bobería a tanto que algunas ponen más confianza en unas imágenes que en otras, entendiéndolo que les oirá Dios más por éstas que por aquéllas, representando ambas una misma cosa, como dos de Cristo o dos de Nuestra Señora. Y esto es, porque tienen más afición a la una hechura que a la otra; en lo cual va envuelta gran rudeza acerca del trato con Dios, y el culto y honra que se le debe, el cual sólo mira a la fe y pureza del corazón del que ora.*

Porque el hacer Dios a veces más mercedes por medio de una imagen que de otra de aquel mismo género, no es porque haya más en una que en otra para este efecto (aunque en la hechura tenga mucha diferencia), sino porque las personas despiertan más su devoción por medio de una que de otra. Que, si la misma (devoción) tuviesen por la una que por la otra, las mismas mercedes recibirían de Dios... Y muchas veces suele obrar Nuestro Señor estas mercedes por medio de aquellas imágenes que están más apartadas y solitarias. Lo uno, porque, con aquel movimiento de ir a ellas, crezca más el afecto y sea más intenso el acto. Lo otro, porque se aparten del ruido y gente a orar, como lo hacía el Señor.

De manera que, cuando hay devoción y fe, cualquier imagen bastará; pero, si no la hay, ninguna bastará. Que hartos vivos era Nuestro Salvador en el mundo y con todo, los que no tenían fe, aunque más andaban con Él y veían sus obras maravillosas, no se aprovechaban. Y esa era la causa por que en su tierra no hacía muchas virtudes (milagros) ²⁴⁹.

CÓMO ERA NUESTRO SANTO

Sor Isabel de la Encarnación reconoce que por la estima y veneración que tenía del santo *acabó (decidió) con un pintor que una vez, sin que el santo lo viese, le retratase para que quedase retrato de persona tan santa después de muerto* ²⁵⁰.

El padre Jerónimo de San José Ezquerria nos da un retrato del santo: *Era el venerable padre de estatura entre mediana y pequeña, bien trabado y proporcionado de cuerpo, aunque flaco, por la mucha penitencia que hacía. El*

²⁴⁹ Subida al Monte Carmelo, libro III, c. 36, 4.

²⁵⁰ PO III, p. 129.

*rostro trigueño, algo macilento, más redondo que largo, calva venerable con un poco de cabello delante. La frente ancha y espaciosa, los ojos negros con mirada suave, cejas bien distintas y formadas, nariz igual, que tiraba un poco a aguileña, la boca y labios, con todo lo demás del rostro y cuerpo en debida proporción. Traía algo crecida la barba que, con el hábito grosero y corto, le hacía más venerable y edificativo. En todo su aspecto era grave, apacible y sobremanera modesto, en tanto grado que sola su presencia componía a los que le miraban; y representaba en el semblante una cierta vislumbre de soberanía celestial que movía a venerarle y amarle juntamente*²⁵¹.

El padre Alonso de la Madre de Dios lo llamaba “*Archivo de Dios*” y declaró que, *viviendo el santo, por los efectos que causaban sus palabras de vida y escritos, unos le llamaban “serafín encarnado”; otros, “hacha encendida” que da luz y caliente; otros, “grano de oro” sin mezcla de tierra; otros “divino sireno”, que con su canto adormecía las cosas del mundo, levantándolas a Dios*²⁵².

Cuando el santo fue a mediados de 1572 como confesor al convento de la Encarnación, todas quedaron impresionadas por su santidad. *Algunas decían que su rostro resplandecía como un ángel*²⁵³. Otros religiosos lo llamaban el *jilguero de Dios* por su elocuencia.

La Madre Teresa decía: *Es un hombre celestial y divino: No he hallado en toda Castilla otro como él ni que tanto fervore (enfervorice) en el camino del cielo*²⁵⁴. Le llamaba Senequita. Y dice en una ocasión: *Todas las cosas que me dicen los letrados, hallo juntas en mi Senequita*²⁵⁵. Y le decía en una carta a don Teutonio de Braganza: *Todos lo tienen por santo*²⁵⁶.

La Madre Teresa le escribió al rey: *Es tan gran siervo de Nuestro Señor que las tiene bien edificadas y espantada está la ciudad del grandísimo provecho que ha hecho, y así le tienen por santo y en mi opinión lo es y ha sido toda su vida*²⁵⁷.

Fue declarado beato el 25 de enero de 1675 por el Papa Clemente X y canonizado por el Papa Benedicto XIII el 27 de diciembre de 1726. Es considerado también como santo en la Iglesia anglicana y luterana.

²⁵¹ Jerónimo de San José Esquerro, o.c., libro VII, c. XII, p. 752.

²⁵² PA IV, p. 282.

²⁵³ Beatriz de Cepeda, manuscrito 12.738, fol 985 de la BNM.

²⁵⁴ Carta de mediados de noviembre de 1578 a la Madre Ana de Jesús.

²⁵⁵ Memorias historiales, vol 1, manuscrito 13.428D N° 196 de la BNM.

²⁵⁶ Carta del 16 de enero de 1578.

²⁵⁷ Carta al rey Felipe II del 4 de diciembre de 1577.

SUS ESCRITOS

El padre Juan Evangelista manifestó que *el padre fray Juan de la Cruz, compuso cuatro libros de teología mística. Uno se llama “de las Canciones”, el segundo “Subida al monte Carmelo”, tercero “Noche oscura”, el cuarto “Llama de Amor viva” y otros tratadillos que se han perdido. Lo cual sabe este testigo por habérselos visto componer y escribir. Lo cual sabe asimismo que en el tiempo que compuso estos libros comúnmente no tenía libro, sino que todo lo que allí escribió, lo escribió de ciencia experimental que pasaba por él*²⁵⁸.

El período de su estancia en el convento de Granada fue rico en escribir sus grandes obras místicas. Allí terminó la *Subida del Monte Carmelo* (1578-1583), comenzada en el Calvario. Escribió la *Noche oscura* y completó a instancias de la Madre Ana de Jesús el *Cántico espiritual* (1586). Siendo vicario provincial (1585-1587) escribió, a ruegos de doña Ana de Peñalosa, *La Llama de amor viva* (1586). Hay un detalle muy importante que nos transmite sor María de Jesús y es que muchas estrofas del *Cántico espiritual* las escribió de rodillas²⁵⁹.

El padre Jerónimo de San José Ezquerria informa: *En lo que toca a haber visto escribir a nuestro venerable padre los libros, se los vi escribir todos, porque era el que andaba a su lado. La “Subida del Monte Carmelo” y “Noche oscura” los escribió aquí en la casa de Granada poco a poco, que no lo continuó sino con muchas quiebras. “La Llama de amor” escribió siendo vicario provincial también en esta casa, a petición de doña Ana de Peñalosa, y lo escribió en quince días. “A dónde te escondiste” fue el primero que escribió y fue también aquí. Y estas canciones escribió en la cárcel que tuvo en Toledo*²⁶⁰.

Las primeras poesías las escribió en la cárcel de Toledo en 1578 y terminó en 1586 en Granada con la *Llama de amor viva*. Posteriormente hizo algunos retoques en algunos de sus libros.

La Iglesia ha reconocido su elocuencia espiritual y lo ha declarado Maestro de la fe, nombrándolo doctor de la Iglesia el 24 de agosto de 1926. Se le suele llamar el *doctor místico*.

²⁵⁸ PO III, p. 50.

²⁵⁹ Manuscrito 13.482, B 22 de la BNM.

²⁶⁰ BMC tomo 10, pp. 340-341.

ALGUNOS CONSEJOS

Procure inclinarse:

*No a lo más fácil, sino a lo más dificultoso;
no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido;
no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto;
no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso;
no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;
no a lo más, sino a lo menos;
no a lo más alto y preciso, sino a lo más bajo y despreciado;
no andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor;
y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo
de todo cuanto hay en el mundo.*

*Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.*

*Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.*

*Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.*

*Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.*

*Para venir a lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas.*

*Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.*

*Para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees.*

*Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.*

*Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo
porque para venir del todo al todo,
has de negarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada tener
Porque, si quieres tener algo en todo,
no tienes puro en Dios tu tesoro²⁶¹.*

²⁶¹ Subida al Monte Carmelo, libro I, c. 13.

Recuerdo que una religiosa carmelita descalza que estaba en un grado alto de contemplación, me dijo que un día repetía sin cansarse y con gran alegría estas palabras de San Juan de la Cruz, que el Señor ponía en sus labios: *Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores. Los ángeles son míos y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí*²⁶².

*De Dios no se alcanza nada, si no es por amor*²⁶³.

*Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él*²⁶⁴.

*A la tarde te examinarás en el amor*²⁶⁵. Algunos suelen citar esta frase, diciendo. *En la tarde de la vida nos examinarán del amor.*

*El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener grande desnudez y padecer por el Amado*²⁶⁶.

*No se disculpe ni rehúse ser corregido de todos. Oiga con rostro sereno toda reprensión. Piense que se lo dice Dios*²⁶⁷.

*Hable poco y en cosas que no es preguntado, no se meta*²⁶⁸.

*Cuanto más te apartas de las cosas terrenas, tanto más te acercas a las celestiales y más hallas a Dios*²⁶⁹.

*Quien se queja o murmura, no es perfecto ni aun buen cristiano*²⁷⁰.

*Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno*²⁷¹.

*Mejor es vencerse en la lengua que ayunar a pan y agua*²⁷².

*Mejor es sufrir por Dios que hacer milagros*²⁷³.

*Donde no hay amor, ponga amor y sacará amor*²⁷⁴.

²⁶² Oración del alma enamorada.

²⁶³ Cántico espiritual, canción primera 13.

²⁶⁴ Dichos de luz y amor 32.

²⁶⁵ Dichos de luz y amor 57.

²⁶⁶ Puntos de amor 36.

²⁶⁷ Puntos de amor 67.

²⁶⁸ Puntos de amor 65.

²⁶⁹ Otros avisos 1.

²⁷⁰ Otros avisos 4.

²⁷¹ Otros avisos 11.

²⁷² Otros avisos 12.

²⁷³ Otros avisos 13.

²⁷⁴ Carta a sor María de la Encarnación del 6 de julio de 1591.

POESÍAS

1. LLAMA DE AMOR VIVA

*¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva
acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.*

*¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.*

*¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
color y luz dan junto a su Querido!*

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!*

2. GLOSA A LO DIVINO

*Mi alma está desasida
de toda cosa criada,
y sobre sí levantada,
y en una sabrosa vida,
sólo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá*

*la cosa que más estimo
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.*

*Y aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal;
porque, si de luz carezco,
tengo vida celestial;
porque el amor da tal vida,
cuando más ciego va siendo,
que tiene al alma rendida,
sin luz y a oscuras viviendo.*

*Hace tal obra el amor,
después que le conocí,
que, si hay bien o mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y al alma transforma en sí;
y así, en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta, sin quedar cosa,
todo me voy consumiendo.*

3. SUBIDA AL MONTE CARMELO

*En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.*

*A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.*

*En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,*

*ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.*

*Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.*

*¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que el alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*

*En mi pecho florido
que entero para él sólo guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.*

*El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.*

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.*

4. CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

(Esposa)

*1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;*

salí tras ti clamando, y eras ido.

2. *Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero:
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.*

3. *Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.*

(Pregunta a las criaturas)

4. *¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.*

(Respuesta a las criaturas)

5. *Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.*

(Esposa)

6. *¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.*

7. *Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.*

8. Mas ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

9. ¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

10. Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

11. Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
si no con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

13. ¡Apártalos, Amado,
que voy de vuelo!

(Esposo)

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

(Esposa)

14. *Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,*

15. *La noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.*

16. *Cazadnos las raposas,
que ya está florecida nuestra viña
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.*

17. *Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto
y corran sus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.*

18. *¡Oh ninfas de Judea!,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.*

19. *Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo ;
mas mira las compañas
de la que va por ínsulas extrañas.*

(Esposo)

20. *A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de las noches veladores :*

21. *Por las amenas liras
y canto de sirenas os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.*

22. *Entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.*

23. *Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada ;
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.*

(Esposa)

24. *Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.*

25. *A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*

26. *En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía,
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.*

27. *Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa,*

allí le prometí de ser su esposa.

*28. Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

*29. Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que andando enamorada,
me hice perdidiza y fui ganada.*

*30. De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas
en tu amor floridas,
y en un cabello mío entretejidas.*

*31. En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.*

*32. Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.*

*33. No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.*

(Esposo)

*34. La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica*

*al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.*

*35. En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.*

(Esposa)

*36. Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura ;
entremos más adentro en la espesura.*

*37. Y luego, a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*

*38. Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.*

*39. El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.*

*40. Que nadie lo miraba...
Aminadab tampoco parecía;
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.*

5. COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS

*Vivo sin vivir en mí
Y de tal manera espero,
que muero, porque no muero*

- 1. En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo,
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo, porque no muero.*
- 2. Esta vida, que yo vivo
es privación de vivir;
y así es continuo morir,
hasta que viva contigo.
Oye mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero;
que muero, porque no muero.*
- 3. Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero, porque no muero.*
- 4. El pez que del agua sale,
aún de alivio no carece,
que la muerte que padesce,
al fin la muerte le vale;
¿qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,
pues si más vivo, más muero?*
- 5. Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar*

*por no verte como quiero,
y muero, porque no muero.*

6. *Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
muérome, porque no muero.*

7. *¡Sácame de aquesta muerte
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero, porque no muero.*

8. *Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
vivo ya, porque no muero?*

6. COPLAS EN CONTEMPLACIÓN DE LA DIVINIDAD

*Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

1. *Yo no supe dónde entraba
Pero, cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo
toda sciencia trascendiendo.*

2. *De paz y de piedad*

*era la sciencia perfecta,
en profunda soledad
entendida (vía recta);
era cosa tan secreta
que me quedé balbuciendo
toda sciencia trascendiendo.*

*3. Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

*4. El que allí llega de vero
de sí mismo desfallesce;
cuanto sabía primero
mucho bajo le paresce,
y su sciencia tanto cresce
que se queda no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

*5. Cuanto más alto se sube,
tanto menos se entendía.
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien la sabía
queda siempre no sabiendo,
toda sciencia trascendiendo.*

*6. Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer,
que no llega su saber
a no entender entendiendo
toda sciencia trascendiendo.*

*7. Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni sciencia
que le puedan emprender;*

*quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo,
irá siempre trascendiendo.*

*8. Y si lo queréis oír
consiste esta suma sciencia
en un subido sentir
de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo
toda sciencia trascendiendo.*

HACIA LAS MISIONES

En el Capítulo provincial de Almodóvar de 1583, el padre Gracián, como provincial, propuso la necesidad de reanudar las misiones de Guinea, el Congo y otros países, pues el año anterior había embarcado una expedición de misioneros descalzos al Congo y habían naufragado antes de llegar a su destino.

Este mismo año de 1583 se embarcó para el Congo una remesa de misioneros descalzos, que también fue desafortunada, pues en las islas de Cabo Verde cayeron en manos de corsarios ingleses y, después de muchos sufrimientos y alguna pérdida de personal, hubieron de regresar a España.

De nuevo el 10 de abril de 1584, zarpó de Lisboa otra expedición y llegó al Congo, logrando abundantes frutos.

El primer convento de Italia fue fundado en Génova en 1584, el primero de Polonia en Cracovia en 1605; el primero de Francia, en París en 1611; el primero de Alemania, en 1613. La primera fundación en América se hizo en la ciudad de México D. F. en 1586. Después fundaron en Atlixco y Puebla. Los conventos de Persia comenzaron en 1607 en Ispahan, de donde pasaron a fundar en Pakistán la misión de Tatta en 1613, y el convento de Goa en la India en 1620. Actualmente, hay 4.000 frailes carmelitas descalzos, repartidos en los cinco continentes y 11.000 religiosas carmelitas descalzas a lo largo del mundo.

NOTAS BIOGRÁFICAS

- 1542.-** Nace en Fontiveros (Ávila).
- 1548.-** De Fontiveros se traslada a vivir en Arévalo.
- 1551.-** De Arévalo se traslada a Medina del Campo.
- 1559-63.-** Cursa Humanidades en los jesuitas de Medina.
- 1563.-** Ingresa a los veintiún años en los carmelitas de Medina.
- 1564-68.-** Cursa estudios en la universidad de Salamanca.
- 1567.-** Es ordenado sacerdote en Salamanca, y canta su primera misa en Medina.
Primera entrevista con santa Teresa en setiembre-octubre.
- 1568.-** Termina los estudios en Salamanca y vuelve a Medina.
9 agosto: va con Santa Teresa a la fundación de Valladolid, donde está hasta fin de setiembre.
A primeros de octubre va a preparar la casa de Duruelo.
28 noviembre: comienza la Reforma en Duruelo.
- 1568.-71.-** Maestro de novicios en Duruelo y Mancera.
- 1570.-** 11 junio: traslado de Duruelo a Mancera.
Octubre: marcha a orientar el noviciado de Pastrana y regresa a Mancera en noviembre.
- 1571.-** 25 enero: asiste con santa Teresa a la fundación de Alba de Tormes, yendo desde Mancera.
Abril: Rector de Alcalá, primer Colegio descalzo.
- 1572.-77.-** Confesor y vicario del monasterio de la Encarnación (Ávila).
- 1574.-** 19 marzo: asiste con santa Teresa a la fundación de Segovia.
- 1576.-** 9 setiembre: asiste al primer Capítulo de Almodóvar.
- 1577.-** 3 diciembre: el santo es apresado y llevado a Toledo.
- 1578.-** Agosto: se fuga de la cárcel y va al Capítulo de Almodóvar.
Octubre: es nombrado Superior-Vicario del Calvario (Jaén).
- 1579.-** 14 junio: funda el Colegio de Baeza y es su primer Rector.
- 1581.-** Marzo: asiste al Capítulo de Alcalá y es nombrado tercer definidor hasta el Capítulo de 1583.
Noviembre: desde Baeza va a Ávila para preparar con santa Teresa la fundación de Granada.
- 1582.-** 20 de enero: inaugura la fundación de monjas en Granada con sor Ana de Jesús.
Fines de enero: comienza su primer Priorato en Granada.
- 1583.-** Mayo: asiste al Capítulo de Almodóvar y es reelegido Prior de Granada.
- 1585.-** 17 febrero: funda el convento de monjas de Málaga.
Mayo: asiste al Capítulo de Lisboa y es elegido definidor segundo.
Octubre: asiste al Capítulo de Pastrana y es elegido vicario provincial de Andalucía. Cesa como Prior de Granada, donde continúa teniendo la residencia.
- 1586.-** 18 mayo: funda un convento de frailes en Córdoba.

- Agosto: lleva desde Granada las monjas para la fundación de Madrid y asiste aquí a un Definitorio.
- 12 octubre: funda un convento de frailes en La Manchuela (Jaén).
- 18 diciembre: funda un convento de frailes en Caravaca (Murcia).
- 1587.-** Enero o febrero: estancia en Bujalance, tramitando la fundación de frailes. Abril: asiste al Capítulo de Valladolid, donde cesa como definidor y vicario provincial de Andalucía y es nombrado por tercera vez Prior de Granada.
- 1588.-** Junio: asiste al primer Capítulo general en Madrid y es elegido primer definidor general, tercer consejero de la Consulta y Superior de la casa generalicia de Segovia.
- 1590.-** Junio: asiste al segundo Capítulo general en Madrid.
- 1591.-** Junio: asiste al tercer Capítulo general en Madrid y cesa en todos sus cargos.
- 10 de agosto: llega como súbdito a La Peñuela (Jaén).
- 28 de setiembre: se traslada enfermo a Úbeda (Jaén).
- 14 de diciembre: muere en Úbeda a las doce de la noche, a los cuarenta y nueve años.
- 1593.-** Mayo: es trasladado su cuerpo de Úbeda a Segovia.
- 1675.-** 25 de enero: es beatificado por Clemente X.
- 1679.-** Se le dedica en Alba de Tormes la primera iglesia.
- 1726.-** 27 de diciembre: es canonizado por Benedicto XIII.
- 1738.-** Comienza su fiesta litúrgica en toda la Iglesia el 24 de noviembre, hasta 1972 en que se trasladó al 14 de diciembre, día de su muerte
- 1926.-** 24 de agosto: es declarado doctor de la Iglesia por Pío XI.
- 1952.-** 21 de de Marzo: es proclamado patrono de los poetas españoles.

